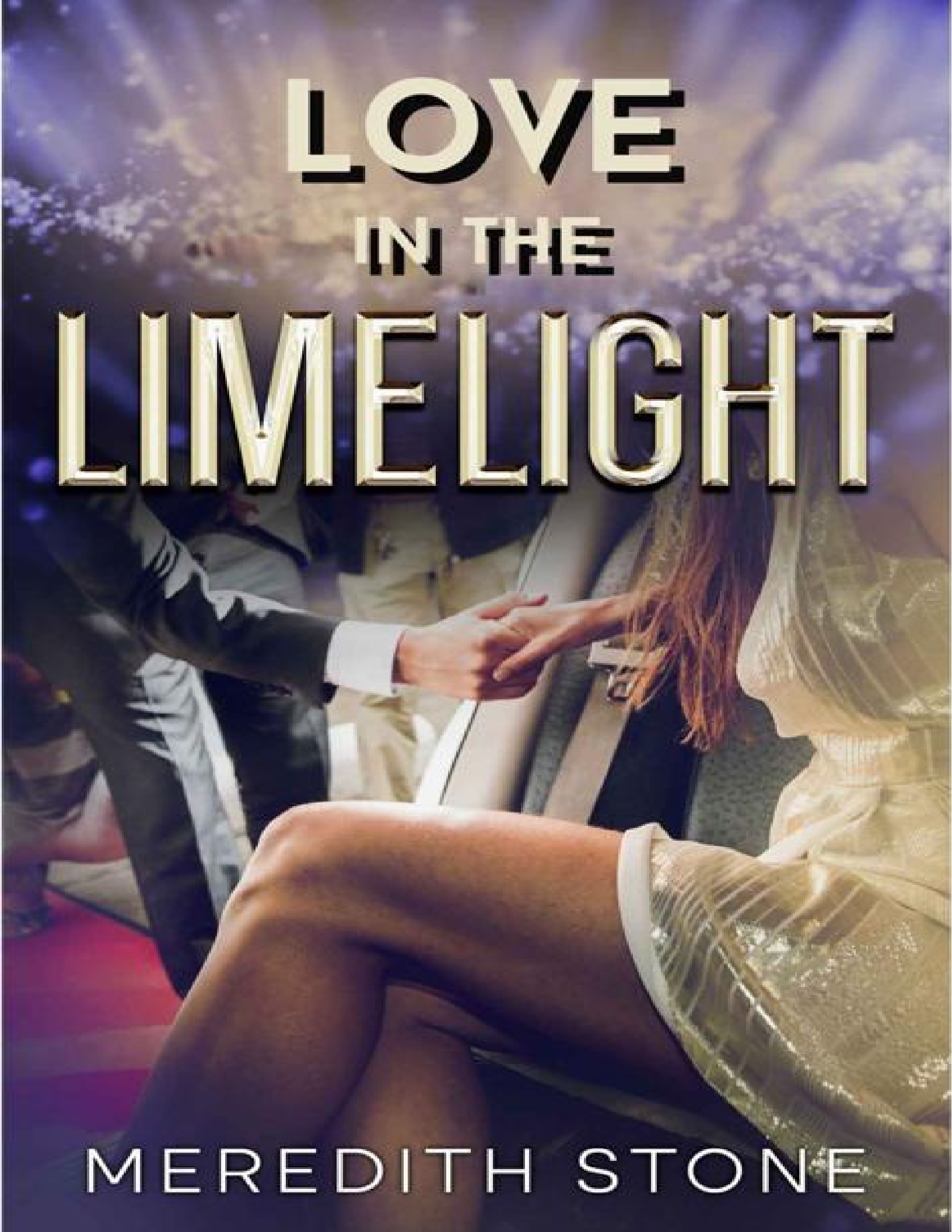

LOVE
IN THE
LIMELIGHT
MEREDITH STONE

Amor en Primer Plano

Love in the Limelight (SPANISH Edition)

Meredith Stone

Copyright © 2024 by Meredith Stone

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18
19. Chapter 19

20. Chapter 20
21. Chapter 21
22. Chapter 22
23. Chapter 23
24. Chapter 24
25. Chapter 25
26. Chapter 26
27. Chapter 27
28. Chapter 28
29. Chapter 29
30. Chapter 30
31. Chapter 31

Chapter One

«¿Tienes experiencia como ayudante de producción?».

El nervioso supervisor que me había puesto a cargo entraba y salía de las filas de trajes y decorados mientras lanzaba preguntas desde detrás de una pared de pelucas.

Con un gran portapapeles y unos auriculares totalmente conectados, resultaba cuanto menos intimidante.

«No», respondí, aunque no estaba del todo segura de lo que implicaba la descripción del puesto.

«¿Y en vestuario? ¿Tienes experiencia?», preguntó asomando la cabeza entre un perchero de chaquetas.

«La verdad es que no...

—¿Diseño de decorados?—preguntó, frustrado.

«No», murmuré. Ni siquiera necesitaba mirarme en un espejo para darme cuenta de que mi cara tenía el tono del pintalabios que llevaban los maquilladores.

«¿Cómo demonios has conseguido este trabajo?», resopló. «¿Sabes cuánta gente mataría por trabajar en esta película?».

«Seguro que habría bastantes voluntarios», suspiré. Me iban a despedir el primer día de trabajo, lo intuía.

Tenía razón, yo tampoco sabía muy bien cómo había conseguido el trabajo. Diez entrevistas de trabajo después de graduarme que no llevaron a ninguna parte me habían desesperado. Cuando empezaron a aparecer folletos de ayuda diurna en el tablón de anuncios del centro de estudiantes, me arriesgué y llamé al número que ponía en ellos. Resultó que un antiguo profesor había escrito un guion. Un amigo de la facultad me consiguió un favor y, de alguna manera, acabé en el plató de su nueva película, que había tomado el campus durante las vacaciones de verano.

No sabía nada de cine, no tenía ni idea de cómo era el «trabajo diario» en un plató, pero era un trabajo. Y yo necesitaba un trabajo desesperadamente. Desesperadamente.

«Bueno, tienes que ser capaz de ir a por café y recoger los pedidos del almuerzo, ¿no?», preguntó el estresado supervisor. Esperó un asentimiento de confirmación antes de continuar. «De acuerdo, eso ya es algo. No solemos hacer esto, pero tengo problemas para... tratar con... Ella, y me vendría muy bien algo de ayuda».

«¿Con quién exactamente?», pregunté, sin saber muy bien en qué me estaba metiendo.

—Spencer Wolf, la actriz. Ya sabes, con la que todo el mundo está obsesionado».

El nombre me sonaba vagamente, pero, por poco que supiera de cine, sabía aún menos de estrellas de cine. Había pasado una cantidad vergonzosa de tiempo en la biblioteca durante mis cuatro años aquí, así que no me había mantenido al día de muchos cotilleos sobre famosos.

Pero no quería darle más motivos para despedirme antes de empezar, así que asentí con la cabeza y fingí que le seguía la corriente.

«Fue una incorporación de última hora al reparto, así que he estado tratando con ella toda la semana. Lo que realmente necesita es un asistente personal, pero parece que es difícil encontrar a alguien que le guste. Es un poco distante. Sin embargo, parece que estarás bien. Voy a ponerte a su servicio los próximos días. A ver si funciona, y si no... no sé, pasa el rato junto a la comida y haz como si estuvieras ocupado».

Volvió a centrar su atención en el portapapeles que tenía en las manos y pareció olvidarse por completo de mí.

Reproduje sus palabras en mi cabeza en un intento por encontrar alguna orientación laboral real, pero nada destacaba. Lo último que quería era ser una molestia en mi primer día, así que metí las manos torpemente en los bolsillos y esperé a que me diera alguna instrucción.

Esperé y esperé, hasta que me pregunté si me habría vuelto invisible.

Tras varios minutos de permanecer de pie, carraspeé y el hombre gruñón levantó la vista con un resoplido.

«¿Necesitabas algo más?», preguntó. Sus dedos tamborileaban sobre el portapapeles a un ritmo irritantemente rápido.

«Hmm... En realidad, nunca me dijiste adónde tenía que ir», balbuceé. «¿Dónde puedo encontrar a la Sra. Wolf? ¿Tengo que registrarme en algún sitio?».

«Espera», suspiró. Hojeó un puñado de páginas antes de encontrar la que quería. —Wolf debería estar todavía en su caravana. No tiene que maquillarse hasta dentro de unas horas. Ve al

aparcamiento de caravanas de atrás; encontrarás una con su placa. Entra y pregunta si necesitan ayuda».

«¡Vale!» Hice todo lo que pude para sonar alegre y contenta por estar trabajando, pero en vez de eso me salió exagerada y chillona, ninguna de las cualidades que quería transmitir en mi primer día de trabajo. El Hombre del Portapapeles me dirigió una mirada casi lastimera y volvió a su pila de papeles.

Mierda, ya me consideraban una molestia.

En lugar de molestarle para que me diera más instrucciones, me di la vuelta e intenté abrirme paso entre el circo de equipos de producción que se había apoderado del campus universitario al que había llamado hogar durante los últimos cuatro años.

Me había graduado hacía solo una semana y los equipos de rodaje ya estaban instalados para las sesiones de verano. Había oído rumores de que la universidad alquilaba los terrenos para platós de cine mientras los estudiantes estaban de vacaciones, pero nunca lo había visto en persona.

Siempre había imaginado que el campus se convertía en un pueblo fantasma en esta época del año. Tal vez solo vería a algunos estudiantes de la escuela de verano o a algún empleado de mantenimiento fuera de temporada. Pero no estaba vacío.

Era un espectáculo digno de contemplar. Resultaba extraño ver a los obreros de la construcción trabajando en las tiendas levantadas durante la noche. Docenas y docenas de miembros del equipo recorrían afanosamente cada centímetro del campus cargando cajas llenas de accesorios y piezas de mobiliario, y no pude evitar pensar en lo extraño que era que todo esto estuviera ocurriendo a pocos pasos de dormitorios que normalmente estaban forrados con carteles de películas y fotos de actores populares.

Caminé sin rumbo durante unos minutos, tratando por todos los medios de averiguar dónde podrían estar los remolques, pero fue en vano. Cuando por fin tropecé con una mujer de aspecto amable pero intimidante, demasiado maquillada y con el pelo más llamativo que había visto hasta entonces, me armé de valor y le pedí indicaciones.

«Los remolques están por allí», señaló con una uña afilada. «¿A quién buscas?»

«A Spencer Wolf», respondí. «Se supone que voy a ayudarla los próximos días».

—Qué suerte tienes. Acaban de nombrarla mejor actriz prometedora menor de 25 años. Deberías subirte a ese tren para conseguir un trabajo a tiempo completo, si puedes».

«Sí, eso podría estar bien», respondí encogiendo los hombros. No tenía ni idea de si iba a aguantar una semana en este trabajo, y mucho menos si iba a conseguir un empleo a tiempo

completo.

«Bueno, ¡buena suerte! Será difícil no ver su caravana. Seguro que sí».

«Gracias», sonreí, agradecida por haber conocido a una persona amable en medio del caos.

Mientras me dirigía al aparcamiento de caravanas, saqué el teléfono e hice una búsqueda rápida para ver si encontraba alguna información sobre Spencer Wolf.

La verdad es que no sabía mucho sobre ella, aparte de su creciente popularidad y su reciente papel de protagonista romántica de la película más importante del año pasado. No había visto la película ni había pensado mucho en la actriz hasta que hice clic en la sección de imágenes de mi búsqueda.

Era guapísima, pero no del modo típico de Hollywood. Con su pelo oscuro y sus rasgos marcados, parecía más atlética que modelo. Alta y musculosa, no era de extrañar que su filmografía incluyera papeles de gimnasta, vampiresa o agente del FBI.

Para mi sorpresa, solo tenía dos años más que yo. Siempre me ha resultado extraño conocer a alguien de tu edad que ya haya conseguido tanto, pero intenté reservar mi juicio para después de conocernos.

Mientras seguía hojeando información sobre ella, me di cuenta de una tendencia decisiva: todos los artículos se centraban en con quién salía o qué llevaba puesto, pero no había ni un solo post sobre su talento o sus dotes interpretativas.

Recorrí su impresionante currículum esperando encontrar algún tipo de galardón, pero en su lugar me encontré con lo que yo llamaba «premios a la belleza»: todos esos títulos sin sentido que dan a los famosos simplemente por salir guapos en las fotos.

Así que estaba buena y probablemente lo sabía.

Eso no solía ser la combinación más amistosa.

Podrían ser unos días difíciles.

Chapter Two

Cuando llegué al mar de remolques que había detrás del edificio de Física, empecé a escudriñar las placas en busca del nombre de mi actriz. Pasé por delante de un cartel tras otro de actores que vagamente conocía, impresionada por la forma en que mi pequeño campus se había transformado en Little Hollywood de la noche a la mañana.

Como pobre estudiante universitaria los últimos años, hacía siglos que no iba al cine, así que el hecho de reconocer a cualquiera de los actores era un testimonio de la magnitud de esta producción. Aunque no sabía mucho sobre la película, podía ver que iba a ser un éxito de taquilla.

No era un montaje pequeño.

Pero era la primera vez que trabajaba en un plató. Demonios, era la primera vez que trabajaba de verdad, y mucho menos en un trabajo con tantas partes aparentemente móviles.

Ya estaba un poco abrumada, y solo llevaba aquí una hora.

Normalmente, pasaba la mayor parte del tiempo leyendo o estudiando para las clases, así que aproveché la oportunidad de ampliar mi currículum cuando mi profesor me ofreció el trabajo. Acababa de terminar la carrera y estaba un poco sin rumbo y desesperada por conseguir cualquier tipo de trabajo, aunque no tuviera nada que ver con mi carrera literaria.

Cuando por fin llegué al final de la cola de los remolques, vi el cartel escrito a mano: «Spencer Wolf».

Las palabras estaban escritas de forma desordenada, como si se tratara de un segundo pensamiento. El remolque también era diferente de los demás: era más nuevo y de un suave color tostado, mientras que los demás eran blancos. Destacaba entre las demás, separaba su caravana de las demás y me pregunté si la actriz que había dentro destacaría igual.

Respiré hondo y ensayé mi presentación una y otra vez. Al fin y al cabo, era la primera vez que conocía a alguien famoso y, aunque no supiera mucho sobre ella, no quería parecer una tonta.

Haciendo acopio de todo el valor que me quedaba, me acerqué a la puerta y golpeé la superficie de imitación de madera con los nudillos.

El sordo murmullo de las voces se acalló y pude oír cómo se acercaban unos tacones.

La puerta se abrió y apareció una mujer menuda de mediana edad. Iba vestida de forma bastante informal, con solo un toque de maquillaje y un aire misterioso propio de Los Ángeles.

—preguntó, mientras sus dedos rebotaban arriba y abajo en el marco de la puerta. —preguntó, mientras sus dedos rebotaban arriba y abajo en el marco de la puerta. Todo el mundo por aquí parecía tener tres cafés de energía.

«Hola», le dije con mi mejor sonrisa. «Estoy trabajando en el plató y me han dicho que venga a ayudar a la señora Wolf en lo que necesite».

La mujer me miró con escepticismo. —¿Cómo te llamas?

—Lauren.

«¿Lauren...?», insistió.

«¡Daly! Perdona», balbuceé. «Lauren Daly».

«Espera un momento». Sacó un walkie-talkie del cinturón y cerró parcialmente la puerta.

Bajé del pequeño porche para darle intimidad, pero seguía oyendo cómo la mujer repetía mi nombre a alguien al otro lado de la radio.

Tras unos incómodos minutos esperando fuera, la puerta de la caravana se abrió de nuevo.

La mujer me hizo un gesto para que entrara. —¿Has firmado todos los formularios de confidencialidad?

Asentí con entusiasmo.

—Bien. Probablemente tendré que hacerte firmar algunos más por si te contratamos. Pero, qué demonios. Podríamos intentarlo; Dios sabe que me vendría bien algo de ayuda. Por cierto, soy Rebecca, la representante de prensa de Spencer».

«Encantada de conocerte», le dije sonriendo mientras le estrechaba la mano.

«¡Spencer!», llamó Rebecca hacia la parte trasera de la caravana. «¡Ven a conocer a tu nuevo ayudante de plató!».

Se abrió una puerta en la parte trasera de la caravana y salió la mujer más atractiva que había visto en mi vida. Vestía la bata más pequeña que hubiera podido imaginar. Mis ojillos gay casi se me salieron de las órbitas.

Dios mío, espero que no me viera revolotear.

Era alta y ancha de hombros de una forma que la diferenciaba de todas las demás actrices que había visto hasta entonces, y fuerte de una forma que yo siempre había anhelado ser. Era guapísima, pero parecía que su feminidad era más artificial que natural.

No sabría explicarlo, pero había algo diferente en su forma de moverse, en su manera de sostenerse, que no se parecía en nada a lo que yo esperaba. Y, de alguna manera, me recordaba a cómo me sentí diferente el otoño en que entré en una hermandad.

Me sentía un poco marica.

¿Era posible que la actriz más sexy del panorama fuera secretamente una de nosotras?

¿O era mi corazoncito lésbico el que se estaba proyectando?

«Hola», sonrió, y sus dientes blancos y brillantes resaltaban sobre su piel bronceada. Era tan extraño verla en persona después de haberla investigado en Internet. En persona parecía aún más increíble.

—Hola, soy Lauren —le devolví la sonrisa, esforzándome por parecer indiferente.

Se adelantó, me estrechó la mano y me impresionó inmediatamente la fuerza con la que lo hizo. Si no fuera por todas las cosas que me distraían de ella, me habría distraído con ella.

Por ejemplo, su semidesnudez, que resultaba increíblemente molesta.

El cordón que sujetaba su bata estaba tan suelto que la tela le colgaba de los hombros, dejando al descubierto su largo cuello y gran parte de la clavícula. Era despreocupada y hermosa sin esfuerzo, y me costó mucho no seguir las líneas de la tela por su cuerpo.

«En realidad, esto funciona a la perfección», exhaló Rebecca. Sus dedos parecían no cansarse nunca de golpear cualquier superficie disponible. «Tengo una cita para comer con el representante del estudio dentro de media hora. Iba a llamar a un ayudante de producción para asegurarme de que cumplís el horario, pero ahora que nos han dado a Lauren para que nos ayude, ¡ella puede hacerse cargo de toda la escolta! ¿Te parece bien, Spencer?».

Spencer me miró con una sonrisa amistosa y pude ver que evaluaba si yo suponía una amenaza. Estaba segura de que su fama conllevaba una desconfianza inherente hacia los desconocidos y no me extrañaría que alguien nuevo la hubiera utilizado antes.

Me esforcé por calmar sus nervios y le devolví la mirada con una sonrisa suave.

«Sí», respondió Spencer. «Lauren parece buena compañía para pasar el día».

Sentí que me volvía a ruborizar ante el cumplido. No todos los días alguien valoraba y aprobaba tu carácter de manera tan descarada, sobre todo alguien tan famoso.

«¡Estupendo! Acabamos de matar dos pájaros de un tiro con Lauren», exclamó Rebecca. A pesar de su frenético movimiento, tenía la sensación de que Rebecca podría llegar a caerme bien.

«Bueno, me voy. Spencer, si me necesitas, llámame».

La mujer mayor se inclinó y besó a la actriz en la mejilla antes de desaparecer por la puerta, dejando tras de sí un resplandor de energía sobrecafeinada.

No me di cuenta de que me había dejado sin instrucciones ni orientación hasta que salió por la puerta.

Sin saber muy bien qué hacer a continuación, me metí la mano en el bolsillo y esperé a que Spencer diera el primer paso.

«¿Quieres tomar algo?» preguntó Spencer dirigiéndose hacia la cocina. «Tenemos agua y refrescos, pero podría prepararte té o café si lo prefieres».

«Estoy bien», respondí encogiendo los hombros. «Además, probablemente debería ser yo quien te preparara una taza de té o de café. Perdona. Aún soy nueva en esto, así que puede que todavía no sea la mejor ayudante. Pero aprendo muy rápido».

«La verdad es que me alegro mucho de que no lo hayas hecho antes. Me di cuenta», sonrió Spencer. «Por eso te aprobé. Odio que la gente con la que trabajo a diario me trate como a una niña. O peor aún, mi última ayudante parecía mi sirvienta. Por mucho que le insistiera, no se relajaba. Eso me hacía sentir tan... rara. Si esto funciona, tendrás que estar preparada para tratarme como a una persona. No soporto más rarezas».

«Trato hecho», le respondí sonriendo. Era agradable hablar con alguien amable. «Sinceramente, no tengo ni idea de lo que hago, así que esto es como empezar de cero».

«Además», hizo una pausa y se volvió para mirarme con unos ojos que, de repente, eran muy intensos. «No vuelvas a disculparte. Es despectivo. Y eso no me gusta. Tú tampoco deberías serlo».

Me sorprendió su franqueza repentina. Me sacó el aire de los pulmones por un momento y tuve que respirar hondo antes de asentir con una sonrisa suave y sorprendida. «No volverá a ocurrir».

«Perfecto», me guiñó Spencer. «Ya me caes bien. Ahora ven a sentarte conmigo en el sofá y háblame de ti. No quiero trabajar con una desconocida».

Después de todo, quizá no fuera un día tan malo.

Chapter Three

Seguí a Spencer hasta la parte trasera de la caravana, que se había convertido en una especie de sala de estar. Se sentó en un lado del sofá y, cuando me senté frente a él, apoyó los pies en la mesita y sacó un frasco de loción del bolsillo de la bata.

«¿Eres estudiante aquí?», preguntó, echándose un chorrito de loción en la mano.

«Sí. O lo era. Me licencié la semana pasada, pero se me olvida tan pronto que parece un concepto extraño».

Observé cómo se frotaba la loción en las pantorrillas y empezaba a mover los dedos en círculos por la pierna. El dobladillo de la bata llegaba hasta la mitad del muslo y, a medida que subía, también lo hacía la tela.

Intenté ser cortés, pero mis ojos se desviaron hacia la parte inferior de su cuerpo, perfectamente tonificada. ¿Qué me estaba pasando? Nunca miraba fijamente a la gente, aunque me pareciera atractiva, pero, por alguna razón, no podía apartar la vista de Spencer.

«¿Qué has estudiado? ¿Cine?».

«Inglés, en realidad. Soy un poco friki de la literatura».

«Eso me gusta», me miró y sonrió.

«He intentado leer más. Estar en el plató es tan dolorosamente aburrido la mayoría de las veces. Quizá podrías hacerme una lista de libros que me recomiendes».

«¡Puedo hacerlo! Aunque podría ser difícil reducir mi lista de favoritos», le dije con una sonrisa. Esto estaba yendo mucho mejor de lo que esperaba. «Entonces, ¿tenemos que prepararte pronto para una escena? O, ¿cómo funciona esto?».

«Sí, probablemente debería vestirme», contestó Spencer mirando el reloj de su teléfono. «Cuando lleguemos al plató, podemos pedirle a alguien una copia de mi horario. Principalmente,

se trata de controlar los horarios y asegurarme de que me alimento. Y tal vez leer algunas líneas de vez en cuando».

«A mí me parece bastante fácil», suspiré. El día estaba resultando mucho más fácil de lo que esperaba.

«Bien, porque ya tienes el bolo», se rió Spencer. «Y ahora, ¿dónde está mi atuendo de hoy?».

Las dos nos levantamos y buscamos en los armarios de la caravana hasta que encontramos el vestido corto que Spencer debía llevar. Me di la vuelta y le di un poco de intimidad mientras se quitaba la bata y se ponía el vestido.

Sin embargo, incluso de espaldas, pude ver su silueta con el rabillo del ojo. Estaba en forma y era guapa, y me pregunté si ya me había enamorado de ella.

O tal vez era amor de verdad...

Pero eso sería inapropiado y lo último que necesitaba en mi primer día de trabajo.

Ahora comprendía el atractivo de su fama. Ahora lo entendía perfectamente.

«Oye, ¿podrías ayudarme con este estúpido cordel? Se me da fatal atar cosas a la espalda», se rió.

«Claro», contesté.

Cuando me di la vuelta, me esforcé por mantener las manos firmes antes de extender la mano para ayudarla. La parte superior del vestido estaba sujeta por dos tiras de tela que debían atarse a la base del cuello de Spencer. Era solo un poco más alta que yo, tal vez uno o dos centímetros. Así que mis ojos se posaron justo encima de su nuca.

Me puse detrás de ella y le tiré del pelo hacia un hombro. Un leve aroma a lavanda me hizo cosquillas en la nariz. Incluso olía bien.

Agarré los dos cordones y anudé el vestido con un leve temblor cuando mis dedos rozaron su piel suave. Aunque no me sentía nerviosa a su lado, mi cuerpo tenía una mente propia y una mirada errante y asombrada.

Si íbamos a seguir trabajando juntos, tenía que liberarme de ese repentino enamoramiento que sentía por la actriz antes de que me rechazara como las demás.

Ser tan atractiva era literalmente su trabajo. Tenía que recordarlo.

Cuando por fin la vestimos y la preparamos para su escena, la guié por el campus hasta el lugar de rodaje.

Había algo tan extraño en pasear por un lugar tan familiar con alguien tan fuera de lo común. Le indiqué a Spencer los edificios donde tenía clase, pero el campus me pareció de repente más fantasmal que mi verdadero hogar de cuatro años.

Como nunca había estado en un plató, me sorprendió la complejidad de todo cuando llegamos al lugar de rodaje. Había gente por todas partes, trabajando en detalles del rodaje o leyendo los guiones, pero aun así me sentí perdida entre la multitud. A Spencer se la llevaron enseguida los maquilladores y los ayudantes de producción, y a mí me dejaron a mi aire.

No acababa de encajar, así que me senté en el suelo y traté de mimetizarme con la pared para poder observar en paz.

Aunque no tenía ni idea del argumento, enseguida me di cuenta de que la escena que estaban rodando aquella tarde era una cita. Entre el escaso vestido que llevaba Spencer y la absurda cantidad de maquillaje que le habían aplicado en la cara, empecé a hacerme una idea.

Mis sospechas se confirmaron cuando vi a Chris King entrar en el plató y dirigirse directamente hacia Spencer.

Chris King era uno de los pocos actores nuevos y atractivos que conocía, simplemente porque su cara aparecía en todos los anuncios y vallas publicitarias de este año. Parecía que cada vez que pasaba por delante de un puesto de revistas, allí estaba él, mirándome fijamente con sus ojos azul celeste y su barba perfectamente cuidada.

No culpaba a las empresas, estaba buenísimo y era aún más guapo en la vida real. Pero nunca entendí la atracción de fantasear con un tipo tan alejado de tu propia vida.

Eso, y el hecho de que mi sexualidad se había vuelto mucho más zafia estos últimos meses.

Puede que aún no estuviera «fuera» del armario, pero seguro que no era heterosexual. Simplemente, nunca había tenido la oportunidad de salir con nadie ni de tener una relación duradera.

Quizá había estado demasiado centrada en tener éxito en la escuela y me había olvidado de vivir.

O quizá había tenido demasiados enamoramientos no correspondidos y besos robados con chicas heterosexuales y nunca me había permitido enamorarme de alguien disponible.

Quizá me acobardaba ante la posibilidad de amar de verdad a alguien y no solo leer sobre ello.

Sea como fuere, lo único que sabía era que ni siquiera un semental como Chris King hacía nada por mí.

Mientras se dirigía hacia Spencer, la observé atentamente. Parecía algo apartada de los demás en el plató, y ese rígido distanciamiento solo pareció empeorar cuando Chris King apareció a su lado.

A diez metros de distancia, me di cuenta de que estaba coqueteando con ella. Se inclinó para darle un beso en la mejilla recién maquillada y se pavoneó sobre ella con el porte de un

quarterback de instituto.

Los hombres tenían una forma especial de hincharse cuando se insinuaban a mujeres guapas, y en cinco minutos el pecho de King había crecido cinco centímetros.

A pesar de toda la atención que estaba recibiendo, Spencer permanecía recatada en su silla, leyendo el guion y respondiendo solo con bromas a los intentos de conversación.

Aunque mis ojos vagaban por la bulliciosa sala, Spencer seguía destacando en todos los sentidos. Entre el puñado de actores famosos, seguía siendo la más bella con diferencia; sin embargo, su forma de comportarse no terminaba de encajar. No parecía sentirse del todo cómoda, o quizá simplemente no le interesaba.

Cuando todo el mundo estuvo debidamente arreglado y el guión enmendado, el director condujo a Spencer y a Chris King al plató, que parecía un restaurante.

Se sentaron frente a frente en una mesa, recibieron algunas instrucciones de última hora y empezó el rodaje. Había acertado, la escena era claramente una cita entre los dos, y observé fascinada cómo cambiaba todo el comportamiento de Spencer cuando se encendieron las cámaras.

Spencer y Chris King repasaron unos minutos de frases antes de que el director dijera «corten».

En cuanto terminó la escena, la forzada sonrisa de Spencer se desvaneció y exhaló profundamente. Movió la cabeza de un lado a otro, crujió el cuello y estiró los brazos largos y musculosos hacia atrás.

Chris King ni siquiera pareció darse cuenta del agotamiento de Spencer mientras retomaba su coqueteo. Extendió el brazo hacia el otro lado de la mesa, le cogió la mano y habló profusamente en su dirección. Juraría que la vi retroceder.

¿Será Spencer la única mujer de la Tierra inmune a Chris King?

Este proceso se repitió una y otra vez hasta que el director pareció estar contento y pasó a otra toma de la pareja. Durante los descansos entre tomas, me dirigí a la mesa de productos artesanos, al fondo del plató. Había un grupo de técnicos y ayudantes arremolinados alrededor de la comida, así que cogí un panecillo y me aparté.

Me conformé con tomar carbohidratos y observar a los demás.

«Maldita sea, está buena», oí suspirar a uno de los del catering. Sin siquiera girarme, supe de quién hablaban.

«¿Tú crees?», replicó otro.

«¿En serio? ¿No crees que esté buena? ¿Qué te pasa?».

«No sé, es demasiado... masculina, o algo así».

«¿Estás ciego?»

«No», se defendió el hombre. «Mira, aun así me la tiraría; no estoy loco. Pero prefiero a las mujeres pequeñas. Tiene los hombros más anchos que yo y es musculosa. Simplemente no es muy femenina, ¿sabes?».

«Supongo», concedió el primer hombre. «Eso no significa que no le haría cosas indecibles».

Pensé que me iban a dar arcadas.

Sentía que me subía la tensión solo con oír hablar a los dos hombres. Quería darme la vuelta y regañarles por cosificarla, pero entonces sería una hipócrita por todas las miradas embobadas de las que era culpable en la caravana.

Y, sinceramente, no podía permitirme perder mi trabajo el primer día. Me lo estaba pasando demasiado bien.

En lugar de eso, decidí que castigaría mentalmente al segundo hombre por no gustarle lo que hacía que Spencer me resultara tan atractivo: su fuerza. Sin embargo, antes de que pudiera armarme de valor para enfrentarme a ellos, desaparecieron.

No sabía por qué sus comentarios me habían molestado tanto; podía entrar en Internet y ver foro tras foro de hombres que mantenían exactamente la misma conversación, pero sentía lealtad hacia Spencer tras solo unas horas de conocerla.

Cuando terminé mi panecillo, el director había liberado a los actores para que tomaran un breve descanso. Al volver al plató, vi que Spencer se había retirado a un rincón trasero. Hicimos contacto visual y sus labios se curvaron en una sonrisa brillante y genuina.

Con un gesto de la muñeca, me indicó que me uniera a ella en su rincón.

«Hola», le dije sonriendo, «has hecho un trabajo increíble».

«No, ha sido una tontería. Todo es un poco tonto», se encogió de hombros. «Pero ¿qué tal te lo estás pasando en tu primer día? Sé que puede ser horriblemente aburrido esperar en el plató».

«En absoluto. He disfrutado mucho viendo todo el proceso».

«Claro», se rió con complicidad. «Mañana podemos buscar la forma de ayudarte a pasar el tiempo. Quizá pueda encontrar un libro que aún no hayas leído en mi pequeña biblioteca».

«Entonces, ¿he aprobado el examen? ¿Me volverán a contratar mañana?».

«Por supuesto. Puede que seas la única persona auténtica de este plató. No irás a ninguna parte si yo puedo opinar». Extendió la mano y me la apretó.

Sentí cómo un rubor subía por mis mejillas mientras intentaba no sonreír. Tenía la sensación de que, después de todo, iba a disfrutar de mi primer trabajo.

Chapter Four

Cuando volví a mi apartamento aquella noche, me sorprendió encontrar a mi compañera de piso, Allie, en el sofá con nuestra amiga común, Julie, y su vecina de al lado. Las dos se estaban riendo con una botella de vino y unas palomitas, y por un momento me pareció que habíamos vuelto a la universidad. Las tres nos habíamos mudado al complejo de apartamentos fuera del campus en nuestro penúltimo año y, desde entonces, vivíamos en edificios contiguos.

Como es habitual entre los homosexuales, Julie y yo habíamos tonteado un poco e incluso habíamos tenido una cita terrible juntos en nuestro primer año. Aquella cita incómoda bastó para que decidiera seguir siendo su amigo, pero ella siempre había mantenido un poco el espíritu coqueto. Sin embargo, ahora estábamos más unidas que nunca y realmente la consideraba una de mis personas más cercanas.

Muchas noches las pasábamos así: los tres estudiando y hablando de la vida.

Me preguntaba si seguiríamos así ahora que todos nos habíamos graduado oficialmente y pasábamos a nuestras siguientes etapas.

Ni siquiera había dejado la mochila cuando recibí un aluvión de preguntas.

«Bueno, ¿qué tal ha ido?», preguntó Julie.

«¿Conociste a alguien famoso?», añadió Allie.

«¿Fue divertido o quisiste tirarte por un acantilado todo el tiempo?».

«Dios mío», suspiré, tirándome en el sofá junto a ellas. «Estuvo bien. No muy emocionante, pero sin duda supuso un paso adelante respecto a pasar un día en las estanterías de la biblioteca. O conseguir un trabajo de camarera, como el que estaba a punto de hacer».

«Oh, así que solo era un trabajo aceptable. Qué aburrido», dijo Julie con burla.

«¡No, era mejor que eso!», le expliqué. «De hecho, me lo pasé muy bien. La actriz era simpática y amable, y conocí a mucha gente estupenda. Fue como una miniconvención o algo

así».

«Espera», dijo Julie, hizo una pausa, extendió la mano y me puso la suya en la pierna para que me detuviera. «¿ACTRIZ? ¿Qué actriz? Creía que esto iba a ser como una especie de actuación tuya recogiendo servicios artesanales o limpiando decorados».

Me reí y me recosté en el sofá, sintiéndome de repente más reservada de lo habitual con mi nuevo trabajo. No sabía si alardear o ser prudente a la hora de contar lo de Spencer. No quería meterme en problemas, pero tampoco podía ocultar esta información a mis dos mejores amigos.

«Bueno...» Arrastré el suspense.

«¡Lauren!» me regañó Julie. «¡Dínoslo!

«Bien», sonreí, «me contrataron para ser la ayudante de Spencer Wolf».

«¡¿Qué?!», exclamó Julie.

«¡Me encanta! Allie, ¿has visto alguna vez una película con ella?».

Allie negó con la cabeza, y no me sorprendió. Allie estaba en segundo año de medicina y apenas tenía tiempo libre. Era una gran trabajadora que no tenía tiempo para nada más. Era la única de los tres que realmente salía y experimentaba la vida universitaria.

«¡Está tan buena, joder!», continuó Julie, sin darse cuenta de que ya había perdido de vista a Allie.

—¡Sus piernas son una locura! Lauren, tienes que hacerme un tour personal por su caravana. Y por visita, me refiero a su cama».

«Cállate, Jules», le dije riéndome, «no puedes acostarte con todas las tías buenas que ves».

«No eres divertida», dijo Julie con un mohín. «Pero en serio, ¿vas a volver mañana al plató?».

«Sí», sonreí, «la verdad es que he tenido el mejor día. Fue... sorprendentemente asombroso».

«¡Pues vamos a celebrarlo! Allie, ¡coge otro vaso!».

«No puedo, chicos. Tengo que acostarme pronto», dijo Allie sonriendo. «Mañana tengo un examen importante, ¡pero deberías celebrarlo! Tienes tu primer trabajo, Lauren, ¡eso es enorme!».

Allie se levantó del sofá, me dio un abrazo y me deseó lo mejor antes de desaparecer en su habitación.

«De acuerdo, pero solo un vaso de vino, porque también tengo que madrugar».

«Uf, vale», respondió Julie con los ojos en blanco. «Tienes suerte de que esté cansada».

Nos sentamos en un cómodo silencio durante un momento, ambas sorbiendo nuestras copas de vino y pensando.

Yo pensaba en el día, en que tenía un trabajo de verdad y en que volvería al plató mañana por la mañana.

Y en que volvería a ver a Spencer.

Julie, en cambio, parecía estar maquinando.

—Lauren —rompió por fin el silencio Julie. «¿Has notado algo raro en Spencer Wolf?».

—¿«Raro»? —pregunté.

—¿Qué quieres decir con «raro»?

—No sé, siempre hay algo diferente en su forma de actuar en las entrevistas. Siempre he notado esa pequeña chispa de... algo que me llama la atención cuando la observo. Algo que no es del todo recto».

«Yo pensé lo mismo», admití. «Aunque me preguntaba si estaba proyectando algo».

«Desde luego que no. Deberías ver la entrevista que le hicieron para Entertainment Weekly el año pasado», dijo Julie sonriendo.

«Ya lo he hecho, y no me ha servido de nada. Está tan buena...».

«Cierto, pero tampoco puedes negar las vibraciones».

«Las vibraciones, ¿eh? Empiezas a sonar como mi madre».

«Oh, silencio. Ya sabes a lo que me refiero».

«Sí», reconocí. «Es que nunca supe si era mi homosexualidad la que hablaba o no».

«Chica, no», se rió Julie.

«Puede que tengas el mejor lesbo-dar que he visto nunca. Es imposible que estuvieras proyectando».

Bebí un sorbo de vino y dejé que me invadiera el calor. Hacía tiempo que Julie y yo no nos sentábamos a cotillear así.

«Bueno, entonces, ¿quizá sea bisexual?», me pregunté en voz alta.

«No estoy segura, pero tengo mis sospechas desde hace años. Nunca la he conocido ni nada parecido, pero he leído artículos sobre ella desde que empezó a hacerse famosa en Internet. Incluso antes de que se hiciera famosa, siempre me pareció muy reservada, ¿sabes?

—«Parecía un poco... diferente», coincidí.

«Es como si supiera que todo el mundo la mira y juzga cada uno de sus movimientos, así que se guarda las cartas en el pecho».

«Puede ser».

«¡Pero tú estás cerca de ella! ¿De verdad crees que podría ser así?», insistió Julie.

«No lo sé, Jules», me reí, «he pasado dos horas con la chica. No es mucho tiempo para conocer bien a alguien».

«Entonces, ¿no vas a investigar?».

«No», suspiré, negando con la cabeza. «Sería inapropiado que empezara a preguntarle por su sexualidad».

«Apuesto a que se sinceraría contigo al respecto», argumentó Julie.

«Eres la persona menos intimidante del mundo. Si se lo fuera a confesar a alguien, probablemente sería a ti».

«No sé si eso es un cumplido».

«Lo es», sonrió Julie, «y lo sabes».

«Aunque lo fuera, definitivamente no te lo diría, no voy a ser la chica que revele ningún secreto sobre su jefe», declaré. «Eso es una muy mala idea. Es una demanda en ciernes».

«Como quieras», suspiró Julie.

«Avísame si tienes alguna... «En absoluto», bromeé.

«En absoluto», bromeé. «Pero es mucho mejor de lo que esperaba».

«Me alegro mucho por ti, Lar», sonrió Julie, levantando su copa para brindar. «Primer trabajo, y joder, es el más guay que se nos podría haber ocurrido».

«Gracias, Jules. Y hablando de eso, es hora de que me vaya a la cama para poder conservar mi nuevo y genial trabajo durante el segundo día».

Y nos dimos las buenas noches. Lauren se retiró a su apartamento, mientras yo me iba a la cama con los sueños del mañana ya en la cabeza.

Chapter Five

Al día siguiente me desperté con más emoción que nunca.

Me vestí y salí antes de que Allie se despertara, porque no quería llegar tarde a mi segundo día en el plató.

Esta vez me había traído un libro, consciente de que habría momentos en los que podría sentarme a leer. Madame Bovary. Un ejemplar que había leído una docena de veces, pero que siempre me había gustado por la forma en que transmitía el anhelo de algo más.

Era un cliché absoluto de la carrera de Literatura Inglesa. Pero, ¿qué podía decir? Me encantaba.

Cuando llegué al plató, estaba lleno de gente y Rebecca me vio al instante desde el otro lado de la sala. Se precipitó hacia mí como un torbellino de energía y cafeína y me apartó a un lado.

«Spencer ha preguntado por ti esta mañana», susurró Rebecca, con una sonrisa de complicidad.

«¿Lo hizo?», pregunté, sin creérmelo del todo.

«Sí, me preguntó específicamente si ibas a volver». Rebecca volvió a golpear la taza con los dedos como un metrónomo. Hablaba deprisa y con brusquedad, y de repente sentí la necesidad de confirmar si las noticias eran buenas o si se había metido en un lío.

«Pero... en el buen sentido, ¿verdad?», pregunté con cuidado.

«¡No, no! Quiero decir, ¡sí!», aseguró Rebecca antes de aclarar: «Lo preguntaba como si se alegrara de que volvieras».

«Oh», sonreí, ruborizándome ligeramente. «Qué amable».

«¡Lo es!». Rebecca asintió. «Pero no te emociones demasiado. Sigue siendo muy reservada, así que quizá nunca seas capaz de entenderla del todo. Pero es muy leal si le gustas».

«Lo sé», respondí encogiendo los hombros. «No me lo esperaba. Pero sigue siendo agradable sentirse deseado».

«Bueno, no esperes eso de todo el mundo», advirtió Rebecca. «En este negocio hay mucha gente que no es ni de lejos tan cariñosa como Spencer. Ella es un caso especial y estoy segura de que no todos serán tan acogedores. He visto a muchos buenos ayudantes huir llorando de un plató cuando se dan cuenta de la verdad de esta industria».

«Pero tiene sentido», repliqué. «Spencer es joven e intenta causar buena impresión. Estas personas mayores ya tienen experiencia y han aprendido a protegerse. Por algo tienen los escudos levantados».

«Cierto, pero no te pongas ñoña, chiquilla», me guiñó un ojo Rebecca. «Tienes un pellejo duro y Spencer te tiene cariño. Eso es bueno. No quería que te dejaseras llevar demasiado por tus propios sentimientos y te tomaras algo a mal. Puede ser confuso y abrumador, así que mantén la mente abierta».

«Gracias», contesté. «De acuerdo».

«De acuerdo.

—Bien. Ahora, vamos a buscarla».

Seguí a Rebecca entre la multitud de actores y ayudantes hasta llegar al departamento de maquillaje y vestuario. Me sorprendió ver que Spencer ya estaba sentada en una silla, retocándose el maquillaje, pero en cuanto me vio, se le iluminó toda la cara.

«¡Ahí está!», exclamó Spencer, señalándome con el dedo. «¡Mi ayudante personal, de vuelta por segundo día!».

«Aquí estoy», respondí, avergonzada de repente. «¿Creías que no volvería?».

«No estaba muy segura. Muchos no lo hacen, pero esperaba que lo hicieras».

«Acaba de estar conmigo», intervino Rebecca. «Tenía algunas cosas que hablar con ella. Espero que te parezca bien».

«Por supuesto, por supuesto», respondió Spencer. «Gracias por devolvérmela».

«De nada, jefe», dijo Rebecca apuntando con el dedo a Spencer, y creo que era la primera vez que oía reír a alguna de las dos. Estaba claro que eran íntimas.

«Te traeré café», dijo Rebecca, y se volvió hacia mí.

«¿Café, Lauren?

—Sería estupendo, gracias.

«Así que tengo buenas y malas noticias», dijo Spencer en cuanto Rebecca salió de su campo de audición.

«Oh, Dios», suspiré.

«La mala noticia es que ha cambiado el horario», explicó. «Mis escenas se han trasladado de este mismo día a ahora mismo. Así que vamos a rodar la última escena que hicimos ayer, pero en orden inverso».

«Ah, vale», asentí, aunque no terminaba de entender por qué era algo malo.

«Y lo bueno es que ahora tenemos más tiempo para matar mientras el equipo lo prepara todo», dijo Spencer sonriendo. «Te he traído un libro de una colección muy pequeña, pero muy querida. Lo dejé en mi caravana con la esperanza de que volvieras hoy».

Dijo las palabras con tanta emoción y a la vez con cierta despreocupación que tuve que tomarme un momento para procesarlas.

«¿Me has traído un libro?», pregunté, francamente más sorprendida que otra cosa.

—«Por supuesto, tonto», respondió sonriendo. «Prometí que lo haría. El único problema es que aún está en mi caravana. Tendremos que cogerlo más tarde, lo siento».

«Eso es realmente gracioso, porque: Yo también he traído un libro», le dije riéndome. «Así que tendremos opciones».

«No, joder, de ninguna manera», dijo con una sonrisa que hizo que se le dibujara algo casi sorprendido en los ojos. «Supongo que las grandes mentes piensan igual. Dime, ¿qué has traído para leer?».

Levanté la portada de mi libro y su sonrisa se ensanchó.

«Siempre he querido leerlo», musitó Spencer.

«Es uno de mis favoritos», sonreí.

«¿Qué has traído?».

Spencer sacudió la cabeza con una sonrisa traviesa. «Creo que será una sorpresa divertida para cuando acabemos ese. Asegúrate de seguir viniendo por aquí. ¿Crees que podrías leerme un poco mientras me arreglan?».

La pregunta me sorprendió un poco. Lo había hecho mucho esta mañana.

Me di cuenta de que nunca me habían pedido que leyera a nadie. Por alguna razón, me parecía algo muy personal. Y, sin embargo, la pregunta no sonó extraña en absoluto viniendo de ella.

«Si quieres».

«Por favor».

Así que, mientras la peinaban y la maquillaban, empecé a leer la historia en voz alta, observando atentamente su expresión. Era interesante verla absorta en la historia, y aún más cuando hacía preguntas sobre los personajes o la trama.

Cuando terminaron de maquillarla y se dispusieron a vestirla, me pidió que siguiera leyendo, así que continué. Me senté en un rincón y seguí leyendo en voz alta, y Spencer permaneció en silencio escuchando mientras la vestían.

Cuando estuvo completamente ataviada, la estilista de vestuario se disculpó para coger un accesorio y yo terminé el capítulo.

«Vaya», musitó Spencer. «Es un texto precioso. Me encantan las imágenes».

«Creo que esa es mi parte favorita», respondí.

«Una vez oí que Flaubert solía gritar sus frases para asegurarse de que sonaran bien. Aunque no sé si es verdad o si es solo una fábula de la carrera de Filología Inglesa».

«A quién le importa si es verdad o no. Es increíble».

Spencer me miró una última vez antes de dirigirse hacia la puerta de la caravana. Le brillaban los ojos, no sabía si era el maquillaje o alguna chispa en ellos, pero eran preciosos.

Era hermosa.

Me dedicó una sonrisa y me tendió la mano. «Muy bien, vamos. Tenemos que ir al plató. Pero que sepas que esta es nuestra nueva tradición de rodaje».

Dejé que me guiara para que no viera la sonrisa que probablemente se dibujaba ahora en mi cara.

Nunca había deseado tanto leer.

Chapter Six

La semana siguiente pasó volando. Cada día era una nueva aventura, mientras aprendía más y más sobre el proceso cinematográfico y sobre Spencer.

Pasaba la mayor parte del tiempo en el plató o ayudando a Spencer a ensayar sus diálogos, y las pocas veces que me enviaban a hacer recados, echaba más de menos estar cerca de la acción que tener una tarea real.

Incluso cuando era aburrido, había algo fascinante en ver trabajar a Spencer.

El viernes estaba agotada, pero lo pasaba muy bien con ella.

Estábamos sentadas alrededor de su caravana, leyendo y hablando de cualquier cosa, haciendo todo lo posible por pasar el tiempo hasta la puesta de sol. A principios de semana, habíamos empezado una partida de tres en raya intensa y maratoniana para mantenernos ocupadas, pero ni eso ni Madame Bovary nos entretenían lo suficiente aquella tarde de viernes.

«¿Qué se puede hacer por aquí un fin de semana por la noche?», preguntó Spencer.

Apoyó los codos en las rodillas e inclinó la cabeza hacia delante. Se notaba la niña excitada que había en ella cuando se sentaba así. Y solo parecía hacerlo en los confines de la caravana.

«No mucho», admití. «Es sobre todo una ciudad universitaria, así que los bares están casi totalmente dirigidos a ese grupo demográfico de menores que beben. Además, los bares estarán bastante muertos cuando se vayan todos los estudiantes».

—Qué asco. Pero a Chris le encantará. Se alimenta de la atención de chicas de 18 años que necesitan ser aceptadas. Es tan bruto que ya se habrá acostado con la mitad de la tripulación». Hizo una pausa y pensó un momento. «No se te ha insinuado, ¿verdad?».

«No», me reí, «no creo que me mirara aunque yo lo quisiera».

«¿Lo querrías?», insistió. Había algo tímido en su pregunta que no había oído antes en ella.

«No, definitivamente no es mi tipo», respondí rápidamente. Deseaba desesperadamente que supiera que Chris no me atraía en absoluto, pero no estaba segura de si estábamos en el nivel profesional o de amistad en el que podía decirle lo gay que me había dado cuenta de que era.

Parecía estar pensando en sus palabras. Me miraba con tanta fijación que, de repente, me sentí cohibida por mi maquillaje mal aplicado y mis ojeras. Pero no me juzgaba.

¿Era curiosidad o interrogación?

Quería saber qué estaba pensando, pero no me atrevía a preguntárselo.

«Bueno, me muero de hambre», suspiró, cambiando de tema y frotándose el estómago de forma adorablemente dramática. «¿Quieres cenar algo?».

«¿Juntos?», tartamudeé. Ya habíamos comido en grupo en el plató, pero nunca como «juntos».

«No, como mínimo estaríamos separados por dos mesas», se rió.

«¡Claro que juntas, tonta! No es tan chocante, ¿verdad?».

Me reí entre dientes y negué con la cabeza. «No, es que nunca habría pensado que quisieras...».

«¿Querer qué?», insistió.

«No sé... ¿Salir con alguien como yo? Sentí que me tropezaba con las palabras. La mayoría de los talentos actúan aquí como si estuvieran por encima de mí. Tú eres muy diferente a ellos en ese sentido».

Spencer se sentó y soltó una carcajada suave:

—¡Vaya! ¡Creo que esa puede ser una de mis mejores críticas hasta la fecha! Normalmente me llaman zorra o fría. Sobre todo con los demás en el plató».

«Bueno, los demás ayudantes se pasan la mitad del día destrozando a sus talentos, así que, en comparación, eres una persona muy genial», bromeé.

«Bueno, gracias. Pero, para que quede claro, no te considero mi ayudante. Me parece muy despectivo». Me miró con profundidad y sinceridad. Una vez más, extendió la mano y me la apretó, pero esta vez sus dedos permanecieron unos segundos más de lo que yo esperaba. «Ahora, ¿dónde deberíamos ir a comer?».

Sugerí algunos de mis locales favoritos y enseguida nos pusimos de acuerdo para ir a un pequeño restaurante cercano a mi apartamento. Spencer se ofreció a llamar al coche privado que le había proporcionado el estudio, pero yo sugerí que cogiéramos el mío del plató.

Spencer tardó cinco minutos en prepararse. Se recogió el pelo en un moño y se puso una gorra de béisbol. En lugar del vestido que había llevado toda la tarde, se puso unos vaqueros holgados y cómodos y una sudadera extragrande con el logotipo de la universidad en la parte delantera.

Me pregunté cuándo se habría comprado aquello y, de repente, me vino a la cabeza la hilarante imagen de Rebeca en la tienda del campus.

Si no supiera quién era, habría supuesto que era una universitaria más, recién salida de una borrachera de estudio.

Pero, ¿cómo era posible que siguiera estando estupenda con vaqueros?

«¡Muy bien, estoy lista!», exclamó.

Por el brillo de sus ojos, me di cuenta de que le hacía ilusión salir de su pequeño mundo por un rato.

Sin embargo, no fue hasta que llegamos a mi coche cuando me di cuenta de lo viejo que era. Estaba a punto de llevar a una estrella de cine internacional en un coche viejo de diez años, con libros y libretas de repuesto esparcidos por el asiento trasero.

«Quizá deberíamos llamar al coche después de todo», sugerí, retrocediendo rápidamente.

«No, ni hablar», soltó una risita. «¿Sabes cuánto tiempo hace que no puedo conducir con amigos y poner música estúpida? Me muero de ganas».

«De acuerdo, pero ya te he advertido sobre mi coche».

Cuando entramos, se quedó maravillada con todo, como si estuviera en un museo. Buscó el dial de la radio de toda la vida hasta que encontró el canal perfecto y, de repente, sonó música a todo volumen por mis altavoces de mierda. Cuando empezó a sonar Queen, cantó con una voz dolorosamente desafinada, pero sin el menor atisbo de vergüenza.

No pude evitar soltar una risita; era tan normal que resultaba casi chocante.

¿Quién era esa mujer?

Pasó las emisoras de radio hasta que encontró una que emitía éxitos de los años noventa. Sonó un grupo de chicas populares y ella chilló de alegría. Cuando empezó a cantar, me quedé sentado, riéndome y observándola.

«¡Oh, vamos!», gritó, sacudiéndome el brazo mientras me sacudía la mano. «Te sabes la letra. Tienes que cantar conmigo».

Nunca me había gustado cantar en público, ni siquiera en mi propio coche, pero con ella me sentía diferente. Respiré hondo y me decidí. Tenía razón, me sabía todas las canciones. Cantamos juntas en un tono atroz, pero extrañamente armonizado.

Mientras cantábamos, no pude evitar mirar a mi alborotada pasajera del asiento delantero y esbozar una sonrisa. Era como una niña en el patio de recreo bailando después de haber estado todo el día encerrada.

El trayecto hasta la cafetería no debería haber durado más de diez minutos, pero di algunos rodeos para prolongarlo.

No quería que se acabara aquel momento.

Cuando por fin llegamos a la cafetería, Spencer estaba agotada por el espectáculo. «Vaya», suspiró. «Necesito tortitas».

«Yo también», respondí con una sonrisa.

Entramos y una mujer mayor con una sonrisa manchada de café nos sentó en una mesa de la vieja escuela. Tras dejarnos unos minutos mirando el menú, volvió con el café y haciendo muecas.

«Buenas tardes, queridos. ¿Qué os sirvo?»

«¿Me pones una pila de tortitas con trocitos de chocolate, Spencer?», preguntó. «Ah, ¡y un batido!».

«¡Claro! ¿Y tú, cariño?

«Yo tomaré lo mismo», le dije sonriendo.

«¡Ya voy!»

En cuanto la mujer se marchó, Spencer volvió su atención hacia mí con un brillo en los ojos y una enorme sonrisa. «No creo que entiendas lo emocionada que estoy. He estado a dieta el último mes para la escena de acción que rodamos ayer y tengo hambre de carbohidratos».

«Pues en este sitio hacen las mejores tortitas que he comido nunca. Estás de enhorabuena».

«¡Maravilloso!»

No había visto sonreír tanto a Spencer en toda la semana que llevaba trabajando con ella.

«¿Cómo te las arreglas para hacer dieta así?», le pregunté.

«Uf», gimió. «Es lo peor. Aprecio mi trabajo, no me malinterpretes, pero todo lo relacionado con la dieta me vuelve loca. Interpreto a una estrella de acción que pasa hambre. Esa es la parte que odio de la industria».

Spencer me miró suavemente y continuó: «Debes de pensar que somos muy tontos. Lo único que hago todos los días es ir por ahí disfrazada y fingiendo ser otra persona. No puedo imaginar lo que debe pensar alguien como tú».

«¿Qué quieres decir? ¿Alguien como yo?» Ladeé una ceja.

«No sé, alguien inteligente, alguien de buen corazón. Todo te parecerá frívolo».

«¿No crees que las películas puedan importar?» pregunté, ligeramente sorprendida por el repentino cambio de tono.

Spencer volvió a sentarse en la cabina y reflexionó en silencio sobre mi pregunta. Había empezado a fijarme en la suave arruga que se formaba en su ceño cuando se sumía en sus pensamientos. Era innegablemente adorable, y ocultaba su rostro la mayor parte del tiempo.

«No, no lo creo», respondió finalmente. «Solo creo que las cosas en las que me han obligado a trabajar son todas una tontería. Estoy harta de interpretar personajes femeninos superficiales. Quiero interpretar a alguien importante o a un personaje con verdadera profundidad».

«¿Por qué no puedes?», pregunté.

«Estoy segura de que podrías conseguir cualquier papel que quisieras».

«Es mucho más fácil decirlo que hacerlo. Cuando empecé, era mucho más exigente. Solo elegía un proyecto si cumplía mi 'código específico'. Luego me di cuenta de que trabajaba para mucha gente, ¿sabes? Al fin y al cabo, no soy solo yo. Trabajo para mis agentes, mis ayudantes, bueno, incluso para mi propia familia. Dependen de mí para ganarse la vida, y no hay dinero en el cine de autor».

«Sí», respondí suavemente. «Supongo que nunca había pensado realmente en ese aspecto del negocio».

«No digo que todos sean malos. Quiero decir que has conocido a la gente del plató. Todos intentan trabajar duro y hacerlo lo mejor posible por sus familias. Solo deseo, al final del día, poder marcar la diferencia. Quiero interpretar los papeles que me inspiraron de niña. Cuando pienso en el pasado, no fue el ideal de mujer como accesorio de un hombre lo que me impulsó a querer ser actriz. Fueron los personajes femeninos fuertes y con sustancia los que me inspiraron. Supongo que quiero inspirar a la gente».

«Quizá lo hayas hecho», respondí encogiendo los hombros. «Diablos, has cambiado mi opinión sobre la industria».

«¿En serio?», preguntó ella ansiosa. Su ceja se arqueó en una adorable pregunta.

«Sí, nunca pensé que fuera tan importante como parece. De hecho, lo veía como una tontería antes de venir a trabajar al plató. Eres mucho más de lo que pensaba».

«Ah, sí —sonrió—, ¿te gusto? Empezaba a preguntármelo después de los dos primeros días».

«¡Claro que me gustas!», exclamé. «Me han dicho que soy un poco difícil de leer, pero te prometo que me gustas».

«Lo eres», convino ella, «pero te lo agradezco. Tengo a gente besándome el culo todo el día, así que fue sorprendente conocer a alguien como tú, que no eres falso, y eso es algo raro en esta industria. Eres un soplo de aire fresco».

Antes de que pudiéramos decir nada más, llegó la comida. Dos montones altos de tortitas con pepitas de chocolate y dos batidos aún más altos ocupaban la mayor parte de la mesa. Me pregunté si Spencer y su sensibilidad de Los Ángeles se habrían dado cuenta de dónde se metían. Aquí nos tomábamos las tortitas en serio.

Sin embargo, para mi sorpresa, se zambulló en ellas sin remordimientos ni vacilaciones. Antes de que yo acabara con dos, ella se había terminado todo el plato y se había bebido el batido.

«Vaya, sí que tenías hambre», le dije riéndome.

«Ya sabes lo que dicen: la belleza es dolor. Este mes he sufrido bastante sin carbohidratos».

Hablamos de todo mientras terminábamos la comida. Desde mis clases anteriores hasta mi grupo de amigos, quería saberlo todo sobre mí. Nunca había experimentado una inquisición tan considerada, pero era agradable. Le importaba lo que yo tenía que decir, y esa era una sensación única.

Cuando agotamos el tema y nuestra amable camarera, cuando ya no nos quedaba nada más que decir, nos trajo la cuenta, Spencer estiró la mano para pagar sin vacilar. Protesté por costumbre, pero ni siquiera me escuchó. Vi cómo metía la mano en el bolso y rebuscaba en la cartera. Tenía el billete en el regazo y me di cuenta de que, por alguna razón, no quería que viera lo que hacía.

Sin embargo, eso solo aumentó mi curiosidad. Hice todo lo posible por ocultar mi mirada y me sorprendió verla sacar lo que parecían unos cuantos billetes de cien dólares y meterlos rápidamente en el sobre de plástico. No sabía que fuera posible, pero de repente me gustó aún más. Unos cientos de dólares no significaban nada para alguien como Spencer, pero le alegrarían la semana a nuestra camarera.

Antes de que la camarera volviera a la mesa, Spencer me arrastró fuera de mi asiento y me llevó de vuelta al coche.

«¿Adónde te llevo?», le pregunté.

«Supongo que a mi habitación del hotel. A menos que quieras invitarme a tu apartamento», bromeó.

Lo pensé un momento, pero entonces me di cuenta de que mis dos compañeras de piso arruinarían cualquier situación que imaginara. Eran unos anfitriones terribles, incluso en las mejores circunstancias. Además, ya me habían fastidiado bastante con Spencer. Lo último que necesitaba era que me hicieran sentir avergonzado delante de ella.

«¿Qué tal si dejamos para otro día la visita al apartamento?», pregunté.

«Probablemente debería dejarte en el hotel».

Spencer subió al coche, pero tenía una expresión de decepción en el rostro. Me pregunté si, después de todo, quería que la invitara.

Solo tardamos unos minutos en llegar. No había muchas opciones en la ciudad y el estudio la había alojado en el más bonito.

«¿Quieres entrar?», preguntó al salir del coche.

«Probablemente debería irme a casa. Estoy bastante agotada después de tantos carbohidratos», suspiré. No tenía ni idea de por qué lo había dicho. Las palabras se me habían escapado de la boca y me arrepentí al instante.

«Ah, claro».

En sus ojos brilló la misma mirada de tristeza y me pregunté por qué no había dicho que sí. No es que no quisiera salir, es que de repente me di cuenta de lo nerviosa que me ponía Spencer cuando estábamos juntos.

«Bueno, cuando quieras pasar el rato aquí, eres más que bienvenida. Quizá podríamos hacer una fiesta de pijamas pronto». Me guiñó un ojo, recuperándose de su momentánea tranquilidad.

Sentí que se me revuelve algo en el estómago que no puedo explicar. Era la misma sensación que había tenido cuando mi amiga Stacy me había trenzado el pelo en el instituto. Sentí un hormigueo en todo el cuerpo.

Había algo en Spencer, en la forma en que me hablaba y me miraba, que hacía que me flaquearan las rodillas. Al principio lo había atribuido a un enamoramiento adolescente, pero ahora empezaba a preguntarme si no habría algo más. Siempre me había considerado gay, pero nunca había actuado en consecuencia. Nunca había hecho nada.

Me había esforzado mucho por mantener mi instinto profesional con Spencer, pero tal vez había algo más cociéndose a fuego lento bajo la superficie.

Antes de que pudiera cambiar de opinión o de que ella retirara su oferta, decidí dar un paso de fe.

«Espera, ¿qué estoy diciendo? Es viernes por la noche. Quizá no pueda quedarme a dormir, pero me encantaría subir a tomar una copa», anuncié.

Al ver que la emoción de antes volvía a los ojos de Spencer, sonreí. «Bueno, ¿a qué esperamos? Tengo todo un bar listo para que lo destroces en mi suite de arriba».

Chapter Seven

Aparcamos el coche y Spencer me llevó al vestíbulo del único hotel «pijo» de nuestra ciudad. Desde luego no era el Ritz, pero era sorprendentemente bonito. Con un gran vestíbulo que conducía a una entrada privada de estilo speakeasy a las suites del piso superior, fue la elección clara cuando el estudio buscó pisos de alquiler para las estrellas de la película.

De algún modo, Spencer parecía conocer a todo el personal nocturno por su nombre de pila. El botones y el portero la saludaron con entusiasmo. El recepcionista, que no podía ser mayor que yo, estuvo a punto de desmayarse al verla.

«¡Hola, Joe!» le saludó Spencer, mientras la miraba atónita.

«¡Hola, señorita Wolf!», le dijo sonriendo de oreja a oreja, con la voz entrecortada. «Bienvenida de nuevo. ¿Puedo llamar al conserje? ¿Necesitas algo para ti o para tu invitado?».

«¡No, gracias!», pensó. Solo vamos a tomar unas copas para redondear una estupenda cena de tortitas», explicó Spencer. «Pero llamaremos más tarde para pedir algo de comer, por si acaso volvemos a tener hambre esta noche».

«Seguro que eso se puede arreglar», respondió, y añadió: «¡Disfrutad de la noche!».

«¡Gracias, Joe!», exclamó Spencer mientras entrábamos en el ascensor. Volviéndose hacia mí, sonrió: «El equipo de aquí es estupendo. A veces bajo a pasar el rato al bar del vestíbulo si me aburro por la noche».

Observé el intercambio mientras se me dibujaba una de esas sonrisas que no pueden contenerse en los labios. «Es que eres increíble».

Sonrió afectuosamente y se volvió rápidamente hacia la puerta mientras el ascensor se abría en su planta. No estaba segura, pero me pareció ver un tono rosado en su cuello. Nunca había visto sonrojarse a Spencer. Tenía ganas de volver a verlo.

«Esta soy yo», señaló con la cabeza las grandes puertas dobles que había al final del pasillo. Eran el doble de grandes que las demás y parecían la entrada a una especie de santuario apropiado para Spencer. Audaz. Hermoso. Ligeramente misteriosa.

Se adelantó hacia su puerta y sacó la tarjeta de su bolso cuando llegamos. Al hacerlo, el jersey se le subió ligeramente por la espalda, dejando al descubierto una pequeña porción de su piel pálida y tersa. Sentí cómo se me subía el calor a las mejillas y tuve que apartar la mirada para distraerme.

«Este sitio es increíble», dije, mirando a mi alrededor. «¿Te han puesto en la suite del ático? Vaya».

«No está tan mal», se encogió de hombros.

La entrada de la suite era del tamaño de todo mi apartamento. A la derecha, unas puertas dobles correderas daban a una terraza privada con jacuzzi e impresionantes vistas de las montañas.

«Guau», repetí, sin poder encontrar otra palabra.

«Ponte cómoda», me ofreció. «Voy a refrescarme un poco, pero vuelvo enseguida».

La vi alejarse por el pasillo. Caminaba con gracia y seguridad, balanceando las caderas de forma seductora. Mientras la miraba por detrás, mi mente divagaba. ¿Qué tenía aquella mujer que me hacía sentir tan débil?

Miré la habitación por primera vez, asimilándolo todo. Todo estaba perfectamente organizado. La cocina era elegante y moderna, con encimeras de mármol y electrodomésticos de alta gama. En el centro había una barra con dos taburetes.

«¿Quieres una copa?», me preguntó. «Se me da bastante bien preparar cócteles».

«Me parece perfecto», contesté, acomodándome en uno de los sofás de cuero del salón. «¿Puedo ayudarte en algo?

«No», exclamó. «Lo de ser camarera lo tengo dominado».

Me senté, relajándome por primera vez en toda la semana. El sofá era mullido y cómodo, y era un buen cambio de ritmo no estar de pie. La vista por la ventana era magnífica, con la luna llena y brillante. Iluminaba la habitación con una luz azul hermosa.

Unos instantes después, Spencer se acercó y me entregó un gin-tonic con una floritura. Tenía una copa a juego en la otra mano.

«Aquí tienes. Es uno de mis preferidos. Si quieres, también hay cosas divertidas en el minibar. Ponte cómodo.

«Sí que sabes mezclar una bebida», me reí mientras daba un sorbo a la bebida fría. «Vaya, qué bueno está. —Entonces, ¿has hecho mucho hoy?».

«Sí», suspiró, «pero estoy harta de repetir la misma escena una y otra vez. Me está aburriendo mucho. ¿Qué te ha parecido?».

«Me ha encantado», contesté.

«Mentirosa», soltó una risita.

«No, en serio, estuvo bien. La tensión entre Chris y tú era palpable. Me gustó mucho la historia».

Spencer soltó una carcajada. «No es difícil captar la tensión entre Chris y yo. El truco está en hacer que parezca coqueta en vez de frustrada».

«Realmente no eres fan suya, ¿verdad?», pregunté, sorprendido por lo abierta que se mostraba ahora que estábamos a puerta cerrada.

Volvió a sonreír con complicidad. «Digamos que no me gusta. Pero los estudios, los agentes y, básicamente, todo el mundo lleva años intentando juntarnos a la fuerza como una estrategia de relaciones públicas. Los directivos llevan años buscando la película adecuada para que actuemos juntos. Cuando Becca-como-se-llame se retiró, los equipos aprovecharon la oportunidad de vernos juntos por fin en la pantalla».

«Es increíble todo lo que hay detrás de las producciones», murmuré, mientras daba un sorbo a mi bebida a medio terminar. «Hay tantas cosas que ni siquiera me había planteado. Cuánta gente debe ver estas películas todos los días sin darse cuenta de lo que hay detrás».

«Sí», suspiró Spencer. «Y cuánta gente ve escenas entre Chris y yo, o peor aún, las fotos que tendremos que hacernos durante la gira de prensa, y asume que somos algo».

«Tenéis una química interpretativa increíble», repliqué. «Así que entiendo la confusión».

«Así es el trabajo, ¿sabes?». Spencer se encogió de hombros. «Y no es que le odie. No es un mal tipo. Solo es un fuckboy un poco insípido, y ese no es, definitivamente, mi tipo».

Soltó una suave carcajada mientras terminaba su bebida. «¿Quieres otra?

«Claro», contesté, dando un último trago a mi vaso. «Así que es solo una buena actuación, ¿eh? ¿La tensión con Chris ante la cámara?»

«Bueno, me alegro de que pienses que es una buena actuación», se rió Spencer. «Pero sí, todo es un espectáculo. Todo lo es. Las fotos de los paparazzi, las relaciones públicas, las rupturas aún más públicas... Todas son relaciones públicas organizadas».

«Supongo que es el precio de la fama, ¿no?».

«Sí», se encogió de hombros. «Forma parte del negocio. Todo forma parte del negocio. Incluso follar. Joder, el sexo es muy importante. Pero nunca es real, no cuando forma parte de una película o un montaje publicitario».

«¿Nunca?» pregunté, curioso.

«Casi nunca», sonrió, mirándome de arriba abajo. «Hay alguna persona ocasional que es un poco diferente, pero no muy a menudo. Tengo el placer de estar atrapada en este plató de cine con dos de esas personas. Bueno, una es una auténtica imbécil. Pero la otra es increíble».

«¿Lo es?» pregunté, sin poder evitar que se me diera un ligero giro a las comisuras de los labios.

«Sí, he conocido a un par de personas como ella a lo largo de los años», respondió con un ligero rubor en las mejillas. «Una o dos. Gente que me hace olvidar que solo es un negocio. Gente que me hace pensar en cómo sería salir con una mujer.

Pero es tan raro conocer a alguien con quien conectes de verdad».

«Lo es», suspiré, pensando en mi última expareja. Era dulce, pero nunca hubo esa clase de conexión.

«A veces tienes que dar un salto», sugirió. «O quizá solo necesites echar un polvo».

«¿Cómo dices?»

«¿Qué?», sonrió con picardía. «No me digas que no te has dado cuenta de que te miro».

Se me cortó la respiración y, de repente, sentí como si se me hubieran desatado mil mariposas en el estómago.

«Quiero decir, sí», balbuceé. «Pero creía que solo estabas... umm... Bueno, no sabía si estabas siendo amable o...».

«¿O?», insistió.

«¿Quizá me estabas poniendo a prueba?

La boca de Spencer se curvó en una suave sonrisa. Bajó la mirada hacia su bebida mientras la agitaba, mirando profundamente su líquido ámbar.

«No, Lauren», empezó. «No te he puesto a prueba. En realidad, no tengo que hacerlo; normalmente sé cuándo alguien se siente atraído por mí».

«Oh», fue todo lo que consiguió decir. No tenía ni idea de qué decir.

«Bueno —se encogió de hombros Spencer—, esto es incómodo. He malinterpretado toda esta situación. Quizá no te gusten las mujeres».

«Sí, me gustan», respondí rápidamente.

—¿Estás segura? He recibido señales contradictorias. Ni siquiera estás segura».

«No, no», respondí rápidamente. «Lo siento, me has sorprendido, eso es todo. Supongo que no esperaba que la conversación derivara en eso. Suelo ser muy reservado con este tipo de cosas y no tengo mucha experiencia con otras mujeres».

«¿En serio?», preguntó ella. «Pero eres muy guapa».

Me ruboricé cuando el cumplido me golpeó como una tonelada de ladrillos. Nunca nadie me había llamado guapa. Era chocante, excitante y aterrador.

«Tú también lo eres», susurré por fin.

Sonrió y me dio las gracias.

«Pero, bueno, ya sabes, no soy gay», intenté explicarle. «Es decir, antes me atraían las chicas, pero solo he estado con hombres. Me enamoré de una chica en la universidad, pero nunca hice nada al respecto».

«Puedes ser bisexual», me ofreció.

«Lo sé», admití. «Ni siquiera estoy seguro de serlo. Es decir, siempre me he considerado gay. Pero es una ciudad pequeña y no hay muchas opciones para alguien como yo».

«Hmm, bueno, yo diría que te falta experiencia. Por tu lenguaje corporal y tu tono, puedo decir que ahora mismo estás un poco excitada».

«¿Qué?», solté.

«¿Cómo puedes saberlo?

«Por tu lenguaje corporal», me explicó. «En realidad, no es tan difícil. Tienes el pecho enrojecido, las pupilas dilatadas y has empezado a morderte el labio. Esas son las señales más importantes».

«Vaya, qué vergüenza».

«No lo seas», sonrió, «te queda muy bien».

«No es justo», repliqué, dando otro sorbo a mi bebida.

«¿Qué no lo es?»

«No tengo ni idea de lo que me dices», contesté.

«Bueno», empezó ella, «puedes preguntármelo. Si quieres».

«¿De verdad?

«Sí», asintió con voz repentinamente grave y ronca.

«Bueno, vale», dije.

«Bien», sonrió.

«Entonces, ¿cuáles son?

«¿Mis tells?»

«Sí».

«Supongo que tendrás que descubrirlos tú», contestó con una sonrisa malvada.

«No es justo», respondí riéndome.

«La vida no es justa, cariño. No es culpa mía que no tengas ventaja».

«¿Sabes?», continué, «llevamos horas bebiendo y aún no me has contado nada de ti».

«¡Eso es totalmente mentira!», dijo ella fingiendo ofenderse. «Te he contado muchas cosas. Además, ¿qué te gustaría saber?».

«De acuerdo, vale. Entonces, cuéntame otra cosa. Algo que no sepa ya».

Ella se lo pensó un momento y luego contestó: «Antes cantaba».

«¿Lo hacías?»

«Sí, desde los seis años. Mi madre me apuntó a clases de canto. Ella fue quien me animó a hacer las audiciones y los concursos».

«¿De verdad? ¡Qué joven! ¿Querías hacerlo o te obligó ella?».

«Oh, no», me aseguró. «Me encantaba. Era algo que hacía con ella. Además, me daba dinero para gastos por cada concurso y audición».

«Entonces, ¿lo hacías para ganar dinero para gastos?».

«No, era la mejor manera de pasar tiempo con ella, ¿sabes? Mi padre es un gilipollas, así que siempre estaba fuera haciendo cosas. Nunca le veíamos, a no ser que quisiera que le viéramos jugar al golf. Y, bueno, mi hermano mayor siempre estaba por ahí con sus amigos haciendo el gilipollas. Así que era una buena excusa para pasar el rato con ella».

«Tu hermano parece la hostia», solté una risita. «¿Cómo se llama?»

«Michael», suspiró. «Es un auténtico mierda».

«Los hermanos mayores pueden ser así. Seguro que se preocupa por ti».

«Yo no», resopló ella. «Pero sí. Entonces, ¿y tú? ¿Cómo es tu familia?

«Oh, soy hija única», le expliqué. «Mis padres son profesores. Me llevo muy bien con ellos. No somos una familia enorme y feliz ni nada parecido, pero nos llevamos bien. Los dos me apoyan mucho.

—Apuesto a que sí. ¿A qué se dedican? Tus padres, quiero decir».

«Mi madre es profesora de inglés», respondí encogiendo los hombros. «En realidad era periodista, pero lo dejó cuando se quedó embarazada de mí. Mi padre enseña ciencias. Es geólogo. También es profesor en la universidad local».

«Vaya», respondió Spencer. «¿Saben que eres gay, ya sabes?».

«Más o menos. Seguro que sospechan algo. Pero nunca he salido con nadie el tiempo suficiente como para que se den cuenta. Es un pueblo pequeño. Seguro que se hacen sus propias suposiciones y tienen sus propios prejuicios. Y mi padre no es precisamente una persona abierta de mente. Así que, sí, no es una conversación que me apetezca tener. ¿Y la tuya?»

«La verdad es que no. Viven en Seattle. No estamos muy unidos. Pero tampoco son homófobos. Al menos, que yo sepa».

«Eso está bien».

«Sí, son bastante liberales», contestó con una pizca de tristeza en el tono.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos, mientras sorbíamos nuestras bebidas. Sentía cómo se me extendía el calor por todo el cuerpo. El alcohol me relajaba y me recosté en el sofá, dejando escapar un suspiro largo.

«Es tarde», dije por fin.

«¿Lo es?», preguntó ella, mirando el reloj de la pared. —Mierda, tienes razón. Mañana tengo que llamar temprano. Puedes quedarte aquí si quieres. Hay sitio de sobra».

«Oh, no», empecé, «no puedo dejar que hagas eso. No quiero molestarte».

«No lo serás», me aseguró. «En serio, no lo harás. No es para tanto».

Miré alrededor de la suite, insegura por cómo responder. Una parte de mí quería quedarse, pero otra tenía miedo de lo que pasaría si lo hacía.

«Quizá la próxima vez», le dije sonriendo, y me fui con la excusa de que tenía que madrugar para hacer recados con mi compañera de piso. Se volverá loca si no estoy allí cuando se despierte. Ve demasiada Ley y Orden».

«La próxima vez», se rió.

«Bueno, es un largo camino hasta casa».

«Sí, lo es. ¿Me enviarás un mensaje cuando llegues? ¿O, al menos, te despertarás para mandarme uno?».

«Sí», acepté, «te mandaré un mensaje por la mañana».

«Bien.

—Vale —dije, levantándome para marcharme.

Spencer me siguió hasta la puerta. Nos quedamos un momento mirándonos. Sentí que una intensa mezcla de emociones se apoderaba de mí. Me invadían la excitación, la confusión y el miedo.

No sabía qué decir ni cómo hacerlo.

«Gracias por la cena», dije por fin.

«De nada. Gracias por venir».

Sin decir nada más, Spencer se inclinó hacia delante y me dio un suave beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios. Sus dedos siguieron apoyados en mi hombro incluso cuando se apartó.

«Buenas noches, Lauren», susurró, dio un paso atrás y se apoyó en el marco de la puerta.

«Buenas noches, Spencer.

Me di la vuelta y me dirigí al ascensor antes de derretirme en un charco en el suelo del hotel.

Chapter Eight

Atravesé el vestíbulo del hotel y me dirigí al aparcacoches, donde encontré mi coche esperándome. Aquí sí que tenían un servicio completo.

Me senté en el asiento del conductor, arranqué el coche y empecé a conducir hacia casa con el piloto automático. Mi mente aún daba vueltas tras la noche salvaje con Spencer. Desde las tortitas, pasando por cantar en mi coche, hasta verla en su santuario privado, no podía creer que la noche hubiera resultado así, sobre todo después de una mañana tan aburrida.

La luna iluminaba la carretera y conduje en silencio, intentando procesar todo lo que acababa de ocurrir. No cabía duda de que Spencer era atractivo. Pero ahora tampoco cabía duda de que yo también le atraía.

La primera vez que me invitó a su habitación, no sabía a qué se refería. Ahora lo estaba. Y eso me hizo preguntarme por qué me había marchado.

Sabía que probablemente las razones eran correctas, pero eso no hacía que resultara más fácil. A medida que el hotel y Spencer se alejaban, no podía evitar sentir añoranza. Había una conexión entre nosotros, innegable y eléctrica. Y estaba segura de que Spencer también lo sentía.

Mientras conducía por las calles oscuras, repetía en mi mente lo sucedido esa noche. La forma en que me miraba, la forma en que me hablaba. Era como si nunca me hubieran mirado antes. Y tenía que admitirlo, era un poco abrumador.

«Ugh, contrólate», gemí en voz alta, poniendo los ojos en blanco.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Todo esto era nuevo para mí. Y no estaba segura de estar preparada.

Pensé en la forma en que sus labios habían rozado mi mejilla al darme el beso de despedida. Había sido tan suave y tierno. Nunca nadie me había besado así.

«Contrólate, Lauren», murmuré sacudiendo la cabeza.

Sabía que era estúpido dejarse llevar por el momento. Al fin y al cabo, solo nos conocíamos hacía unos días. Aun así, no podía evitar pensar en cómo me había hecho sentir.

«Solo es una mujer», dije en voz alta, intentando tranquilizarme.

Pero Spencer no era solo una mujer. Era una celebridad. Y era lesbiana.

Lesbiana.

Esa palabra resonó en mi cabeza mientras entraba en el aparcamiento de mi edificio.

Nunca había salido en serio con una mujer. Claro, había tenido flechazos y ligues aquí y allá, pero ¿una relación seria de verdad? ¿Ese deseo abrumador? Esa parte aún me resultaba extraña.

Mientras subía las escaleras hacia mi apartamento, no podía dejar de pensar en Spencer. Sus ojos, su sonrisa, su risa. La forma en que me miraba, como si yo fuera la única persona del mundo.

Y sus labios. Aquellos labios perfectos, suaves y rosados. Me imaginaba cómo se sentirían contra los míos.

La idea me aceleró el corazón. Respiré hondo y abrí la puerta principal intentando serenarme.

«¡Eh, chica! ¿Dónde has estado toda la noche?», exclamó Julie.

«Fuera», respondí, intentando mantener la voz firme.

«Está claro», se rió Julie. «Entonces, ¿saliste con la actriz buenorra o qué?».

«Ummm... Sí, más o menos», admití.

«¡Dios mío, Lauren! Es increíble».

«No sé», suspiré, sintiendo que volvían las mariposas a mi estómago.

«¿Qué te pasa? ¿No me digas que la has fastidiado?».

«No», me reí, «no la he fastidiado. De hecho, creo que ha ido muy bien. Mejor de lo que jamás habría imaginado. Es tan... No sé. Es increíble, Jules. Es muy divertida e interesante. Y también es lista».

«Entonces, ¿cuál es el problema?»

«El problema es que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Todo esto es muy nuevo para mí. Es un poco abrumador, ¿sabes?».

«Ahhhh», asintió Julie. «Ya veo».

«¿Qué debo hacer, Jules? ¿Qué crees que debería hacer?»

«Creo que deberías hacer lo que te haga feliz. Eso es lo que más importa, ¿no crees?».

«Supongo», me encogí de hombros.

«Mira, Lauren», dijo Julie, respirando hondo. «Eres una mujer adulta. Tienes derecho a explorar tus propios deseos, sean cuales sean. Si te sientes atraída por esa mujer, deberías ir a por

ello. Has pasado demasiado tiempo centrada en el futuro y olvidándote de vivir el presente».

«¿En serio?» pregunté.

«Sí», afirmó. «Absolutamente».

Me quedé sentada, asimilando sus palabras.

«Bueno, gracias, Julie», dije finalmente. «Eres una gran amiga».

«Lo intento», se rió.

«Ahora vete a dormir. Seguro que mañana te espera un gran día».

«Así es», suspiré. «Gracias otra vez. Buenas noches».

«Buenas noches, Lauren.

Bajé por el pasillo y me desplomé en la cama, pues por fin los acontecimientos de la noche me habían alcanzado. Había sido un día agotador y estimulante, y no podía creer lo mucho que había cambiado.

Había pasado de ser una universitaria normal y corriente a asistente personal de una estrella de Hollywood. Había visto entre bastidores cómo se producía una gran película y me había hecho amiga de una bella y famosa actriz.

Apenas podía creer que todo aquello fuera real. Me parecía un sueño. Un sueño salvaje, increíble y asombroso.

Me quedé dormida, con la mente llena de Spencer y con la imaginación desbordante por todo lo que podría ser el futuro.

Julie tenía razón. Había pasado demasiado tiempo ignorando cualquier atisbo de diversión o impulsividad. Había llegado el momento de empezar a disfrutar de verdad de la vida, y no podía negar que disfrutaba de Spencer más de lo que nunca hubiera imaginado.

Chapter Nine

La semana siguiente, en el trabajo, Spencer se mostró aún más amistosa de lo habitual. Mientras charlábamos en su caravana, me cogía la mano o me tocaba siempre que podía. No me quejaba, era el contacto más agradable que había tenido en mucho tiempo.

Era como si se hubiera roto alguna barrera a base de tortitas y, de repente, ya no éramos la Sra. Wolf, la famosa actriz, y Lauren, su ayudante. Éramos solo nosotras, al menos dentro de la caravana.

Aunque sabía que no pasaría nada —al fin y al cabo era una estrella de cine—, mi mente divagaba cada vez que se reía un poco más de la cuenta de mis chistes o se apoyaba en mí cuando repasábamos sus líneas.

¿Qué demonios me estaba pasando? Me estaba enamorando seriamente de alguien que estaba fuera de mi alcance.

El viernes siguiente por la tarde estaba tan absorta en nuestra amistad que se me pasó por completo comprobar el horario del plató. Cualquier otro día me habría sabido de memoria los horarios de sus rodajes, pero aquel día no podía apartar los ojos de ella. Mi mente era un tren de vía única y ella era mi único centro de atención.

Estábamos en medio de una conversación cuando, con un nudo en la garganta, miré el reloj. Eran más de las doce del mediodía. Al buscar en mi carpeta, me di cuenta, horrorizada, de que Spencer tenía que haber llegado al plató hacía casi una hora.

—¡Joder! —grité.

«¿Qué pasa?», preguntó ella. La preocupación se reflejó en sus ojos mientras me extendía la mano.

«Llegas tarde al plató».

«Mierda», suspiró. —Vale, ¿qué tengo que ponerme?

Saqué su ropa y se cambió rápida y desordenadamente. Por suerte, alguien había dejado un carrito de golf fuera de nuestra caravana aquella mañana, así que lo cogí de camino al plató.

«Me van a matar», suspiré en voz baja. «Me van a despedir, joder».

«No, no lo harán», me tranquilizó Spencer. «No pasará nada. Deja que hable con ellos».

Extendió la mano y me la puso en el muslo para consolarme, pero tuvo justo el efecto contrario. Maldita sea, podría haber estrellado el coche y haber volado por los aires con la adrenalina que me produjo su contacto.

Cuando por fin llegamos al plató, una multitud de ayudantes de producción querían nada menos que mi cabeza en un filete.

«¿Dónde demonios has estado?», me preguntó uno. «Tu único trabajo es llevar a los participantes al plató. ¿Es eso demasiado difícil para ti?»

«Lo siento», suspiré, pero cuando iba a decir la verdad, Spencer me cortó.

«Mira, fue culpa mía», me explicó. «Anoche salí hasta tarde y me quedé dormida. No culpes a Lauren, fue culpa mía».

Pude ver cómo los ayudantes de producción se retorcían en sus zapatos. No podían gritarle a Spencer, pero necesitaban descargar su ira. «Bueno, ¿al menos intentaste despertarla?», me preguntó uno con enfado.

«La verdad es que sí. Y preferiría que no le hablaras así», espetó Spencer.

Algo había cambiado en su comportamiento. Nunca la había visto exaltada, pero de repente el tono tranquilo y alegre que había tenido todo el día se tornó frío. Interponiéndose entre la productora júnior y yo, su espalda se puso rígida y sus hombros se inflaron a la defensiva.

Con un tono apenas más alto que un susurro, lo miró fijamente a los ojos con una mirada penetrante. «Creo que le debes una disculpa a Lauren».

El pequeño grupo de asistentes y productores se miró confundidos. Estaba claro que el comentario les había sorprendido. Probablemente era la primera vez que les reprendían por hablar con desprecio de la «ayuda diurna».

No sabía si sentirme impresionada o avergonzada por haberlos puesto en un aprieto. Sobre todo, intentaba desesperadamente no desmayarme por su repentino cambio de actitud. «No pasa nada, Spencer. De verdad».

«No, quiero oírselo decir», replicó ella, manteniendo el firmeza.

El principal agresor dio un paso adelante y murmuró una disculpa, con un tono de vergüenza en la voz. Satisfecha, Spencer se dio la vuelta.

«¿Ves? No es tan difícil ser educado, ¿verdad? Mira, ya estoy aquí. ¿Podemos ponernos a trabajar, por favor?».

Asintió: «Empecemos».

Volviéndose hacia mí, Spencer me lanzó una suave sonrisa y un guiño reconfortante. «¿Todo bien?

«Sí, todo bien», respondí.

«Muy bien, es hora de rodar, pero nos vemos luego, ¿vale?».

«Rómpete una pierna», le dije sonriendo. Aún no estaba segura de lo que había pasado, pero fuera lo que fuera había cambiado la energía en el plató.

Arrastraron a Spencer a maquillaje mientras yo volvía a subir al carrito. Acababa de esquivar la bala más grande de mi carrera hasta el momento.

«Quizá deberías irte a casa hoy», me dijo el ayudante de producción jefe. —Esta es la última escena del día de la Sra. Wolf. Podemos asegurarnos de que se la lleven a casa. Además, parece que te vendría bien una siesta».

Sabía que aquel comentario pretendía ser un insulto, pero estaba agotada. «¿Estás segura?», pregunté. «No me importa quedarme para ayudar».

«No, ya has hecho bastante». Resopló con una voz tan contrariada que ni siquiera me atreví a discutir.

«De acuerdo», suspiré.

Me vendría bien descansar. Los dos últimos días me habían dejado el culo hecho polvo. Pasábamos más de doce horas al día en el plató, bastante más de lo que mi cuerpo estaba acostumbrado en la universidad. Así que volví a la caravana, recogí mis cosas y me fui a casa.

Me esperaba una siesta muy larga.

Chapter Ten

La semana siguiente, en el trabajo, Spencer se mostró aún más amistosa de lo habitual. Mientras charlábamos en su caravana, me cogía la mano o me tocaba siempre que podía. No me quejaba, era el contacto más agradable que había tenido en mucho tiempo.

Era como si se hubiera roto alguna barrera a base de tortitas y, de repente, ya no éramos la Sra. Wolf, la famosa actriz, y Lauren, su ayudante. Éramos solo nosotras, al menos dentro de la caravana.

Aunque sabía que no pasaría nada —al fin y al cabo era una estrella de cine—, mi mente divagaba cada vez que se reía un poco más de la cuenta de mis chistes o se apoyaba en mí cuando repasábamos sus líneas.

¿Qué demonios me estaba pasando? Me estaba enamorando seriamente de alguien que estaba fuera de mi alcance.

El viernes siguiente por la tarde estaba tan absorta en nuestra amistad que se me pasó por completo comprobar el horario del plató. Cualquier otro día me habría sabido de memoria los horarios de sus rodajes, pero aquel día no podía apartar los ojos de ella. Mi mente era un tren de vía única y ella era mi único centro de atención.

Estábamos en medio de una conversación cuando, con un nudo en la garganta, miré el reloj. Eran más de las doce del mediodía. Al buscar en mi carpeta, me di cuenta, horrorizada, de que Spencer tenía que haber llegado al plató hacía casi una hora.

—¡Joder! —grité.

«¿Qué pasa?», preguntó ella. La preocupación se reflejó en sus ojos mientras me extendía la mano.

«Llegas tarde al plató».

«Mierda», suspiró. —Vale, ¿qué tengo que ponerme?

Saqué su ropa y se cambió rápida y desordenadamente. Por suerte, alguien había dejado un carrito de golf fuera de nuestra caravana aquella mañana, así que lo cogí de camino al plató.

«Me van a matar», suspiré en voz baja. «Me van a despedir, joder».

«No, no lo harán», me tranquilizó Spencer. «No pasará nada. Deja que hable con ellos».

Extendió la mano y me la puso en el muslo para consolarme, pero tuvo justo el efecto contrario. Maldita sea, podría haber estrellado el coche y haber volado por los aires con la adrenalina que me produjo su contacto.

Cuando por fin llegamos al plató, una multitud de ayudantes de producción querían nada menos que mi cabeza en un filete.

«¿Dónde demonios has estado?», me preguntó uno. «Tu único trabajo es llevar a los participantes al plató. ¿Es eso demasiado difícil para ti?»

«Lo siento», suspiré, pero cuando iba a decir la verdad, Spencer me cortó.

«Mira, fue culpa mía», me explicó. «Anoche salí hasta tarde y me quedé dormida. No culpes a Lauren, fue culpa mía».

Pude ver cómo los ayudantes de producción se retorcían en sus zapatos. No podían gritarle a Spencer, pero necesitaban descargar su ira. «Bueno, ¿al menos intentaste despertarla?», me preguntó uno con enfado.

«La verdad es que sí. Y preferiría que no le hablaras así», espetó Spencer.

Algo había cambiado en su comportamiento. Nunca la había visto exaltada, pero de repente el tono tranquilo y alegre que había tenido todo el día se tornó frío. Interponiéndose entre la productora júnior y yo, su espalda se puso rígida y sus hombros se inflaron a la defensiva.

Con un tono apenas más alto que un susurro, lo miró fijamente a los ojos con una mirada penetrante. «Creo que le debes una disculpa a Lauren».

El pequeño grupo de asistentes y productores se miró confundidos. Estaba claro que el comentario les había sorprendido. Probablemente era la primera vez que les reprendían por hablar con desprecio de la «ayuda diurna».

No sabía si sentirme impresionada o avergonzada por haberlos puesto en un aprieto. Sobre todo, intentaba desesperadamente no desmayarme por su repentino cambio de actitud. «No pasa nada, Spencer. De verdad».

«No, quiero oírselo decir», replicó ella, manteniendo el firmeza.

El principal agresor dio un paso adelante y murmuró una disculpa, con un tono de vergüenza en la voz. Satisfecha, Spencer se dio la vuelta.

«¿Ves? No es tan difícil ser educado, ¿verdad? Mira, ya estoy aquí. ¿Podemos ponernos a trabajar, por favor?».

Asintió: «Empecemos».

Volviéndose hacia mí, Spencer me lanzó una suave sonrisa y un guiño reconfortante. «¿Todo bien?

«Sí, todo bien», respondí.

«Muy bien, es hora de rodar, pero nos vemos luego, ¿vale?».

«Rómpete una pierna», le dije sonriendo. Aún no estaba segura de lo que había pasado, pero fuera lo que fuera había cambiado la energía en el plató.

Arrastraron a Spencer a maquillaje mientras yo volvía a subir al carrito. Acababa de esquivar la bala más grande de mi carrera hasta el momento.

«Quizá deberías irte a casa hoy», me dijo el ayudante de producción jefe. —Esta es la última escena del día de la Sra. Wolf. Podemos asegurarnos de que se la lleven a casa. Además, parece que te vendría bien una siesta».

Sabía que aquel comentario pretendía ser un insulto, pero estaba agotada. «¿Estás segura?», pregunté. «No me importa quedarme para ayudar».

«No, ya has hecho bastante». Resopló con una voz tan contrariada que ni siquiera me atreví a discutir.

«De acuerdo», suspiré.

Me vendría bien descansar. Los dos últimos días me habían dejado el culo hecho polvo. Pasábamos más de doce horas al día en el plató, bastante más de lo que mi cuerpo estaba acostumbrado en la universidad. Así que volví a la caravana, recogí mis cosas y me fui a casa.

Me esperaba una siesta muy larga.

Chapter Eleven

A la mañana siguiente me desperté con el sonido de unos ronquidos suaves. Tardé un momento en adaptarme a mi entorno, pero me di cuenta de que me encontraba allí de golpe.

Girando ligeramente la cabeza, abrí los ojos aturdidos y vi a Spencer tumbado a escasos centímetros de mi cara. Había encontrado la fuente de los adorables ronquidos.

¡Ring! ¡Ring!

Al incorporarme, vi que el teléfono de Spencer oscilaba sobre la mesilla de noche con las vibraciones de una llamada entrante. Alargué la mano y le toqué la espalda ligeramente, con la esperanza de que se despertara, pero se limitó a darse la vuelta con un gemido.

«Spencer», susurré frotándole la espalda un poco más fuerte esta vez. «Spencer, tu teléfono está sonando».

«Murmuró.

—Tu teléfono —respondí. Extendí la mano, cogí el aparato y se lo puse delante de los ojos cansados hasta que se despertó del todo.

Cuando los abrió del todo, se sentó en la cama y contestó al teléfono. Llevaba el pelo un poco despeinado, pero, por lo demás, parecía recién salida de una sesión de fotos.

¿Cómo se las arreglaba para estar siempre tan buena?

«¿Diga?», dijo grogui. Hubo una pausa y una expresión de horror apareció en su rostro. —¡Mierda! Lo siento mucho».

Me senté en la cama y observé con curiosidad cómo contestaba a la llamada. Me di cuenta de que estaba ansiosa incluso sin oír lo que decía el otro extremo de la llamada, pero no pude averiguar el motivo de su angustia. El plató estaba cerrado hoy, así que lo que hubiera ocurrido no tenía que ver con la película.

«No, me olvidé por completo de poner el despertador», continuó Spencer. «Mira, Rebecca, me voy ahora mismo. Cogeré el próximo avión. No pasará nada. Diles que me he retrasado unas horas».

Al terminar la llamada, Spencer se volvió hacia mí con una mirada de agotamiento. «¿Puedo pedirte un favor? ¿Hay alguna forma de que me lleves al aeropuerto? Si no, puedo llamar a un taxi, pero preferiría que fueras tú».

«¡Por supuesto!», respondí. «¿Qué ocurre? ¿Va todo bien?»

«Sí, es que anoche me olvidé por completo de poner el despertador, así que perdí el vuelo. Espero que haya otro esta tarde». Saltó de la cama y empezó a meter ropa en una pequeña maleta que tenía al otro lado de la habitación.

«Oh», respondí, completamente sorprendido. «¿Vas a alguna parte?».

«Sí, tengo que hacer una rueda de prensa para una película que se estrena el mes que viene. ¿Nadie te ha dicho que me voy a quedar fuera? Hizo una breve pausa en su apresurado equipaje para lanzarme una mirada inquisitiva.

«No, no tenía ni idea», respondí encogiendo los hombros.

Me esforzaba por mostrarme indiferente, pero me resultaba difícil no sentirme un poco rara. Acabábamos de enrollarnos toda la noche y, no solo ninguno de los dos abordaba el tema, sino que Spencer estaba huyendo del estado. No quería ser pegajosa, pero no podía evitar los tristes dolores punzantes que reverberaban en mi pecho.

—Qué raro. Alguien debería habértelo dicho. Voy a hablar con Rebeca para que te incluya en mi agenda completa durante el rodaje», suspiró mientras metía ropa frenéticamente en una maleta. «Bueno, tengo que volver a Los Ángeles dentro de cinco días. Siento no haber pensado en decírtelo antes, pero por suerte no será más de una semana. Además, eso significa que tú también tienes un descanso del plató. Seguro que ya lo necesitas».

«Así es», asentí con la cabeza.

Spencer siguió haciendo la maleta mientras nos sentábamos en silencio. La noche anterior habíamos sido muy buenos, pero de repente me preguntaba si había significado más para mí que para ella. Ni siquiera había hablado de ello, y eso me hacía sentir más inseguro que nada.

El trayecto hasta el aeropuerto fue, cuando menos, incómodo. No era un trayecto muy largo, pero Spencer estaba tan enfrascada en los preparativos del vuelo que nuestra conversación decayó. Tenía tantas ganas de preguntarle qué había significado para ella la noche anterior, pero ella estaba absorta en su trabajo y yo era un cobarde.

Cuando por fin llegamos a la puerta de embarque, me detuve en la zona de desembarque y me volví hacia ella. Seguía absorta en su teléfono, así que intenté aclararme la garganta para hacerle una señal. Al levantar la vista, se dio cuenta de dónde estábamos y recuperó la consciencia.

«Oh, ¿ya hemos llegado?», preguntó Spencer con tono decepcionado.

«Sí, no ha tardado tanto como pensaba», respondí encogiendo los hombros. No quería que supiera la verdad: sentía cada minuto en mis huesos.

«Mierda», suspiró. «Lo último que quiero ahora es volver a Los Ángeles».

Se inclinó hacia delante y rebuscó en su bolso hasta que encontró unas gafas de sol de gran tamaño y un gorro. Al ponérselas, se convirtió en una persona totalmente distinta bajo su máscara. Era increíble ver hasta dónde llegaba para no llamar la atención en público.

«Solo es una semana, ¿verdad? Me encogí de hombros, intentando justificar el tiempo de separación más por mí que por Spencer.

«Solo una semana», repitió. Miró el reloj a regañadientes y asintió: «Bueno, supongo que debería irme. He reservado un vuelo y tengo que facturar».

Hubo una vacilación. No sabía qué decir. ¿Tenía que darle un beso de despedida o lo de anoche era algo puntual?

«Supongo que te veré dentro de una semana», suspiró. Era lo mejor que se me ocurrió en aquel momento.

«Supongo que sí», suspiró ella.

Cogió las maletas y se acercó al pomo de la puerta antes de dudar. Pensándolo mejor, se volvió hacia mí y me besó suavemente en ambas mejillas. Fue un beso de despedida sencillo, pero sus labios se detuvieron un instante más, como si supieran que estaban en territorio conocido.

Después abrió la puerta y salió del coche. La vi dirigirse al mostrador de facturación exterior. La vi sonreír y hacerse fotos con los encargados del equipaje. La vi darse la vuelta, saludar por última vez y, por último, entrar en el aeropuerto y desaparecer tras el cristal esmerilado.

El viaje de vuelta a mi apartamento fue aún más vacío que el de ida. Sentía el coche como un globo hinchado y me sentía muy sola. Por mucho que intentara desconectar, no podía dejar de analizar las últimas doce horas. Spencer y yo nos habíamos besado la noche anterior, ¿verdad? ¿Había sido todo un sueño? Había pensado tanto en ella últimamente que tal vez mi mente lo había inventado todo.

No lo entendía.

Ojalá se lo hubiera preguntado mientras seguía atrapada en mi coche. Ojalá me hubiera armado de valor. Pero yo no era así. Había dejado un interrogante en mi mente y ahora empezaban a

invadirme las inseguridades.

Tal vez no hubiera significado nada para Spencer. Después de todo, era guapa y famosa. Seguro que todas las noches le hacía cola un montón de gente. Tal vez yo no fuera más que un punto en su radar: alguien totalmente intrascendente.

Intenté convencerme de ello, pero no pude. Había una ternura en su tacto que no podía imaginar que fuera fácil de fingir. No era como si yo fuera alguien de una noche. Ni siquiera habíamos tenido relaciones sexuales. Nos besamos toda la noche.

¿Quién hace eso?

Cuando por fin volví a mi apartamento, entré en mi dormitorio con la esperanza de pasar desapercibida. Por desgracia, llamé la atención de mi compañera de piso, Allie.

—¡Lauren! ¿Dónde estabas? Empezábamos a preocuparnos», gritó desde la cocina.

Asomó la cabeza al pasillo y me saludó con una sonrisa. Sin embargo, su sonrisa se transformó rápidamente en confusión cuando me vio vestida. Llevaba la misma ropa que ayer, pero mucho más arrugada. Nunca había tenido una aventura de una noche, sobre todo porque odiaba a todo el mundo, así que podía entender por qué Allie estaba confundida.

«¿Dónde has estado? ¿Estabas con alguien?». Sus cejas se retorcieron intentando resolver el misterio.

«No», suspiré. Me esforcé por actuar con la mayor discreción posible. «Es decir, estaba con Spencer, pero estábamos trabajando. Se hizo tarde, así que decidí quedarme a dormir».

«Oh», dijo Allie, visiblemente sorprendida. «Entonces sí que te debe gustar el trabajo».

«Sí», asentí. «Pero necesito un descanso. Por suerte, la semana que viene tengo libre».

«¿Ya han terminado de rodar? Parece que ha sido rápido».

«No, aún nos quedan unas semanas, pero Spencer tiene que volver a Los Ángeles para una gira de prensa. Está promocionando su nueva película, así que no tengo que ir al plató».

«Es muy raro oírte llamarla por su nombre de pila», negó Allie con la cabeza. «Es guay, no me malinterpretes, pero muy extraño. Parece que os habéis hecho muy amigas últimamente».

No sabía ni la mitad. «Sí, bueno, creo que debería irme a la cama. Ha sido una noche muy larga».

«Por supuesto», sonrió, volviendo a comer cereales. Me di cuenta de que aún le asaltaba un atisbo de duda, pero no iba a insistir en el tema por miedo a que volviera a hacerlo.

Chapter Twelve

Los días siguientes transcurrieron con una lentitud dolorosa. Esperaba que Spencer me enviara un mensaje de texto, me llamara o se pusiera en contacto conmigo de alguna forma, pero no lo hacía. Era una sensación extraña, estar sentada esperando a que alguien llamara. No era una situación con la que estuviera familiarizada. Supongo que nunca me había preocupado lo suficiente por nadie más.

Sabía que estaba ocupada. Lo más extraño de toda la situación era que, cada vez que encendía las noticias o me cruzaba con mis compañeros de piso en sus ordenadores, vislumbraba algo de ella. Había artículos y entrevistas que me bombardeaban por todas partes.

Era como si ella existiera en dos mundos distintos. Verla en todas esas plataformas me resultaba casi doloroso cuando lo único que quería era preguntarle qué tal había pasado su día. Se había convertido en una parte tan importante de mi rutina durante el último mes que me resultaba extraño no hablar con ella durante una semana.

Antes de que mis compañeras de piso empezaran a preocuparse por mi absoluta falta de movimiento en el apartamento, llevaba ya la mitad de mi semana libre. No fue hasta que Allie me pilló pidiendo la segunda pizza de la semana que decidió que había que hacer algo. Casi planeó una intervención.

«Tenemos que salir de este apartamento», declaró. «¡Venga, vamos a hacer algo divertido! Cualquier cosa».

«¿Qué dices?», pregunté, con la boca medio llena de queso de corteza rellena.

«¿Qué te parece si vamos al cine? Me di cuenta de que llevaba tiempo preparándose la respuesta. Allie era muchas cosas, pero sutil no era una de ellas.

«Nunca vamos al cine», respondí.

«Lo sé, pero ahora es distinto. Con ellos rodando en la universidad, siento un nuevo respeto por todo esto».

«Sí, claro», respondí resoplando.

«También me muero por ver la nueva película de Spencer Wolf».

«¡Ding, ding, ding! Ya tenemos la verdadera respuesta», bromeé. «No».

«¡Venga ya! ¡Sabes que tú también quieres! ¿Has visto alguna vez una película en la que haya actuado?».

«Supongo que no», respondí encogiendo los hombros, pensativo.

«Por favor», me suplicó. «Ahora sois básicamente amigas. ¿No sería genial verla en la pantalla del cine?».

«No lo sé. La verdad es que no sabía si me parecería fascinante u horroroso.

«Por favor», continuó. «Hazlo por mí. Ahora ella y yo somos básicamente amigas lejanas. Incluso te pagaré la entrada del cine». Juntó las manos en actitud de oración.

Eché un vistazo a mi habitación. Hacía tres días que no salía del apartamento y necesitaba hacerlo. Una parte de mí deseaba ver a Spencer, incluso a la falsa Spencer, tanto como para soportar verla en una historia de amor de Hollywood.

«De acuerdo», acepté, «pero también me invitarás a una palomita grande».

—Trato hecho —chilló Allie—. Ya he comprobado los horarios de las películas. Si nos preparamos ahora, podremos ver la película del mediodía».

«De acuerdo», suspiré, «deja que me ponga unos pantalones de verdad».

Cuando llegamos al cine, ya me estaba cuestionando mi decisión: ¿querría Spencer que viera su obra? ¿Me importaba? Ella era la que promocionaba la obra, así que ¿por qué iba a privarme del entretenimiento? La mitad de mí quería enviarle un mensaje para decirle que lo estaba viendo, pero sabía que sería raro.

Sentía mariposas en el estómago mientras esperábamos sentados en el cine a que salieran los créditos iniciales. No sabía por qué, pero tenía la sensación de volver a verla en persona por primera vez. Era como si estuviera conociendo una faceta totalmente distinta de ella, y eso me aterrorizaba.

Casi se me paró el corazón la primera vez que la vi en pantalla. Ver en la gran pantalla a una persona con la que habías hablado era tan surrealista y tan completamente extraño... Era una buena actriz, lo reconozco; Allie lloraba durante los primeros treinta minutos. Sin embargo, para mí la experiencia fue mucho menos agradable.

Al fin y al cabo, se trataba de una película romántica, y no pude evitar sentir resentimiento hacia el protagonista masculino por su actuación. Sabía que solo estaba actuando, pero cada vez que se besaban o mostraban algún signo de afecto, sentía un pinchazo en el corazón que no sabía explicar. Me daba arcadas cuando los veía revolcarse juntos en la cama. No podía creer que estuviera celosa de un personaje de película.

Todo el proceso me resultó extraño y no acababa de disfrutarlo. Tal vez me habría relajado más si Spencer y yo no nos hubiéramos ido tan extrañamente, pero eso solo hizo que me sintiera más cohibida al ver cómo se enamoraba de esa otra persona. Sabía que era falso, pero era como ver un vídeo de ella y yo cuando se besaban. No podía evitar pensar en esos labios sobre mí.

Cuando pasaron los créditos finales, respiré aliviada y me di cuenta de que había estado tensa durante toda la película. Allie, en cambio, no podía dejar de efusionarse. Todo lo que a mí me había odiado de la película le había encantado, y tuve que aguantar el trayecto en coche hasta casa escuchándola hablar maravillas de la química entre los dos actores.

Desearía haberla agarrado y zarandeado, haberle contado todo sobre Spencer y yo y nuestra noche juntos en la cama, pero no podía. No quería que se enterara de mi pequeño secreto. Aunque me doliera, era todo mío.

* * *

Los días siguientes fueron aún más aburridos. Intenté alejar a Spencer de mi mente por todos los medios, pero estaba en todas partes. Aparecía desde las vallas publicitarias hasta los anuncios de Internet, hiciera lo que hiciera.

No ayudaba que mi propia mente fuera un flujo constante de ella.

En mis sueños, volvía a besarme en el hotel y, cuando me despertaba, aún me dolía el cuerpo por ella. Necesitaba algo, cualquier cosa, que me hiciera sentir mejor.

Una de las partes más confusas y, a la vez, fáciles de toda la situación era la pregunta que me hacía Spencer sobre mi sexualidad.

Siempre había sabido que también me gustaban las mujeres, pero solo había tenido otra relación: un chico de mi programa que, tras un año de noviazgo, había querido más compromiso del que yo estaba dispuesta a dar.

Me había gustado —al menos eso creía—, pero nada de lo que había sentido por él se comparaba con lo que estaba sintiendo ahora. Nunca me había planteado realmente nada. Sobre todo, nunca había pensado mucho en el sexo, al menos no en el heterosexual que conocía.

Ahora, no podía quitarme de la cabeza un beso.

¿Era posible que fuera mucho más gay de lo que pensaba?

Durante un largo periodo de mi vida, me pregunté si había algo malo en mí. Nunca pasé por la adolescencia loca por los chicos que parecía afectar a otras chicas. Nunca me había enamorado de mis amigos del patio de recreo. Nunca había experimentado el mismo proceso que parecían emprender todas mis compañeras. Durante años, me había limitado a atribuir esa indiferencia a mi entorno, pero ahora empezaba a preguntarme si había algo más en juego.

Al final, no importaba. Las cosas con Spencer no iban a ninguna parte. En los últimos días me había convencido a mí mismo de que, fuera lo que fuera, ella solo se divertía borracha. ¿Por qué iba a interesarle alguien como yo? Además, aunque le gustara, ¿qué futuro podíamos tener? Ella se marcharía poco después de que acabara la producción y yo me quedaría aquí sin nada más que recuerdos de alguien a quien probablemente vería en las noticias semanalmente.

Cuando llegó el miércoles, me esforcé por mantener la calma. Rebecca me había enviado por correo electrónico el itinerario semanal de Spencer, así que sabía que llegaría a la ciudad a mediodía. Supuse que podría enviarme un mensaje de texto si quería. No me atrevía a dar el primer paso, no después de una semana hablando conmigo misma sobre nuestra relación.

Sin embargo, eso no me impidió esperar junto al teléfono con impaciencia. Las horas pasaban y mi paciencia se agotaba hasta que, por fin, mi teléfono cobró vida a primera hora de la tarde. Era Spencer.

«Hola», escribió.

—Hola —le contesté.

Me sorprendió un poco lo despreocupada que se mostraba después de no saber nada de ella en toda la semana. Quizá ella no había pensado en mí toda la semana, pero yo sí en ella. Era un pensamiento sorprendentemente doloroso, así que hice lo posible por sacármelo de la cabeza y mantener su tono tranquilo.

—¿Qué haces? —me respondió inmediatamente.

No mucho, ¿y tú?

Acabo de despertarme de la siesta más larga. Estoy en mi hotel. Estoy agotada, ¡es una locura! ¿Te importaría venir? Hay algo de lo que quería hablarte.

Ahí estaba. Sabía lo que iba a pasar, pero me alegré de que fuera directa al grano. Seguramente me iba a despedir o a decirme que lo de la otra noche había sido un error.

Claro, puedo estar allí en 30 minutos».

Chapter Thirteen

Los pocos kilómetros que me separaban del hotel fueron los más angustiosos de mi vida. Temblaban tanto que me preocupaba no poder sujetar el volante.

Cuando por fin llegué a la entrada, respiré hondo y entré.

Para mi sorpresa, me recibió con unos pantalones holgados de correr y una camiseta vieja y raída. Su aspecto era tan distinto del que había visto en la televisión los últimos días que casi me chocaba.

«Hola», me dijo, y me abrazó con fuerza. Me pregunté si se daría cuenta de lo nerviosa que estaba. Nos abrazamos un momento más de lo necesario y tuve que resistir el impulso de fundirme con ella. «Entra.

Entramos en su habitación de hotel, pero no me senté. Lo último que quería era hacer que la situación fuera más incómoda de lo necesario. Si íbamos a quitarme la tirita, mejor hacerlo rápido.

—¿De qué querías hablarme? —pregunté, apoyándome en la pared.

Respiró hondo y se sentó en el borde de la cama. «Vaya, sí que vamos directos al grano, ¿verdad?».

«Pues porque sí, ¿verdad?». Me encogí de hombros. Podía sentir cómo se me ponía la piel de gallina a la defensiva.

«Al menos, ¿has pasado una buena semana?

«La verdad es que no», admití. «Fue muy larga».

Asintió con la cabeza, comprensiva. «La mía también fue larga. Los viajes de prensa suelen ser largos y agotadores, pero este fue incluso peor de lo habitual. Fue peor porque me moría de ganas de volver».

Mis oídos se agudizaron. «¿Por qué aquí?

—Porque no podía dejar de pensar en ti. Nos fuimos con una mala nota y eso me ha molestado toda la semana. No quiero que pienses que te besé porque estaba aburrida o que no significó nada para mí. Pensaba en ti todo el tiempo. Estaba tan atrapada en este mundo de gente falsa y lo único que quería eras tú».

«¿Por qué no me mandaste un mensaje o me llamaste?», pregunté.

«¿Por qué no lo hiciste?».

Spencer se inclinó hacia delante en la cama hasta casi caerse. «Mira, Lauren, te deseo. Quiero estar contigo. No solo como algo de trabajo, no solo como una relación estable, sino como algo... más. Aún no sé cómo podemos hacer que funcione, pero estoy dispuesto a intentarlo. Podemos resolver el resto más adelante. Es decir, si te interesa».

Respiré hondo e intenté calmar los nervios. Era lo último que esperaba que pudiera ocurrir esta noche. Volví a mirarla a los ojos y vi una mirada suplicante, casi desesperada.

«En realidad, no sé lo que quiero», admití. «He pensado en ti en todo momento desde que te fuiste. En nuestro beso. En cómo te sentías encima de mí. No sé qué significa, pero me gusta. Me gusta estar contigo. Me gusta estar cerca de ti».

«Eso es todo lo que necesito».

Una suave sonrisa se dibujó en los labios de Spencer. Se levantó y cruzó la habitación de tres largos pasos.

Con un suave empujón en mi estómago, me tiró contra la pared.

Levantó la mano, la enredó en el pelo de la base de mi cuello y me besó profundamente. Si no hubiera estado allí para sujetar mi cuerpo, creo que me habrían fallado las rodillas.

Nos movimos el uno hacia el otro. Brazos, labios y lenguas se amoldaron hasta que nos convertimos en un solo cuerpo. Justo cuando iba a caer de cabeza sobre ella, se apartó rápidamente y me miró a los ojos.

«¿Es esto lo que quieres?», susurró mientras trazaba el contorno de mi labio con los pulgares.

«Sí», susurré.

Era tan jodidamente hermosa.

Le agarré la cara y volví a atraerla hacia mí. Ya no necesitaba darle más vueltas. Solo la necesitaba.

Mientras nos besábamos, estiró la mano, me separó las piernas y me abrió más. Se metió en el hueco, empujó sus caderas contra las mías y me penetró como si estuviéramos bailando en un baile de instituto.

Pensé que me iba a morir de felicidad.

Se movía contra mi cuerpo como si estuviera hecho para mí, apretando cada centímetro de su cuerpo contra el mío. Dios, qué bien me sentía. Sus manos bajaron por mi garganta hasta mi estómago y su boca la siguió, dejando mordiscos y mordisquitos por todo el camino. No pude reprimir el gemido que se escapó de mis labios, pero eso solo pareció incitarla aún más.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, estábamos quitándonos la ropa de encima, arrancándola pieza a pieza. Me tiró de la camisa por encima de la cabeza. Mis manos se introdujeron en las suyas y se la quité de un tirón. Trabajamos en los sujetadores de la otra con dedos temblorosos y era obvio que ambas estábamos nerviosas.

Cuando por fin soltamos los corchetes, los dos endebles trozos de tela se apartaron. Sus pechos eran absolutamente impresionantes. Sus pezones, perfectamente simétricos, estaban duros como piedras. Eran tan rosados como sus mejillas sonrosadas y estaban increíblemente firmes.

Nos agarramos, nos tocamos y nos masajearon. Finalmente, sus labios encontraron el camino hasta mis doloridos pezones. La sensación de su boca contra mi pecho me volvió loco. Tuve que esforzarme al máximo para no aprisionarla ni soltarla nunca.

Antes de que pudiera corresponderle, Spencer me rodeó la cintura con los brazos y me levantó con facilidad. Me quedé impresionada. Sabía que era fuerte, pero nunca me había levantado nadie. Me llevó hasta la cama y me tiró contra el mullido colchón. Noté cómo se me aceleraba el corazón cuando me miró, cuando contempló cada centímetro de mi piel y sonrió.

Era suya, toda suya.

Se metió entre mis piernas y empezó a recorrer mi vientre con los labios. Sus dedos tantearon para desabrocharme los vaqueros. Tiró de la ajustada tela y soltamos una risita cuando tardó cuatro intentos en quitármelos. Nunca había soltado una risita durante el sexo, y menos aún deseando tanto a alguien, y estaba disfrutando de cada segundo.

Intenté incorporarme para ir a su encuentro, pero me empujó contra la cama. «No te levantes», me dijo. «Deja que me ocupe del resto».

Los vaqueros cayeron por la habitación, ahora solo había una capa entre ella y yo, y deseaba desesperadamente que desapareciera de mi cuerpo. Se burló de mí, besándome la cara interna del muslo y mordiéndome la piel, antes de finalmente introducir un dedo en la cintura de la endeble tela que rodeaba mis caderas.

«¿Es esto lo que quieres?», volvió a preguntar.

«Sí, por favor», respondí entre gemidos.

Metió un dedo y recorrió los lados de mi abertura. Su tacto era eléctrico.

«Dios mío, eres preciosa», susurró. Me miró desde arriba, con unos labios tan rosados que me entraron ganas de morderlos.

«Bésame», le supliqué. —Por favor.

Se inclinó hacia abajo y juntó mis labios con los suyos, mientras sus dedos seguían haciendo magia entre mis piernas.

Yo palpitaba.

Estaba ardiendo.

La necesitaba desesperadamente.

Mientras me besaba, dejé que mis manos recorrieran su cuerpo hasta encontrar la cintura de sus pantalones cortos de correr. Cuando metí la mano, me di cuenta, sorprendida, de que no llevaba nada debajo. Estaba caliente, más de lo que esperaba, y mis dedos no paraban de querer explorar cada centímetro de ella.

Empezamos a tocarnos al mismo tiempo, a explorarnos de la forma más íntima. Cuando por fin se le cansaron los brazos, se dio la vuelta y nos tumbamos uno al lado del otro.

Nuestros dedos reanudaron rápidamente su búsqueda. Nos movimos el uno dentro del otro al unísono y nuestros labios bailaron al deseo. Todo mi cuerpo hormigueaba de placer. Estaba tan reprimida y con tanta necesidad de liberación, pero quería que este momento durara. Intenté retrasar el clímax todo lo que pude, pero sabía que iba a llegar y que llegaría rápido.

Spencer debió de notar que estaba a punto. Sus dedos aceleraron el ritmo y sentí cómo un dolor empezaba a extenderse desde los dedos de los pies hasta los muslos. Sentí un gemido vibrar en mi pecho. Se me apretó el estómago de anticipación y, de repente, todo mi cuerpo sufrió un espasmo orgásmico.

Me desplomé sobre los brazos de Spencer, que me abrazó con fuerza mientras recuperaba la compostura. Fue el orgasmo más intenso de mi vida y mi cuerpo apenas podía soportar la energía que fluía desde los pies hasta la punta de los dedos de las manos.

Estaba en el paraíso.

Tras respirar hondo, volví a concentrarme en ella. La intensidad del orgasmo solo me hizo desear complacerla más. Deslizando el dedo por ella, la sentí gemir de placer. Se inclinó hacia mí y me besó profundamente mientras yo seguía escribiendo círculos entre sus muslos.

Podía sentir cómo respondía a mis caricias y darle ese placer era lo más excitante que había hecho nunca. Su brazo me rodeó la cintura, acercándome más a ella, y su beso se volvió más fuerte y desesperado.

Estaba a punto de llegar, pero no quería que acabara pronto porque estaba disfrutando demasiado. En lugar de eso, alargué el momento, provocándola con el ritmo de mis caricias y haciéndola casi suplicar alivio.

Por fin, después de torturarla lo suficiente, aceleré el ritmo de mis dedos y la besé con toda la pasión que pude reunir. Con un profundo suspiro, su cuerpo se estremeció contra el mío y ella también se corrió. Nunca había visto nada tan hermoso como la expresión de su rostro en aquel momento.

Volviendo a caer sobre la almohada, Spencer respiró hondo y empezó a reírse alegremente. «¿Sabes cuántas veces he pensado en eso la semana pasada?», preguntó.

No pude evitar sonreír al saber que, después de todo, había pensado en mí.

—Y yo que pensaba que te olvidarías de mí en cuanto volvieras a Los Ángeles.

«No creo que pueda olvidarme nunca de esos labios», respondió. Su dedo índice trazó una línea alrededor de mi boca mientras me miraba fijamente.

Levantó la mano y me apartó un mechón de pelo de la cara. Intenté reprimir un bostezo, pero el impulso era demasiado fuerte. Recosté la cabeza junto a la suya sobre la almohada y sentí que el cansancio me recorría el cuerpo. Spencer me había agotado.

Antes de darme cuenta, me dejé llevar por la tentación y caí en un profundo sueño. Por primera vez en mucho tiempo, la realidad de la noche era mejor que cualquier cosa que hubiera podido soñar.

Todavía no sabía lo que ocurriría en las próximas semanas, cuando Spencer terminara de rodar. Todavía no sabía qué significaría esto para mi sexualidad o mi futuro en esta pequeña ciudad universitaria. Lo único que sabía con certeza era que yo quería a Spencer y que él también me quería a mí.

Por ahora, eso era suficiente.

Chapter Fourteen

I woke up the next morning the soft glow of sunlight trickling in through the curtains. Stretching my arms, I basked in the wonderfully sore muscles aching throughout my body. Last night had been everything and more.

Rolling over, my heart fluttered when I saw the adorably ruffled hair of Spencer still lying on the pillow next to me. Her face was soft and peacefully asleep, and I couldn't help but admire the way the sunlight shown down over her perfect skin.

She was gorgeous, and I was in her bed.

How in the hell had I ended up here? How had I gotten so lucky?

What would me from a month ago say about where I found myself this morning?

With a soft smile, her eyes flutter open slowly. Her grin turned into a full-on smile as realization washed over her face.

“Well, hello there darling,” Spencer cooed.

I couldn't believe how adorable she was.

"Well, hello sleepy head," I smiled back.

She rolled over across the bed and into my arms as she planted a kiss on my lips. It felt so natural, so second nature. Blissfully normal.

If I didn't know any better, I would think I was still dreaming.

Just as we were sliding back into each other's arms again, a sharp rap on the door pulled us apart like a lightning bolt. I could feel myself jump back in bed afraid that we'd been caught, but Spencer just smiled and shrugged it off.

"Don't worry babe," she said, brushing the hair from my startled face. "That should just be the room service I ordered last night."

I could feel my eyebrows raise in anticipation.

"Oh, room service, huh?" I asked. "When did you order that?"

Spencer shrugged and a blush seemed to creep over her cheeks, “Oh, before you got here."

“Before I got here? And how did you guess I’d be staying?” I teased, enjoying the pink twinge still visible on her cheeks.

Seeming to dodge the question, she rolled out of bed, grabbed a robe from the chair in the corner and made her way to the door. Answering it, I could hear her make friendly small talk with the bellhop as she insisted that she could bring in the food herself.

I sat up in bed and watched with humor as world-famous-actress, Spencer Wolf, rolled in an entire cart full of food doing her best server role-play. It looked like she had ordered the whole menu.

“How much food did you get?!" I asked watching in disbelief as she lifted lid after lid from the room service trays.

"Well, I thought we just might be a little bit hungry," she replied the blush creepy and even further up her cheeks.

Something about seeing her nervous made her even more endearing. If that was at all possible.

I decided to play into it a little bit, given that this was the first time our roles had seemingly shifted. And I was having fun.

"So, you went ahead and ordered breakfast for us? Now that was a little presumptuous, wasn't it, Miss Wolf?"

“You call it presumptuous. But I prefer hopeful." And just like that, she’d taken charge once again

Arranging the food on the small dining table in her luxurious suite, Spencer shot me a wink. "Now, would you like to interrogate me more on my intentions from last night, or would you like to join me some for some breakfast Miss Daly?”

God, how was she so sexy? I had a feeling I was gonna get used to this.

Slipping out of bed, I was suddenly self-conscious for the first time, realizing that one of the fittest women in the world was across the room eyeing me, naked and entirely vulnerable. It wasn't like I did this very often. In fact, I've never really let anyone see me exposed like this, but her eyes were glued to me as I quickly trotted across the room and to the bathroom to grab the second robe.

"Hey," she whispered. "Let me look at you as you move. Don't I get to enjoy the show?"

"I'm just not really used to this," I whispered. "I'm not really used to being naked around anyone else. Not like you. I mean, Lordy, you're naked for shoots all the time I'm sure."

Spencer gave me a quizzical look, but smiled as she walked across the room and cupped my slightly embarrassed face in her hand. "I guess," she nodded."I don't really think about it like that, though. I mean, yeah, a lot of people probably do see me naked. But not like this. Not like the way I want you to see me."

I didn't realize that butterflies could jump so high in my stomach.

"It might just take me some time to get used to it," I confessed. "I want to though."

"Good," she smiled planting a kiss on my lips. "Now, let's dig in before the food gets cold."

She didn't have to ask me twice. I was starving. Who knew that sex with a beautiful woman could take so much energy out of you? If we kept this up I was gonna have six-pack abs by the end of the month.

Taking my hand, she led me to the table, pulled out the chair, and offered me a seat. Who knew that Spencer Wolf was this chivalrous? She really did have that top-daddy energy that I pegged the first day we met.

As we passed around the numerous plates of overflowing food, we made the sort of simple, breakfast small-talk that I had always dreamed of having with a partner. It was lovely, sitting here with her plotting out our days together in comfortable ease. And I couldn't help but wonder what that made us? I mean, our relationship had changed entirely last night, but was I being naïve to think that there might be more?

Mustering all the gumption I had in my body, I decided the best course of action would be to just tackle it head-on.

Mama didn't raise no side-stepping bitch.

"So," I started, nerves threatening to take over my voice. "About last night…"

Spencer nodded slowly set her fork down on her plate and looked up. I tried to gauge the look in her eye. What was it? Confusion, concern, uncertainty?

"Yeah… I guess we should talk about it shouldn't we?"

"Yeah, I have to admit I wasn't expecting any of that to happen," I confessed. "I mean, don't get me wrong! I loved every second of it. And… If I'm being honest I would really like to do it again."

Spencer looked up at me and a smile tugged at her lips. I could feel my heart racing through my chest as she took a moment to respond, seemingly thinking as she took me in.

"Well, of course I want to do it again." she finally replied with a flirtatious lilt. "I never would have invited you here in the first place if I didn't wanna make this something more."

Relief seeped through my body. I could feel a smile spread across my own face, matching hers.

"But," she continued. "I do think we should talk about how we approach it."

Spencer sat back in her chair and took a deep sigh. "I guess we should talk about the fact that this isn't a normal relationship. It just can't be. I don't live a normal life. And everything we do and I do - it's all under scrutiny. And, there's the fact that, you know...I'm not out. At least, not publicly."

I set my fork down and felt a deep sigh roll through my chest as my nerves hit me once again. I hadn't even thought about all that. "So, yeah, you're still publicly in the closet...I hadn't really thought about that until now."

"It's… not that I'm not out. Rebecca knows. And she even knows about you. It was admittedly pretty hard for me to stop talking about you when I was in LA. Apparently, my poker face isn't that good," Spencer replied, reaching across the table to take my hand.

"So, what does that mean for us?" I asked, playing with the fingers she had laced between my own.

"Well, I know what it means for me. It means that I wanna keep seeing you. Desperately. If you'll have me. But, we're gonna have to be quiet about it, at least for now."

I nodded, letting the information sink in. It made sense, I mean her career was at stake here. And she'd never been confirmed to be with anyone serious, at least not publicly.

"I do wanna keep seeing you too." I leaned forward assuring her reaching my hand across the table to take hers. "So, I guess that means we just have to be careful?"

Spencer smiled, and I could see relief wash across her face. She took my hand and brought it up to her lips, kissing my knuckles, each and every one. "Yes. Careful. But, that also means that we have my entire hotel room and the trailer to be ourselves. We just might have to be careful on set."

I nodded in agreement, the skin on my hand still tingling from her gorgeous lips. "We can absolutely be careful. I'll try and keep my hands off you, I promise."

"And I promise you nothing of the sort. When we're alone, expect my hands to be all over you."

I giggled nervously. She was so forward, and I couldn't believe this was happening to me. "Is that so?"

"Mmhmm," she hummed, taking another sip of her drink. "I am so very curious about you, Lauren. What you taste like. What makes you moan. Where you like to be touched. How long I can take you just on the edge. I want to discover all of it and so much more. I like you, if you couldn't already tell."

Oh my god, I thought to myself. Am I about to have a heart attack? Or an aneurysm? My chest felt tight and I couldn't swallow, I was so parched.

"I like you too," I replied with a soft smile.

"Good," she laughed. A mischievous glint flashed through her eyes. "On that note, I just got the notification that we're switching to night-shoots tonight. That means we have a whole day to waste. Whatdaya say we make the most of it?"

"That sounds absolutely amazing."

And, just like that, the food was momentarily forgotten as Spencer pulled me right back to bed.

Chapter Fifteen

Esa misma tarde, tras una segunda y tercera ronda de comida y diversión en la cama, Spencer y yo salimos por fin de la habitación del hotel y nos dirigimos al coche que nos esperaba abajo para llevarnos al plató para su sesión nocturna.

Después de pasar 24 horas tan íntimas, tenía que admitir que me resultaba extraño volver al mundo exterior. Lo habíamos pasado tan bien en nuestra pequeña burbuja que me costó soltar la mano de Spencer en cuanto salimos por la puerta.

Sabía que tenía razón. Teníamos que tener cuidado.

Pero, aun así, noté frío en la mano en cuanto salimos a la calle.

Spencer debió de notar mi cambio de humor, porque mientras nos deslizábamos en el asiento trasero del coche que nos esperaba, me dio un último apretón de manos antes de volver su atención a la mirada perdida del conductor.

No tardamos mucho en llegar al plató, pero durante todo el trayecto estuve hiperconsciente de Spencer, sentada a mi lado. Estaba tan cerca... Estaba tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo. Y, sin embargo, no estábamos solos.

Por mucho que quisiera acercarme y acortar la distancia que nos separaba, teníamos que permanecer a unos metros de distancia.

Esto iba a ser más difícil de lo que esperaba.

* * *

Fue como si el aire del coche hubiera sido succionado en el momento en que salimos y entramos en la multitud de ayudantes de cámara y equipo que esperaban reunidos en la entrada del plató.

Apenas podía respirar.

La burbuja privada de Spencer y yo había estallado.

Rebecca se abalanzó rápida y nerviosa. Tiró de Spencer por el codo y lo arrastró hacia el caos, mientras yo volvía a sentirme fuera de lugar.

Rebecca y Spencer hablaban con facilidad, su conversación flotaba por encima de la espesa capa de tensión que se respiraba en el plató.

Spencer parecía muy a gusto. Tan tranquilo... Tan despreocupado...

Como si las últimas 24 horas no hubieran sucedido.

La mujer había sacudido todo mi mundo y ella actuaba como si hubiéramos pasado un fin de semana normal.

Mis emociones se arremolinaban.

¿Así iban a ser las cosas?

«Así que, ¿has tenido un buen par de días libres, Lauren?», preguntó Rebecca mientras esperábamos de pie a Spencer mientras le empolvaban la nariz.

Asentí, aunque no confiaba en que mi voz no se quebrara. «Oh, sí, fue estupendo dormir hasta tarde y descansar un poco. ¿Qué tal en Los Ángeles?

«Ocupada», suspiró. «Los Ángeles siempre está ocupada. Siempre hay alguien que necesita algo de alguien».

«Suena estresante», le dije compadeciéndome.

«Lo es». Rebecca se inclinó hacia mí y bajó la voz. «Aquí tienes que tener cuidado. Hay ojos por todas partes. Es duro. Sobre todo en una ciudad como Los Ángeles».

No supe qué responder. Por suerte, Rebecca continuó, ahorrándome la respuesta.

«Mira, ten cuidado, ¿vale? Este negocio es despiadado. La gente siempre está buscando su próxima historia. Siempre. Los medios de comunicación, los fans, los paparazzi... No puedes fiarte de nadie, ni siquiera de la gente con la que trabajas».

«La verdad es que no había pensado en eso», admití.

«Yo tampoco había pensado en eso, y casi me metió en un buen lío hace unos años. Así que ten cuidado y, si alguna vez te sientes insegura, ven a buscarme, ¿vale?».

No podía imaginarme en esta situación y no podía concebir la idea de que alguien pudiera estar observándonos, esperando a que cometiera un desliz y me convirtiera en la anécdota.

De repente, sentí que el pecho se me oprimía de ansiedad. ¿Sabía Rebeca lo de Spencer y yo? ¿Importaba que lo supiera? Después de todo, su trabajo consistía en protegerlo. Debía de saber que habíamos dado el siguiente paso en nuestros flirteos.

Pero, entonces, ¿por qué no lo había mencionado?

Probablemente pensó que era una tonta.

Una pequeña don nadie de una ciudad pequeña e insignificante.

Una chica que no tenía ni idea de lo que era estar en el candelero.

Quizá tuviera razón.

«Lauren...»

La voz de Rebecca me sacó de mi autodesprecio. «Sí».

«¿Estás bien?»

«Estoy bien», respondí, «solo intento hacerme a la idea de todo. Hay mucho en lo que pensar. Nunca imaginé que mi vida sería así, ¿sabes?».

«Yo sí», asintió. «Por eso te digo que tengas cuidado. Has llamado la atención de Spencer, y eso es muy importante. Pero tienes razón. Esto es mucho. Y, si necesitas algo o tienes dudas, por favor, no dudes en venir a buscarme».

«De acuerdo».

«Estupendo», dijo con una sonrisa. «No queremos otra situación como la de Jen.

«¿Jen?» pregunté. Era un nombre que no había oído antes y, la forma en que Rebecca lo susurró, me hizo sentir como si estuviera perdiéndome alguna historia secreta.

«Jen era la novia de Spencer hace un año. Era modelo y una cara con mucho futuro en la industria. Estuvieron juntos unos seis meses antes de que todo se fuera al traste».

«¿Qué pasó?» pregunté, curiosa. Se me aceleraba el corazón al pensar en Spencer con otra persona.

«Bueno, todo empezó de forma bastante inocente. Se conocieron durante un rodaje y congeniaron. Jen era dulce y divertida, y Spencer y ella se hicieron amigos enseguida. Al cabo de unas semanas, empezaron a salir y todo iba bien. Pero, cuanto más tiempo pasaban juntos, más deseaba Jen que despegara su carrera en solitario. Estaba celosa de los focos y de la atención que recibía. Así que una noche concedió una entrevista a un periódico sensacionalista. Le pagaron mucho dinero, pero la entrevista fue bastante negativa y eso acabó con su relación. A Spencer también le costó algunos trabajos. Por suerte, su agente de entonces pudo mover algunos hilos y minimizar los daños.

«Eso es terrible».

«Sí, fue bastante horrible. Fue un gran escándalo interno y Spencer no habló con nadie durante meses. Es muy difícil encontrar gente en quien puedas confiar en esta industria. Tienes que tener mucho cuidado con quién dejas entrar en tu vida».

«Vaya», fue todo lo que pude decir.

Intenté no hacerlo, pero lo único que se me ocurrió fue que Jen se llamaba exactamente igual que uno de mis ex. Era una pequeña coincidencia, pero aun así.

«La verdad es que nunca lo había pensado así. Supongo que hay muchas cosas en las que nunca he pensado cuando se trata de esto».

«Las hay», respondió Rebecca. «Puede ser duro, sobre todo cuando estás en el plató. Sé que no es fácil, pero, por favor, no te tomes nada como algo personal. A veces, me encierro en mi propia cabeza. Es un hábito difícil de romper».

«Creo que me identifico con eso», respondí sonriendo.

«Así que, si tienes alguna pregunta, o no estás segura, o necesitas hablar con alguien, no dudes en acercarte, ¿vale? Mi puerta siempre está abierta».

«Gracias», asentí, «eso significa mucho».

«Por supuesto», respondió Rebecca. «Ahora somos un equipo».

Rebecca se dio la vuelta y se dirigió hacia la fila de remolques, y no pude evitar pensar que quizá lo peor no iba a ser todo esto de las relaciones públicas falsas. Quizá pudiéramos hacer que esto funcionara después de todo.

* * *

Las dos semanas siguientes fueron un torbellino de actividad. Entre la agenda de prensa de Spencer, los últimos días de rodaje y la intensidad añadida de nuestra recién descubierta relación, teníamos muy poco tiempo para estar solos, así que cuando lo teníamos lo aprovechábamos al máximo.

De hecho, la mayor parte de nuestro tiempo a solas consistía en breves sesiones en la caravana de Spencer mientras estábamos en el plató o en momentos robados detrás de las carpas del plató cuando nadie miraba.

Teníamos cuidado de que no nos vieran demasiado cariñosos fuera del plató y, aunque el secretismo era estimulante, también era agotador.

La ventaja era que nunca me había sentido tan satisfecha sexualmente en mi vida. El inconveniente era que siempre estábamos escondiéndonos. Era agotador. Pero lo de andar a escondidas era, sin duda, increíblemente excitante.

Nunca había tenido una aventura ilícita. Y mucho menos con una hermosa estrella de cine que siempre parecía estar flanqueada por media docena de ayudantes. El secretismo no hizo sino

aumentar la tensión sexual entre nosotros. Era intensa, excitante y embriagadora.

Pero aún estaba intentando hacerme a la idea de que mi vida era ahora algo clandestino. Todo aquello me resultaba tan extraño y me costaba tanto adaptarme a los cambios...

Spencer también lo notaba.

A pesar del estrés y del miedo, estábamos consiguiendo que funcionara.

Nuestra pequeña burbuja de felicidad se mantenía estable.

Como Spencer se pasaba hasta tarde, decidimos quedar en un restaurante italiano para cenar tarde. Era un lugar pintoresco y pequeño, y yo estaba deseando disfrutar de una comida agradable y tranquila con él.

Cuando llegué, me indicaron una mesa en el rincón del fondo, donde pedí un vaso de vino tinto y esperé a que llegara.

Estaba a punto de pedir cuando Spencer apareció por la puerta trasera. Habíamos aprendido todos los trucos para escabullirnos.

«Hola, siento llegar tarde», susurró mientras se inclinaba para abrazarme. «Rebecca estaba repasando algunas cosas para mañana».

«No pasa nada», le respondí sonriendo, inclinándome hacia ella para abrazarla. «Aún no he pedido».

Spencer estaba guapísima y no pude evitar admirar su belleza. Se había cambiado de ropa y llevaba unos vaqueros y una sencilla camiseta blanca. Llevaba el pelo largo y oscuro recogido en una coleta baja y el maquillaje era fresco y natural.

«Bien», dijo. «Me muero de hambre».

Spencer cruzó la mesa y me cogió la mano, apretándola ligeramente. Sentí cómo me subía el rubor por el cuello hasta las mejillas.

—Yo también —respondí, intentando ignorar el calor que irradiaba mi piel. «¿Qué te apetece?».

«Creo que pediré espaguetis», contestó ella, sin molestarse siquiera en mirar el menú.

«Buena elección», asentí, y ella añadió: «Yo también pensaba lo mismo».

Spencer me dedicó una cálida sonrisa. «Las grandes mentes piensan igual».

Justo cuando estaba a punto de pedir otra copa de vino al camarero, una mujer de unos treinta años se acercó a la mesa, agitando nerviosamente el bolígrafo y el bloc de notas.

«¿Señorita Wolf?», preguntó con voz apenas audible.

Spencer sonrió amablemente. «¿Sí?»

«Hola, bueno, soy una gran admiradora y me preguntaba si podría firmarme un autógrafo».

«Por supuesto», respondió Spencer, cogiendo el bolígrafo y el papel que le tendía la mujer. «¿Cómo te llamas?

—Jennifer.

Spencer escribió una nota rápida y le devolvió el papel, que la mujer miró con reverencia.

«Muchas gracias», exclamó.

«De nada», sonrió él. «Disfruta de la comida».

La mujer se quedó paralizada, como si no supiera qué hacer a continuación. Al cabo de un momento, asintió y se dio la vuelta.

Observé cómo se retiraba y no pude evitar fijarme en que el resto de los clientes parecían mirar fijamente nuestra mesa, algunos incluso sacando fotos subrepticias. Era la primera vez que me daba cuenta y, de repente, me sentí hiperconsciente de la gente que nos rodeaba.

Era una sensación extraña, como si estuviéramos en exhibición.

«¿Estás bien?», preguntó Spencer, acercándose a la mesa y apretándome la mano.

Forcé una sonrisa y asentí:

—Sí, estoy bien.

«¿Estás segura?», insistió, frunciendo el ceño. «Pareces... raro».

Suspiré y negué con la cabeza. —Lo siento, no es nada. Es que... Todo el mundo me mira».

Spencer echó un vistazo a la sala y sus ojos se posaron en varias mesas que intentaban ser discretas, pero no lo conseguían.

«Ignóralos», dijo con la voz apenas por encima de un susurro. «Forma parte del papel».

«Lo sé», suspiré, sacudiendo de nuevo la cabeza. «Lo siento, es que es nuevo».

Spencer me dedicó una pequeña sonrisa y asintió. «Es ambas cosas a la vez. Mira, las miradas, las fotos y los rumores son solo parte del paquete. No te voy a mentir, a veces es horrible, pero te acabas acostumbrando».

«¿Cómo?», pregunté, intentando asimilar el concepto.

Spencer se encogió de hombros. «Te recuerda que solo es un trabajo. Sí, la atención puede ser intensa, pero al fin y al cabo todo forma parte del proceso. Tienes que recordar que nada de eso es real».

«Nada de esto es real», repetí, sintiendo cómo una sensación de temor empezaba a invadirme la boca del estómago.

«Bueno, quiero decir, en realidad no», replicó Spencer, que parecía elegir sus palabras con cuidado. «Sí, las películas y los programas son reales. Y la interpretación y el trabajo también

son reales. Pero el resto, los fans y la atención, es solo un producto. Forma parte del espectáculo. La persona, la imagen, todo eso es solo marketing».

«Oh.»

Se me encogió el corazón y sentí una tristeza repentina.

«Lauren», dijo con voz suave y ojos suplicantes. «No quería decir eso. Lo que tenemos es real. Pero el público forma parte de mi trabajo. La fama, la atención, la notoriedad... Es la naturaleza de la bestia. Es algo con lo que he aprendido a lidiar».

«Pero ¿qué significa eso para nosotros?», pregunté, con el pavor creciendo en mi pecho.

«No lo sé», suspiró, con aire derrotado. «Sinceramente, creo que tendremos que averiguarlo juntos. Lo único que sé es que me importas y que quiero ver hasta dónde llega esto. Quiero seguir viéndote. Y sí, quizá sea estúpido, ingenuo y egoísta, pero no me importa. Ya soy mayor. Puedo tomar mis propias decisiones. Y te elijo a ti».

No pude evitar sonreír, y la calidez de sus palabras se extendió por mi pecho como un reguero de pólvora.

«Yo también te elijo a ti», dije, sintiendo que me invadía una sensación de alivio. «Pero ¿y los medios de comunicación y los fans? ¿Cómo nos enfrentamos a eso?

—Bueno —contestó Spencer, reclinándose en su silla. «Lo primero que tenemos que hacer es pasar desapercibidos. No debemos dejar que nos conozca mucha gente todavía. Al menos, no todavía. Cuanto más sigilosos seamos, mejor».

Asentí, comprendiendo. «De acuerdo, pero ¿y Chris? ¿No vais a tener que estar juntos para las cosas de la prensa?».

«Sí», dijo, con una sonrisa traviesa en el rostro. «Pero eso es diferente. Son solo negocios. Todo forma parte del trato».

«Entonces, ¿vamos a tener que andar a escondidas todo el tiempo y mantenerlo en secreto? No sé cómo me siento al respecto», admití. «Parece que será muy difícil mantener esto en secreto».

«Bueno, no será fácil, pero si tenemos cuidado y somos inteligentes, ABSOLUTAMENTE podemos hacer que funcione». Spencer también respiró hondo y extendió la mano para coger la mía.

—Ojalá pudiera quitarte todos tus miedos. Lo único que te pido es que confíes en mí esta vez».

«Sí, pero ¿y el resto del equipo y todos los del plató? ¿Cómo vamos a explicar que siempre estamos juntos?».

Spencer respiró hondo y lo soltó despacio. «Ésa es la parte difícil. Tendremos que tener mucho cuidado. Hablaré con Rebecca para ver si podemos llegar a un acuerdo».

«¿Qué hay que resolver?» pregunté, sintiendo aún los nervios en los dedos.

«Ya sabes, una tapadera, una excusa para estar juntos todo el tiempo. Algo que no levante sospechas».

«¿Cómo qué?»

Spencer se lo pensó un momento antes de esbozar una sonrisa.

«Les diremos que te he contratado como mi ayudante a tiempo completo. Así nadie se preguntará por qué estamos siempre juntos. Es la solución fácil. Solo por ahora».

«De acuerdo», asentí, mientras mi mente seguía dándole vueltas a la posibilidad de mantener nuestra relación en secreto. «Supongo que puedo hacerlo».

«De acuerdo», dijo Spencer, con una amplia sonrisa en el rostro. «Ahora vámonos de aquí. Te he echado de menos».

Pagamos rápidamente la comida y nos escabullimos por la puerta de la discoteca hasta un callejón donde nos esperaba el chófer de Spencer.

Sin previo aviso, Spencer me tendió la mano, me tiró hacia un rincón oscuro y me dio un beso apasionado. La sensación de sus labios sobre los míos fue como una descarga eléctrica. Sentí que su cuerpo se fundía con el de la actriz, como si fuéramos dos piezas de un puzle que por fin encajaban.

La boca de Spencer era caliente y exigente; su lengua exploraba la mía con avidez. Sentía que mi cuerpo respondía, que mi corazón se aceleraba y que mi respiración se aceleraba. Me perdí en el beso y el mundo que nos rodeaba se desvaneció.

Finalmente, Spencer se apartó, con los ojos oscuros y llenos de deseo. «Joder, nena, llevo todo el día deseando hacer eso».

Mis mejillas se sonrojaron y noté un hormigueo de anticipación en todo el cuerpo.

«Vamos», dijo, cogiéndome de la mano y conduciéndome al coche. «Volvamos a mi habitación. Tengo algunas cosas que quiero enseñarte».

Diez dolorosamente largos minutos después, regresamos al hotel.

Cuando llegamos a la habitación de Spencer, seguí a mi actriz y cerré la puerta. Spencer me cogió inmediatamente de la mano y me llevó hasta la cama, empujándome suavemente hacia el mullido colchón. Miré a Spencer, que me miraba con ojos llenos de lujuria, y se me aceleró el corazón.

«Ahora», dijo Spencer con voz grave y seductora. «Vamos a quitarte esta ropa».

Spencer empezó a desabrocharme lentamente la camisa, rozando la piel sensible de mi pecho con las yemas de los dedos. Se me cortó la respiración cuando se inclinó hacia mí y empezó a

besarme suavemente la clavícula. Dejé escapar un pequeño gemido cuando las manos de Spencer bajaron, desabrochándome los vaqueros y deslizándolos por las caderas.

«Spencer...», susurré, con el cuerpo dolorido por el deseo.

«Shhh», susurró Spencer, poniéndome un dedo en los labios. «Deja que me ocupe de ti».

Asentí con la cabeza, aún con los ojos cerrados mientras sus manos seguían explorando mi cuerpo. Notaba mi corazón latiendo con fuerza en el pecho cuando los dedos de Spencer se deslizaron por debajo de la cinturilla de las bragas, burlándose de mi excitación resbaladiza.

«Oh, Dios», jadeé, mientras mis caderas se agitaban involuntariamente.

Spencer sonrió perversamente, clavando sus ojos en los míos mientras sus dedos se deslizaban dentro de mi humedad. Gemí, arqueando la espalda mientras los dedos expertos de Spencer acariciaban mi sensible capullo.

Mi cuerpo se estremeció cuando me invadieron oleadas de placer y mi orgasmo aumentó rápidamente. Me aferré a Spencer y mis uñas se clavaron en su espalda.

«Spencer», grité, con el cuerpo retorciéndose de placer.

Spencer me besó profundamente, su lengua se unió a la mía mientras sus dedos aumentaban el ritmo. Mi cuerpo estalló de placer y mis gritos se amortiguaron con los besos de Spencer.

Los besos de Spencer se volvieron más suaves y sus dedos ralentizaron su ritmo mientras yo bajaba de la euforia. Respiraba entrecortadamente y notaba cómo me latía el corazón con fuerza en el pecho.

«Hostia puta», susurré, con el cuerpo hormigueando por las réplicas del orgasmo.

Spencer me sonrió satisfecho. «Murmuró, inclinándose y besándome el cuello. «Sabes delicioso».

Me reí, aún con el cuerpo tembloroso. «Guau», fue todo lo que pude decir.

«¿Te ha gustado?», preguntó Spencer con voz grave y seductora.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabra. Todas mis ansiedades de la noche se habían disuelto en éxtasis.

«Bien», dijo Spencer, sonriendo. «Porque hay mucho más de donde vino aquello».

Me dio un vuelco el corazón.

Me esperaba una noche maravillosa.

Chapter Sixteen

A la mañana siguiente, Spencer y yo nos despertamos temprano con el sonido de su teléfono sonando sin parar con notificaciones y llamadas consecutivas. Se dio la vuelta en la enorme cama y cogió el teléfono.

«Es Rebecca», susurró mientras se apartaba el sueño de los ojos.

«¿Qué quiere a estas horas de la mañana?», pregunté reprimiendo un bostezo. La noche anterior habíamos pasado una velada muy larga.

—Está aquí. Está abajo, en el vestíbulo. En el vestíbulo». Spencer se incorporó en la cama sobresaltada.

«¿Rebecca está abajo? ¿Ahora mismo?». No pude ocultar el pánico en mi voz.

«Sí», suspiró Spencer, pasándose una mano por el pelo. «Quiere subir a hablar».

«¿Contigo o con nosotros? ¿Qué quiere?»

«No estoy segura, pero no puede ser nada bueno». Spencer frunció el ceño y pude ver la preocupación en su rostro.

«¿Quieres que me quede mientras hablas con ella o prefieres que me vaya? «Ofrezco mi ayuda, intentando ser útil. Pero, sobre todo, quería participar en la conversación. Me gustaba formar parte del «equipo Spencer».

«No, no», insistió ella, negando con la cabeza. —No pasa nada. —No pasa nada. Deja que baje a ver qué quiere».

Asentí y la vi ponerse algo de ropa y dirigirse a la puerta.

«No te muevas. Vuelvo enseguida». Me dio un rápido beso en la mejilla antes de desaparecer por la puerta.

Esperé impaciente en la habitación del hotel, preguntándome qué quería Rebecca. Seguro que no era nada, ¿no? Quizá solo venía a ver a Spencer. Al fin y al cabo, era su representante.

Pero, si era así, ¿por qué no podían haber hablado por teléfono? ¿Por qué tenía que venir hasta el hotel?

No tenía ningún sentido.

Algo pasaba, y noté cómo se me hundía el estómago.

Tras lo que me pareció una eternidad, Spencer regresó con Rebecca a su lado. Su expresión era ilegible.

«¿Qué ha dicho?», pregunté con un tono de ansiedad evidente.

Spencer suspiró y negó con la cabeza. «Han cambiado los planes. Al parecer, los ejecutivos del estudio quieren probar una nueva estrategia. Creen que el marketing de guerrilla será más eficaz si los actores principales tienen una relación escenificada en el plató».

No podía creer lo que oía:

—¿Hablas en serio?

«Me temo que sí», suspiró Spencer, pasándose una mano por el pelo. «Intenté explicarles que no era una opción, pero al parecer, no les importa».

«¿Con quién te van a emparejar entonces?». Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

«Chris», se encogió de hombros Spencer.

«¿Chris King, tu coprotagonista?»

«Sí», dijo sacudiendo la cabeza. «Por lo visto, ya han hablado con él y está de acuerdo».

«¿Qué coño?»

«Lo sé», susurró ella. «Es una locura».

«Bueno, ¿qué vas a hacer?».

«¿Qué puedo hacer?»

Spencer se encogió de hombros. —Es mi trabajo. Por eso firmé. Tengo una cláusula de obligación con los medios en mi contrato y a los hombres de dinero del estudio no les gusta que les digan que no».

«Entonces, ¿vas a fingir que sales con Chris, tu coprotagonista?».

«Sí.

«¿Durante cuánto tiempo?»

«Hasta que acabe la película. Probablemente unos meses, como mucho».

Me quedé en silencio. No podía creer lo que estaba oyendo.

«Lo sé», suspiró, sacudiendo la cabeza. «Es una locura».

«Eso es decir poco».

«Mira, a mí tampoco me hace gracia. Pero no tengo elección. Es el trato. Forma parte del trabajo».

Me senté en la cama, con la mente a mil por hora. No podía creer lo que estaba pasando. No podía creer que, después de todo lo que habíamos compartido y vivido, ahora obligaran a Spencer a fingir que tenía una relación con otra persona. Era un puñetazo en el estómago y dolía.

«Lo siento, Lauren».

La miré y pude ver el dolor reflejado en sus ojos. A ella también le dolía. Esto tampoco era lo que ella quería.

«No puedo ni imaginar lo que debes de estar sintiendo ahora mismo».

Suspiré, negando con la cabeza. «La verdad es que ni siquiera lo sé. Es como si estuviera aturdida. Todo esto es surrealista. No es en absoluto lo que esperaba».

Sus palabras fueron como un cuchillo en mi pecho, atravesándome el corazón. Sabía que tenía razón, pero no quería aceptarlo. No quería enfrentarme a la realidad de nuestra situación.

«Lo sé», suspiré, «solo intento hacerme a la idea de todo esto. Es mucho que procesar».

«Entonces, ¿cuándo tiene que empezar esta falsa relación?», preguntó Spencer, dejándose caer en el sofá de la suite.

«Bueno, ahora que estamos trabajando con el equipo de Chris y también con su agenda, vamos a tener que ser flexibles. Este fin de semana le espera un bombardeo mediático en Nueva York, así que quieren que vayas, pases la cena y pases la noche con él delante de las cámaras. Habrá paparazzi en la puerta, algunas fotos rápidas de todos vosotros en el restaurante... Podrías estar de vuelta el lunes».

«¿Tengo que ir a Nueva York con Chris?». Spencer parecía consternada.

«Solo un día, sí. Luego volveréis los dos aquí y rodaréis juntos las últimas escenas. Habrá fotos filtradas en el plató y todo eso. Es el mejor plan que puede ofrecer el estudio. Quieren que la relación parezca real. Creen que la química entre vosotros dos ayudará a promocionar la película e impulsará la venta de entradas».

«¿Qué hay de malo en una relación de relaciones públicas estándar y falsa? Puede que haya una pelea en el plató o quizá Chris pueda fingirla con uno de los productores. Ya le ha funcionado a muchos actores y actrices», refunfuñó Spencer.

«Esto no es negociable», afirmó Rebecca. «Si quieres seguir jugando limpio con el estudio, tienes que hacer lo que te digan».

—Lo sé, lo sé. Es que... Esto es una locura».

«No es lo más loco que he oído, créeme. Y solo será por un tiempo. Después, podrás volver a tener tu vida normal. Se acabó la farsa».

Spencer asintió. Rebecca se levantó y recogió su bolso.

«Ahora te dejaré que hagas las maletas mientras organizo tu viaje. Intenta relajarte hasta entonces».

Rebecca se levantó y recogió su bolso.

«Ahora te dejaré que hagas las maletas mientras organizo tu viaje. Intenta relajarte hasta entonces». Rebecca suspiró y se dirigió hacia la puerta. «Todos lo superaremos. Solo son unas semanas. Acuérdate de sonreír a las cámaras y de pensar en la taquilla».

Y Rebecca se fue tan rápido como había llegado.

«Entonces, ¿qué estás pensando?», preguntó Spencer con tono sombrío cuando por fin volvimos a estar solos.

«No lo sé», respondí, negando con la cabeza. «Todo esto es muy complicado».

«Dímelo a mí».

«¿Qué vas a hacer?»

Spencer se encogió de hombros. «No lo sé. Supongo que tendré que hacer lo que me pidan. No tengo elección».

«¿Hay algo que yo pueda hacer?»

«No», respondió Spencer, negando con la cabeza. «Por desgracia, esto es algo con lo que tengo que lidiar yo sola. Aún eres nueva en esto. Solo lo complicarías todo».

«Pero quiero ayudar», protesté, no dispuesta a rendirme tan fácilmente.

«Lo sé», sonrió Spencer, cogiéndole la mano. «Y te lo agradezco. Pero ahora la mejor forma de que ayudes es que estés aquí, a mi lado».

«Puedo hacerlo.

—Bien —asintió Spencer. «Porque voy a necesitar todo el apoyo posible. Vamos a necesitar apoyarnos mutuamente para que este viaje no esté lleno de baches».

Se levantó y se acercó al borde de la cama, donde yo seguía sentada. Me cogió la mano y entrelazó nuestros dedos. Su contacto hizo que la electricidad recorriera ambos brazos y sentí que podía respirar hondo por primera vez desde que Rebecca había entrado en la habitación.

«¿Qué te parece si quedamos cuando vuelva? Una cita de verdad. Una cena y una noche fuera solos. Por favor. Quiero compensar el hecho de tener que pasar el fin de semana fuera».

«Eso suena increíble», contesté.

«Bien», murmuró Spencer, y su rostro se suavizó en una sonrisa. «Ahora tengo que hacer las maletas. ¿Quieres quedarte y hacerme compañía? Podemos pedir algo al servicio de habitaciones y darnos un baño reparador cuando acabe».

La oferta era tentadora, pero necesitaba un momento para procesar los últimos días. Necesitaba un momento para mí.

«Creo que debería irme a casa», suspiré. «Estoy cansada y hace tiempo que no voy. Probablemente debería registrarme y ocuparme de todas las cosas que he estado posponiendo la última semana».

Spencer asintió, aunque pude ver cierta tristeza en sus ojos. —Vale, lo comprendo. Lo siento, de nuevo, Lauren. Sé que es una situación extraña. Espero que no te haya asustado».

«En absoluto», susurré, intentando convencernos las dos de que era cierto. «Solo necesito descansar. Ha sido una semana muy larga».

«Vale, vale», suspiró de manera dramática y adorable. «Pero mándame un mensaje. Va a ser un fin de semana infernal y te echaré mucho de menos».

Me puso en pie, me besó rápidamente y caminamos juntas hacia la puerta.

«Te llamaré más tarde», le prometí, mientras me besaba por última vez.

Sus dedos rodearon mi cuello y me estrecharon con suavidad. Sus labios estaban firmes contra los míos mientras se despedía con la lengua.

Una parte de mí odiaba dejarla, pero sabía que necesitaba unos días para procesar todo lo ocurrido en tan solo una semana. Salí al pasillo y le lancé una última sonrisa. «Te veré el lunes. Solo un par de días».

«Solo un par de días», aceptó con una suave sonrisa. «Hasta pronto, Lauren».

«Hasta pronto, Spencer».

Cerré la puerta tras de mí, me apoyé en ella y solté un suspiro. Era como si se hubiera quedado con todo el aire de la habitación.

El pasillo me parecía frío y solitario sin ella, y sabía que, si no me iba ahora, llamaría a su puerta y volvería a caer en la cama.

Iban a ser unos días muy largos.

Chapter Seventeen

I drove around for an hour before I finally headed back to my apartment. I'd needed some time to clear my head, and blasting music with the windows down as I cruised back roads through town gave me just the fresh air I needed to think.

It was early evening when I arrived, and as soon as I stepped through the door, I was greeted by Julie and Allie, who were sprawled on the couch watching TV.

"Well, hello there!" Julie exclaimed, her eyes wide as I walked in. "Where have you been?"

"I was just out," I shrugged, trying to play it cool.

"Out? Out where?" Allie pressed, leaning forward.

"Just out," I repeated, shaking my head. "I just went for a drive."

"A drive? For two days?" Julie asked, her eyebrows raised skeptically. She turned towards Allie and fake whispered, "Lauren didn't come home last night. I think she was out on a date with someone."

"A date?!" Julie exclaimed. "It wouldn't have been with a particularly sexy actress, now would it?"

I wasn't in the mood to gossip. And, quite frankly, I wasn't ready to talk to either of my friends about Spencer just yet. At that moment, all I really wanted was to crawl into bed and rest.

"I was just working," I half fibbed. It was true that we had talked work, so it didn't full like a full-out lie.

"Working? What could you be doing with Spencer Wolf that would keep you out all night?" Allie asked, wiggling her eyebrows.

"Oh, come on," I groaned, rolling my eyes. "You guys know it's not like that."

"Not like what?" Julie teased. "Not like you're sleeping with a movie star?"

"No!" I exclaimed, my cheeks flushing red.

"Come on," Allie giggled. "You have to give us something! What's she like? Is she a good kisser?"

"No comment!" I shot back, my blush deepening. I turned and headed for my bedroom, eager to escape my friends' probing questions.

But, I knew I couldn't avoid them forever. I would have to tell them the truth eventually. They were my best friends, after all.

However, for now, I just wanted to enjoy the memory of my time with Spencer, before reality came crashing down on me again.

I flopped down onto my bed, my mind racing.

This was really happening. I was really dating a famous actress. I was really dating Spencer Wolf.

It seemed surreal. It felt like a dream.

I pinched myself to make sure I was awake.

Ouch.

Yep. Definitely awake.

I couldn't help but smile as I thought about the night before.

We'd spent the night exploring each other's bodies, learning what made the other tick, and it was magical. There had never been anyone like her before.

As I lay there in bed, I couldn't help but think about what our future might hold.

Would we be able to make our relationship work?

Or would the pressures of her job, and the spotlight that came with it, be too much for us to handle?

Only time would tell.

But, in that moment, I was hopeful.

Hopeful that we could make it work.

Hopeful that we could have a future together.

Hopeful that she was the one.

I fell asleep with visions of Spencer dancing through my mind.

Chapter Eighteen

A la mañana siguiente, me desperté sintiéndome renovada y con energías para afrontar el día. Había dormido bien y me sentía mucho mejor después de pasar una buena noche.

Cuando entré en la cocina, Allie y Julie me saludaron mientras tomaban café y desayunaban.

«Buenos días», murmuré, frotándome los ojos.

«Buenos días», contestó Julie, sonriéndome.

—¿Cómo has dormido?

«Como una roca», suspiré. «Estaba agotada».

«Pues habrás pasado una noche muy larga», bromeó Allie, sonriéndome.

«Basta», gemí, poniendo los ojos en blanco. «Sois imposibles».

«Entonces, ¿vas a contarnos qué ha pasado?», insistió Julie, con los ojos muy abiertos por la curiosidad.

«No ha pasado nada», respondí, negando con la cabeza. «Solo hablamos».

«¿Hablamos? ¿Durante dos días?»

«Bueno, también dormimos», aclaré.

«¿Juntos?»

«Sí, juntos», suspiré exasperada.

«Entonces, ¿no pasó nada más?»

Dudé. Sabía que si les decía la verdad, nunca lo dejarían pasar.

«No», dije finalmente, negando con la cabeza.

«Maldita sea», murmuró Julie, decepcionada.

«Tengo que decir que estoy un poco sorprendida», añadió Allie. «Pensaba que seguro que habría detalles más jugosos».

«Pues no los hay», respondí con tono cortante.

No pude evitar sentirme un poco molesta con mis amigas por presionarme para que hablara de mi relación con Spencer. Sabía que lo hacían con buena intención, pero aún no estaba preparada para compartir todos los detalles íntimos. Aún era demasiado nuevo y especial para mí.

«Vale, vale», suspiró Julie, levantando las manos en señal de rendición. «Dejaremos de hacer preguntas. Pero que sepas que cuando estés lista para hablar, estamos aquí para ti».

«Gracias», murmuré, suavizando el tono. «Gracias».

Me serví un café y me senté a la mesa con mis amigas. Sabía que solo se preocupaban por mí, pero aun así era demasiado para mí tan pronto. Quería disfrutar de mi tiempo con Spencer antes de tener que lidiar con la presión y las expectativas que conllevaba salir con un famoso.

Sorbí mi café y escuché a Julie y a Allie hablar de sus planes para el día. Era agradable oír hablar de cosas normales y corrientes. Me ayudaba a sentirme más segura y me recordaba que aún había una vida más allá de los focos.

En ese momento, recibí un mensaje de Spencer en el teléfono.

Tengo muchas ganas de volver a verte. Ya te echo de menos».

No pude evitar sonreír al leerlo. Sabía cómo hacerme sentir especial. Era una sensación a la que podía acostumbrarme.

Yo también te echo de menos», le respondí. El lunes no puede llegar lo bastante pronto. ¿Has llegado a Nueva York?

—Sí, acabo de llegar. Hace un frío que pela».

Me reí. Dicen que nevará más tarde. He mirado el tiempo.

—Estupendo. Justo lo que necesitaba. Echo de menos tu voz. ¿Puedo llamarte?

Ni siquiera había terminado de teclear mi respuesta cuando sonó el teléfono. Me levanté y entré en mi dormitorio en busca de intimidad.

«Lo siento, no he podido esperar». Acababa de volver a mi habitación y te echaba mucho de menos».

Imaginé a Spencer tiritando en el frío clima neoyorquino. Desearía estar allí con ella, dándole calor.

«Quédate dentro, donde hace calor. ¿Tienes una habitación de hotel lujosa?», me dijo.

«Sí, pero ya te echo de menos».

«Yo también te echo de menos. ¿Qué vas a hacer esta noche?

«He quedado con algunos miembros del reparto y los productores en un restaurante para cenar y tomar algo. Se supone que Chris me recogerá para que nos vean «llegando juntos», como seguro que dirán mañana los titulares».

«Suena divertido.

—No —dijo ella con firmeza—, suena a trabajo. Forma parte del trato. Esta película es un gran negocio para los dos y tengo que entrar en el juego, como a Rebecca le gusta recordarme. Pero la buena noticia es que el rodaje debería terminar a finales de mes, y entonces podremos disfrutar de verdad de nuestro tiempo juntos. Así que te llamaré cuando vuelva al hotel y podrás contarme todo sobre tu noche con las chicas. Tal vez puedas servirme una copa de vino y podamos hablar sucio».

Sonreí al pensar en lo mal que se me daría hablar sucio por teléfono. «No creo que resultara muy sexy por teléfono».

Pude oír una sonrisa en su voz mientras tarareaba. «Bueno, la práctica hace al maestro. Tendremos que dedicarle algunas horas para que te salga bien».

«Eso me suena a trabajo duro», bromeé.

«Oh, nena, lo es», respondió, y añadió: «Ahora vete y disfruta de tus amigos. Luego hablamos. Cuídate».

«Tú también».

«Adiós, nena. Colgó y yo apagué el móvil, sonriendo. Me hacía sentir como una colegiala otra vez. No podía borrar la sonrisa tonta de mi cara.

—¿Quién era? —preguntó Julie cuando volví a entrar en la cocina.

«Solo Spencer», respondí despreocupadamente.

«Pareces muy contenta de saber de ella», observó Allie con una sonrisa de satisfacción.

«Es divertido hablar con ella», me encogí de hombros, tratando de hacerme la interesante.

«Divertida, ¿eh? ¿Eso es todo?», insistió Allie, claramente insatisfecha con mi respuesta.

Suspiré:

—Mira, me gusta, ¿vale? Es dulce, divertida y encantadora. Y sí, lo admito, es emocionante salir con alguien famoso. Pero también soy realista. Aún no sé lo que significa para mí. ¿Y si solo soy una diversión en el plató?».

«Eso no lo sabes», intervino Julie con un tono sorprendentemente defensivo.

«Vamos», gemí, poniendo los ojos en blanco. «No soy idiota. Conozco el tema. Es una estrella de cine rica y con éxito. Yo solo soy una chica a la que conoció en un rodaje. No estoy loca».

«No eres una chica cualquiera», dijo Julie sacudiendo la cabeza. «Eres una zorra increíble y mala que se merece que la traten bien. Y si Spencer no puede verlo, es que es idiota».

«No es idiota, solo está... ocupada. Y está liada con las relaciones públicas de esta película. Al fin y al cabo, es Spencer Wolf».

«Lo sé», dijo Julie con tono comprensivo. «Pero eso no significa que tenga que tratarte como si fueras algo secundario».

«No lo hace, es que es complicado. Todo esto es nuevo para mí. Nunca había salido con nadie como ella».

«Lo sé», dijo Allie, sonriendo. «Pero puedes manejarlo. Al fin y al cabo, eres Lauren».

Sonreí ante sus palabras. «Gracias, chicas. No sé qué haría sin vosotras».

«Una pregunta de verdad: ¿has visto alguna de sus otras películas antiguas?», preguntó Julie.

Me quedé pensativa un buen rato, dándole vueltas al tema. Tenía que haber visto algo de Spencer en su carrera anterior, ¿no? Y, sin embargo, no se me ocurría ninguna más que su último éxito de taquilla.

«Supongo que no he visto ninguna», confesé avergonzada.

«¡Eso es totalmente inaceptable!». Julie fingió indignación. «Creo que eso responde a la pregunta de qué hemos planeado para el resto del día. Deberíamos hacer un maratón de películas de Spencer Wolf».

«¡Lo secundo!». Allie estuvo de acuerdo, y aplaudió con entusiasmo.

Yo puse los ojos en blanco. «Venga ya. No podéis hablar en serio».

«Oh, sí que hablamos en serio», dijo Julie, asintiendo con la cabeza. «Es hora de que te eduque en todo lo relacionado con Spencer Wolf».

«Vale», suspiré, levantando las manos en señal de derrota. «Hagámoslo. Pero si vamos a pasarnos todo el día sentados viendo películas, creo que necesitaremos algo para picar».

«Absolutamente de acuerdo», se rió Allie.

* * *

Una hora y un tentempié más tarde, llegó el momento de la maratón de películas de Spencer, que duró seis horas seguidas.

Los tres nos acomodamos en el sofá, listos para empezar el maratón. Empezamos con la primera película de Spencer, una historia de madurez sobre una joven que intenta encontrar su lugar en el mundo. Estaba magníficamente rodada e interpretada, y la actuación de Spencer me cautivó.

Este era el tipo de proyecto del que hablaba. El tipo de trabajo que solía hacer antes de que la encasillaran en el papel de «estrella de acción sexy». Me di cuenta de que en este trabajo había una pasión que ella no parecía tener, ni siquiera en nuestro plató actual.

«Es increíble», comentó Julie, con la mirada fija en la pantalla.

«Realmente lo es», coincidí, sonriendo.

«No puedo creer que seas tan amiga suya», exclamó Allie, moviendo la cabeza con incredulidad.

«Yo tampoco», me reí. «Es todo tan surrealista, sobre todo verla así en pantalla».

«Por cierto, ¿cómo va todo?», preguntó Julie apartando por fin la mirada del televisor para mirarme.

«Va... Bien», dije, asintiendo lentamente. «Realmente bien».

«Me alegro por ti», sonrió Allie, dándome una palmadita en el brazo. «Te mereces estar con alguien que te haga feliz, da igual el tipo de relación que todos vosotros, ilusos, intentáis fingir que es casual».

No pude evitar sonreír ante sus palabras. «Gracias, chicos. Os lo agradezco».

Me invadió una sensación de calidez. Era agradable saber que mis amigos apoyaban mi relación con Spencer, aunque fuera poco convencional.

«Entonces, ¿listos para la película número 2? Es un salto a la acción total y a las fotos de músculos sudorosos. Abróchate el cinturón. Se pone sexy», dijo Julie riéndose.

«Estoy listo», respondí, sentándome y preparándome para la siguiente película.

Empezó la película y nos sumergimos inmediatamente en un mundo de aventuras e intrigas lleno de acción. Me encontré al borde del asiento, mientras el personaje de Spencer corría contrarreloj para salvar el día.

Observé con asombro cómo saltaba de un edificio a otro, escalaba muros y derribaba a los malos con facilidad. Era una faceta completamente distinta de ella que no había visto antes, pero me cautivó.

Después de la película, los tres nos sentamos en silencio, asimilando todo lo que acabábamos de ver. Estaba claro que a todos nos había impresionado la actuación de Spencer.

«Vale, lo admito», dije por fin. «También estuvo bastante bien en esta película».

«¿Bastante bien?» se burló Julie.

«¡Estuvo increíble! Creo que nunca he visto a nadie moverse como ella en una película. Dios mío, estaba buenísima».

«Lo sé», coincidí. «Era como si hubiera nacido para interpretar ese papel».

Todos nos sentamos en silencio un momento, pensando en la asombrosa actuación que acabábamos de presenciar. Estaba claro que Spencer Wolf era una actriz con mucho talento.

«Entonces», dijo finalmente Allie, volviéndose hacia mí, «¿cuál es la siguiente película de tu lista?».

«Bueno, está la de acción, la comedia romántica, el thriller de espías, el drama ganador y nominado al Oscar, y luego esa en la que se desnuda mucho y se enrolla con un montón de otras mujeres», dije, consultando la lista de películas de Spencer que Julie me había ayudado a hacer ese mismo día.

«Ooh, ooh», dijo Julie entusiasmada. «¡Voto por la de desnudos!».

«Yo también», coincidió Allie, asintiendo con la cabeza. «Quiero ver hasta dónde está dispuesta a llegar por su arte».

Los tres nos reímos. No pude evitar emocionarme al pensar en ver el resto de las películas de Spencer. Me encantaba verla en la pantalla y quería saber más sobre la actriz con la que estaba saliendo.

Las horas siguientes fueron una mezcla de acción, romance y drama mientras veíamos el resto de sus películas.

Hubo una película que realmente me llamó la atención. Era una película tranquila e independiente que contaba la historia de dos personas de mundos diferentes que se enamoran. La química entre la actriz principal, que era ella misma, y el protagonista era palpable.

Era el tipo de papel para el que Spencer parecía estar destinada, y su interpretación fue electrizante. Aportaba a su personaje una profundidad y una complejidad cautivadoras. Era fácil entender por qué había ganado tantos premios por su interpretación.

Cuando pasaron los créditos, Allie y Julie no paraban de llorar. Nos quedamos en silencio unos instantes, asimilando la belleza y la emoción de la película.

«Ha sido increíble», dijo finalmente Allie, enjugándose una lágrima.

«Lo sé», coincidió Julie, moviendo la cabeza con incredulidad. «No puedo creer el talento que tiene Spencer. Es una actriz increíble».

Asentí con la cabeza, aún sin palabras después de verla. Nunca había visto nada igual. Era emotiva y cruda, y me conmovió de una forma que nunca antes había experimentado.

Me levanté y me estiré. «Bueno, no sé vosotros, pero yo me muero de hambre. ¿Qué os parece si comemos una pizza?».

«¡Sí, por favor!», exclamó Allie, con los ojos iluminados.

«¡Yo también!» añadió Julie, y añadió: «Y creo que nos la hemos ganado después de ver todas esas películas.

Las tres pedimos una pizza y nos acomodamos para ver más películas. Hablamos y nos reímos mientras devorábamos porción tras porción de delicioso queso. Fue una tarde perfecta, justo lo que necesitaba. Me sentí relajada y feliz mientras pasaba tiempo con mis dos mejores amigas.

Chapter Nineteen

Unas cuantas rondas de copas más tarde, justo cuando estábamos a punto de darle al play en otra película centrada en Spencer, el teléfono de Julie empezó a vibrar.

«Joder, chica», comenté, «¿quién te está contando todo esto?».

«No lo sé», respondió Julie, y se dirigió a la habitación para coger su teléfono. «Pero ese no es mi tono de texto. Es el tono de alerta de mi aplicación de noticias. Qué raro».

«¿Cuál es la noticia de última hora?», preguntó Allie con impaciencia.

Julie miró el móvil en silencio durante unos instantes. Su dedo se desplazó aparentemente noticia tras noticia. Y en todo ese tiempo, no dijo ni una palabra.

Algo pasaba.

Allie también debió de notarlo, porque se levantó y cruzó la habitación hacia Julie.

—¿Qué pasa, Jules? Déjame ver».

Julie inclinó el teléfono hacia Allie y las dos mujeres se acurrucaron para leer los titulares.

«Oh», dijo Allie, tragando saliva.

«¿Qué pasa?» pregunté. Esto se estaba poniendo raro.

—Venga, chicas. ¿Qué estáis mirando?

—Es Spencer... Parece que ella y Chris King tienen una cita en Nueva York. Hay fotos de ellos saliendo de un hotel, yendo a cenar con él rodeando su cuello y volviendo al hotel».

Mis dos amigas me miraron expectantes. No tenían ni idea de que yo sabía que solo era relaciones públicas y no estaba segura de estar en condiciones de decírselo todavía. Así que me limité a encogerme de hombros.

«Sí, están en Nueva York haciendo algunas paradas en la gira de prensa. Creo que todo el equipo de producción salió después a cenar y a tomar unas copas», susurré.

«Esto parece mucho más que una cena de producción», resopló Julie en voz baja. «Tiene las patas por todas partes. Mira».

Extendió la mano y me puso las imágenes delante de los ojos.

Le cogí el teléfono y me encontré inmediatamente con toda una presentación de diapositivas de fotos borrosas de paparazzi de Spencer y Chris saliendo por la puerta trasera de un restaurante. Los titulares no podían ser más sensacionales.

«Spencer Wolf y Chris King: ¿un romance en el plató? Los tortolitos de Hollywood se ven muy unidos tras una cena romántica en Nueva York».

«Spencer y Chris: ¿un ITEM? El dúo de Hollywood pillado besuqueándose tras una noche de fiesta en la ciudad».

«Spencer y Chris: ¿la segunda venida de Brangelina? Los actores más poderosos de Hollywood han sido vistos juntos fuera de horario».

Tenía que admitirlo, tenía mala pinta. Sentí una punzada de celos al hojear las fotos. Ver a la mujer con la que había pasado la mayor parte de las últimas seis semanas en la cama, ahora en brazos de otra persona, me revuelve las entrañas. Noté que se me secaba la boca mientras recorría las imágenes.

«Uh, ¿sabías algo de esto?», preguntó Julie, subiendo al sofá para ver mejor el teléfono.

«Sí», respondí, esforzándome por mantener la voz firme. No quería que mis amigos supieran que estaba al corriente del plan de la noche y que lo seguía sin rechistar. De repente, me parecía vergonzoso.

Las dos nos miraban atentamente mientras examinábamos esas fotos escandalosas en nuestros teléfonos.

«Seguro que no es lo que parece», susurró Allie.

«No veo qué otra cosa podría ser», se burló Julie.

«Esta noche han celebrado una fiesta con el director y los productores», respondí, ignorando la broma de mi amiga. «Han sido ellos mismos los que han llamado a los fotógrafos. Es algo de marketing para la película».

«¿De verdad funciona así?», preguntó Allie.

«Supongo que sí», respondí encogiendo los hombros. Justo cuando estaba hojeando el quinto artículo seguido, mi teléfono se iluminó con el nombre de Spencer. Con muchas ganas de hablar con ella, me levanté en silencio con mi mejor bostezo falso y dije: «Creo que voy a dar por terminada la noche».

«Creo que alguien acaba de recibir una llamada de control de daños», se rió Julie.

«Y yo creo que te has tomado demasiados margs», suspiré.

—En serio, me voy a la cama, que nadie se preocupe.

Con eso, me dirigí a mi dormitorio antes de que la llamada de Spencer pasara al buzón de voz.

«Hola», fue todo lo que pude decir al contestar.

«Hola, nena», susurró su voz desde miles de kilómetros de distancia. «Espero no alejarte de tus amigos».

«No», me reí entre dientes. «De hecho, llegaste en el momento perfecto. El teléfono de Julie se volvió loco cuando cayeron las fotos tuyas con Chris».

«Mierda», suspiró. «¿Ya las han subido? Te juro que cada día las suben más rápido».

«Oh, sí. Definitivamente están ahí fuera». Me metí en la cama e intenté no preocuparme por la distancia que nos separaba en aquel momento.

Hubo un momento de silencio en la otra línea mientras oía a Spencer revolviendo en su extremo.

«Vaya», contestó por fin. «Estas fotos les han salido muy rentables. Seguro que Chris se puso un poco cachondo. Dios mío, Lauren, siento mucho que te hayan bombardeado con eso».

«Sí, sí». Era todo lo que me quedaba. «Quiero decir, sabía que iba a pasar. Eso no quita que sea una mierda ver el nombre de mi novia por todas las redes sociales con un tío cachas».

«Novia, ¿eh?

Hubo un momento de silencio mientras me daba cuenta de lo que acababa de decir. Habíamos intercambiado algunas palabras, pero esto era algo diferente y no podía decir si me había excedido.

«Bueno, no sé qué otra palabra utilizar», admití. «¿Qué te parece?»

«Creo que adoro el término 'novia' para nosotras». Pude oír la sonrisa en su voz y me pregunté si ella podría oír mi propia sonrisa de satisfacción a través del teléfono.

«Solo un par de amigas que tienen que fingir que una de ellas tiene una relación con un novio sexy de Hollywood», suspiré. Las palabras me salieron más frustradas de lo que esperaba.

«Babyyyy», gimió Spencer con tristeza. «Estás enfadada conmigo, ¿verdad?».

—No, no. No lo estoy. Solo estoy... algo. No lo sé. Probablemente estoy cansada y un poco borracha».

Era verdad. No estaba enfadada con Spencer. Por mucho que me incomodara la situación, no podía enfadarme. Solo estaba triste.

«¿Puedo compensarte? Puede que el ambiente no sea el adecuado para la noche sexy que tenía en mente, pero ¿y si leo? Ya es hora de que te devuelva el favor».

El corazón me dio un vuelco mientras me acurrucaba bajo las sábanas y me dejaba llevar por Spencer, retomando la lectura de mi libro favorito donde lo habíamos dejado. Su voz era tan suave y tierna. Su interés por mis pasiones era evidente.

Esa era la Spencer de la que me estaba enamorando.

Y justo cuando me di cuenta de lo mucho que me estaba enamorando, me dormí con la voz de Spencer en los oídos.

Chapter Twenty

El resto del fin de semana pasó volando y, antes de darme cuenta, era lunes por la mañana. Me levanté temprano, ansiosa por ir a trabajar y volver a ver a Spencer. Tenía muchas ganas de verla después de haber estado separados todo el fin de semana.

Cuando llegué al hotel, subí a la suite de Spencer. Cuando entré en la habitación, me saludó con una sonrisa.

«Hola, tú», dijo, con los ojos brillantes.

«Hola», contesté, sonriendo como una idiota.

Nos quedamos mirándonos unos instantes.

«Te he echado de menos», dijo por fin con voz grave y ronca.

«Yo también te he echado de menos», respondí, con el corazón acelerado.

Se acercó un paso más, acortando la distancia que nos separaba. Me cogió la mejilla con la palma de la mano y me miró a los ojos.

«Llevo todo el fin de semana pensando en ti», murmuró, acariciándome la piel con el pulgar.

—¿De verdad?

«Oh, sí», susurró. «Y ahora por fin estás aquí».

Se inclinó y apretó los labios contra los míos con un beso suave y dulce. Me dio un vuelco el corazón y sentí que flotaba.

Me rodeó la cintura con el brazo y me tiró de ella. Nuestros cuerpos se apretaron y sentí el calor de su piel a través de la ropa.

Le rodeé el cuello con los brazos, saboreando la sensación de su cuerpo contra el mío. Sacó la lengua y me lamió el labio inferior, y yo abrí la boca para dejarla entrar.

La cabeza me daba vueltas mientras su lengua exploraba mi boca. Sabía a menta y a algo completamente suyo. Era embriagadora.

Su mano se deslizó por mi espalda, provocándome escalofríos. Enredó los dedos en mi pelo y tiró suavemente, echándome la cabeza hacia atrás. Gemí mientras me besaba a lo largo de la mandíbula y por el cuello.

Noté cómo me aceleraba el pulso cuando se acercó a mi oreja. Sentí que se me aceleraba el pulso cuando sus labios volvieron a acercarse a mi oreja. Me mordisqueó el lóbulo antes de susurrarme al oído: «Te deseo, Lauren».

Sentí una sacudida de deseo entre las piernas. «Yo también te deseo», susurré con la voz ligeramente temblorosa.

Se apartó y me miró a los ojos. «¿Estás segura?

—respondí, con la voz apenas por encima de un susurro.

Me cogió de la mano y me llevó a la cama. Se sentó y me subió a su regazo para que me sentara a horcajadas sobre su pecho. Volvió a besarme, con sus labios suaves y cálidos contra los míos.

Me subió las manos por los muslos y las metió bajo la falda, rozándome las bragas con los dedos. Gemí cuando empezó a acariciarme a través de la tela fina.

«Estás muy mojada», murmuró, con su aliento caliente sobre mi piel.

Solo pude responder con un gemido cuando deslizó los dedos por debajo de las bragas y me tocó. Rodeó mi clítoris y envió ondas de placer por todo mi cuerpo. Jadeé cuando me metió dos dedos y su pulgar seguía frotándome el clítoris. Me agarré a sus hombros y mis uñas se clavaron en su piel.

Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás mientras ella seguía acariciándome, acercándome cada vez más al límite.

La presión en mi interior aumentaba y me sentía al borde del orgasmo. Miré a Spencer a los ojos y me sonrió con una expresión llena de deseo.

«Ven por mí, Lauren», susurró con voz ronca.

Y así lo hice. Me corrí con fuerza, con el cuerpo temblando mientras las oleadas de placer se abatían sobre mí. Grité, hundiendo la cara en su cuello mientras soportaba las últimas oleadas del orgasmo.

Cuando recuperé el aliento, levanté la cabeza para mirar a Spencer. Me sonrió, con los ojos brillantes.

«Ha sido increíble», susurré.

«Lo ha sido», asintió ella, apartándome un mechón de pelo de la cara.

Nos quedamos un momento sentados, mirándonos. Luego volvió a besarme, con labios suaves y dulces. Me sumí en su beso y mi cuerpo ansiaba más.

Se apartó suavemente y me esbozó una sonrisa.

«Supongo que deberíamos prepararnos para nuestra cita nocturna», dijo bajando la voz. «He planeado para nosotros toda una velada que va mucho más allá de las paredes de este hotel».

«Eso suena emocionante», murmuré, todavía un poco sin aliento. «También ha sido el mejor comienzo de una cita que he tenido nunca».

«Bien», dijo, inclinándose para besarme una vez más.

Me derretí contra ella, saboreando la sensación de sus labios sobre los míos. Rompió el beso y se puso en pie, tirando de mí.

«Ahora déjame que te ponga algo», dijo, acercándose al armario y abriéndolo.

Sacó un precioso vestido rojo y me lo dio.

«Es precioso», exclamé, pasando los dedos por la tela sedosa.

«Creo que te quedará muy bien», respondió sonriendo.

«Gracias», dije, cogiendo el vestido.

—De nada. Ahora ve a cambiarte», me ordenó, empujándome suavemente hacia el baño.

Hice lo que me dijo y me puse rápidamente el vestido. Me quedaba perfecto, resaltaba mis curvas y me hacía sentir sexy. Me miré en el espejo, girando a un lado y a otro, y admiré lo bien que me quedaba.

Salí del baño y la encontré vestida con un traje negro y una camisa blanca. Estaba impresionante y no pude evitar mirarla.

«Vaya, estás increíble», dije con la voz apenas por encima de un susurro.

«Tú también», respondió ella con voz ronca. «Ese vestido te queda increíble».

Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta. Salimos de la habitación del hotel y bajamos al vestíbulo. Mientras caminábamos, me di cuenta de que todo el mundo parecía observarnos. Era una sensación extraña, pero intenté ignorarla.

Cuando llegamos, vi que una limusina nos esperaba. El conductor nos abrió la puerta y subimos.

En cuanto se cerró la puerta, noté que Spencer me rodeaba la cintura con el brazo y me tiraba de ella.

«Hola —murmuró, con los labios a escasos centímetros de los míos—.

«Hola —respiré, con el corazón acelerado.

Se inclinó hacia mí y me besó; sus labios, suaves y cálidos, se unieron a los míos. Sentí que me daba vueltas cuando su lengua se introdujo en mi boca. Enredé los dedos en su pelo y la acerqué más. Sentía que no podía saciarme de ella.

El conductor tosió discretamente desde detrás de la mampara que bloqueaba el asiento delantero y nos separamos, ambos sin aliento. Nos sonreímos mientras la limusina se acercaba al restaurante.

El conductor salió, nos abrió la puerta y salimos al aire fresco de la noche. Había unos cuantos paparazzi merodeando fuera, pero parecían más interesados en los famosos que llegaban que en nosotros.

Spencer me cogió de la mano y me guió hacia el interior. La camarera nos saludó y nos indicó dónde estaba nuestra mesa. Estaba escondida en un rincón privado, cosa que agradecí. No quería compartir nuestra velada con nadie.

Nos sentamos y miramos el menú. Al cabo de unos minutos, el camarero vino a tomar nota.

«¿Qué quieres, Lauren?», preguntó Spencer.

«Yo pediré el filete», contesté. «Y un vaso de vino tinto, por favor».

«Creo que las dos tomaremos lo mismo», me dijo sonriéndome.

El camarero asintió y nos dejó solos.

«Este sitio es bonito», comenté, observando la elegante decoración.

«Lo es», asintió Spencer. «He estado aquí varias veces y la comida siempre es buena».

Charlamos mientras esperábamos la comida. Cuando llegó, la devoramos con hambre. El filete estaba delicioso y la guarnición de vino era perfecta.

Mientras comíamos, hablamos y reímos, disfrutando de la compañía del otro. Parecía como si nos conociéramos desde hacía años, no solo desde hacía unas semanas.

Cuando terminamos de comer, Spencer pidió otra ronda de bebidas. Nos sentamos y bebimos un sorbo de vino con la mirada fija en la otra persona.

El restaurante se había vaciado, salvo por los camareros, a quienes se había ordenado que nos dejaran intimar, y la música había cesado.

«¿Quieres bailar?», preguntó Spencer con voz grave y ronca.

«Sí —respiré, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Se levantó y me tendió la mano. La cogí y nos dirigimos a la pista de baile. Empezamos a balancearnos al ritmo de la música, con nuestros cuerpos pegados.

La miré y sonreí: «Nunca había bailado con una mujer».

«Me cuesta creerlo», murmuró, con los ojos oscuros y llenos de deseo.

«Es verdad, eres la primera».

Sonrió, con los ojos brillantes de diversión.

«Me siento honrada», dijo.

Seguimos bailando, con nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. Me abrazó, con las manos apoyadas en la parte inferior de mi espalda. Sentía el calor de su cuerpo a través del vestido y no pude evitar abrazarla más fuerte.

Apoyé la cabeza en su hombro y aspiré su aroma. Olía a lavanda y a algo más, a algo propio de ella. Era embriagador.

Sentí un cosquilleo de deseo en el vientre mientras bailábamos. Nunca había sentido algo así por nadie y eso me excitaba y me asustaba a la vez. Sabía que Spencer era peligroso, pero no podía evitarlo.

La canción llegó a su fin y levanté la cabeza para mirarla. Me sonrió, con los ojos llenos de emoción.

«Lauren», dijo suavemente, con voz ronca. «Eres muy guapa».

Me sonrojé y aparté la mirada. Su mano me cogió la barbilla y giró suavemente mi cara hacia ella.

«No apartes la mirada», murmuró. «Quiero ver tus preciosos ojos».

La miré, con el corazón latiéndome en el pecho.

«Me haces sentir cosas que nunca había sentido antes», susurré con la voz ligeramente temblorosa.

«Lo sé», suspiró ella, acariciándome la mejilla con los dedos. «Yo también lo siento».

Se inclinó y me besó, dejando que sus labios suaves y cálidos se unieran a los míos. Mi corazón palpitó al saborearla. Me acercó más y sus manos se deslizaron por mi espalda. Sentí que me fundía con ella. Nunca me había sentido así.

Quedamos allí, abrazados, con los cuerpos pegados. No quería que aquel momento acabara nunca.

Spencer debió de leerme la mente, porque se inclinó hacia mí y me susurró al oído: «¿Estás lista para la segunda parte de la noche?».

«¿«Parte 2»?» pregunté con una sonrisa. Esa ya era la cita más increíble en la que había estado nunca, y no podía imaginar cómo Spencer podría hacerla aún mejor. «¿En qué consiste la segunda parte?».

«Oh, es una sorpresa», bromeó Spencer. «Pero necesitarás cambiarte de ropa antes de ir».

«¿Un cambio de ropa?», pregunté.

«Sí», respondió él riéndose. «Tengo otra ropa para ti».

«Creo que podría hacerlo», respondí sonriendo. «Solo tienes que guiarme».

Spencer me sacó de la pista de baile y me llevó por una puerta lateral. Caminamos por un largo pasillo poco iluminado hacia la limusina antes de acelerar en dirección a la suite de Spencer para intercambiar vestuario. Era increíble lo mucho que había planeado todo.

En la sala de estar había un perchero con ropa y un espejo de cuerpo entero.

¿Cuándo había tenido tiempo de hacer algo así?

Spencer cerró la puerta y se volvió hacia mí.

«Vale», susurró con voz baja y ronca. «Veamos qué podemos encontrar para que te pongas».

Empezó a rebuscar en el perchero buscando algo que me quedara bien. Me quedé mirándola, con el corazón acelerado. La tensión en el aire era palpable.

Al cabo de un momento, Spencer se volvió hacia mí y me mostró un vestido negro muy corto.

«¿Qué te parece este?», preguntó con un brillo perverso en los ojos.

«Es...». Tartamudeé, notando de repente que se me secaba la boca.

Spencer se rió suavemente.

«Vamos —dijo cogiéndome la mano—, vamos a ver cómo te queda.

Me llevó hasta el espejo de cuerpo entero y me puso el vestido.

Me miré en el espejo y me sorprendió ver que me quedaba bien. Sentí un cosquilleo de deseo en el vientre al imaginarme llevando el vestido con Spencer a mi lado.

«Creo que te quedará perfecto», me dijo con voz grave y ronca.

Me estremecí y noté que se me ponía la piel de gallina en los brazos.

«Vale», dije con la voz apenas por encima de un susurro.

«Toma», murmuró, tendiéndome el vestido. —Puedes probártelo.

Cogí el vestido y empecé a quitarme la camisa. Me temblaban levemente las manos mientras tanteaba los botones. Sentía que me observaba y me sonrojé.

Mientras me quitaba la ropa, noté que los ojos de Spencer recorrían mi cuerpo. Sentí una sacudida de deseo en el vientre mientras me observaba.

Cuando estuve completamente desnuda, me quedé de pie ante ella, con el corazón latiéndome a toda velocidad.

Dio un paso hacia mí, con los ojos oscuros y llenos de deseo.

«Eres tan hermosa, Lauren», susurró, con la voz ronca por la emoción.

Sentí una oleada de confianza al oír sus palabras. Me acerqué a ella y acorté la distancia que nos separaba. Podía sentir el calor de su cuerpo, incluso a través de la ropa. Me miró y sus ojos

se encontraron con los míos. Le sonreí y me incliné hacia ella, rozando sus labios. Noté que inspiraba bruscamente cuando la besé y me rodeó la cintura con los brazos, tirando de mí. Sentí una descarga eléctrica cuando nuestros cuerpos se apretaron. Era embriagador. Le pasé las manos por la espalda, enredando los dedos en su pelo. Ella profundizó el beso y su lengua exploró mi boca. Gemí suavemente cuando bajó las manos para acariciarme el culo.

Volví a besarla con avidez. Ella respondió y sus manos recorrieron mi cuerpo explorándolo todo. Me acarició el pecho y su pulgar rozó el pezón, provocándome una sacudida de placer. Gemí suavemente, apretándome a ella, sintiendo la necesidad de estar más cerca.

Me empujó suavemente hacia atrás hasta que noté la pared contra mi espalda. Me inmovilizó contra ella, con su cuerpo pegado al mío. Podía sentir su excitación, y eso me excitaba aún más.

Me besó profundamente y su lengua exploró mi boca. Me invadió el deseo.

Su mano se deslizó entre mis piernas y me acarició suavemente con los dedos. Gemí cuando me tocó, mi cuerpo temblaba de necesidad.

Me besó en el cuello y me acarició la piel con la lengua. Jadeé cuando me dio un mordisco en la clavícula y sujeté su pelo con las manos.

Continuó acariciándome y sus dedos se deslizaron fácilmente sobre mi humedad. Gemí y mis caderas se agitaron contra su mano.

Deslizó dos dedos dentro de mí, enroscándolos hasta llegar a ese punto que me volvía loca. Grité y caí con la cabeza contra la pared. Apretó su cuerpo contra el mío, inmovilizándome contra la pared, mientras me metía los dedos y su pulgar me rodeaba el clítoris con cada caricia.

Estaba al borde del abismo, mi cuerpo temblaba mientras me aferraba a ella. La miré y nuestros ojos se cruzaron. Su mirada era intensa, llena de deseo y necesidad. Era demasiado para mí. Cerré los ojos, incapaz de seguir mirándola.

«Mírame, Lauren», murmuró.

Abrí los ojos y volví a mirarla. Me sonrió, con los ojos oscuros y llenos de deseo.

«Ven por mí, Lauren», susurró con voz ronca.

Me deshice. Mi cuerpo se estremeció cuando me invadieron oleadas de placer. Grité, clavándole las uñas en los hombros mientras soportaba las últimas oleadas de placer.

Me desplomé contra ella, con las piernas temblorosas.

Dos veces.

En una cita increíble.

En una cita increíble.

¿Cómo era posible que esto fuera real?

Me rodeó con sus brazos, estrechándome. Aspiré su aroma, sintiéndome segura y protegida en su abrazo.

Me besó en la frente y permanecimos en silencio durante unos instantes. Me bastaba con que me abrazara, pero un pensamiento persistente no me dejaba en paz.

Levanté la cabeza para mirarla y ella me sonrió.

«¿Qué pasa, nena?»

«No me puedo creer lo increíble que ha sido esta noche», susurré.

«Y aún nos queda toda una segunda parte por delante», dijo sonriendo.

—Venga, vamos a elegirte un conjunto de verdad. El último era, sobre todo, para mi propio beneficio».

«Así que me engañaste con el vestido sexy», bromeé, besándole la mejilla arrugada por la risa.

«No te engañé, solo quería un pequeño desfile de moda», me respondió Spencer guiñándome un ojo.

«Debería haber unos vaqueros y una camiseta mucho más adecuados apilados junto a los vestidos. No pude resistirme a verte dentro... y fuera... de uno de esos».

«Ya veo», dije, dándole un beso en los labios.

Cuando me aparté, su mano salió disparada y me agarró la muñeca.

«No te librarás tan fácilmente», murmuró, con los ojos brillantes.

Se acercó y sus manos se deslizaron por mi espalda. Me besó, sus labios suaves y cálidos contra los míos. Sentí una sacudida de deseo en el vientre cuando profundizó el beso y su lengua exploró mi boca.

Enredé los dedos en su pelo y la atraje hacia mí.

«¿De verdad no vas a decirme adónde vamos ahora?», pregunté, frunciendo levemente el ceño.

«Ni siquiera una insinuación», respondió con un picotazo. «Ahora vístete. El coche está listo abajo y no queremos hacer esperar a Raúl».

Quince minutos después, estábamos en el coche.

* * *

Mientras conducíamos, no pude evitar preguntarme qué más había planeado Spencer para esa noche. Estaba completamente desconcertada por lo increíble que había sido la cita hasta ese momento. Nunca había experimentado nada igual.

Llegamos a una bolera y Spencer me guió hasta el interior. Había alquilado todo el local y éramos los únicos que estábamos allí. Era un poco extraño, pero también emocionante.

«Pensé que podríamos divertirnos aquí», me explicó. «Los bolos son geniales».

«Eso parece», acepté.

Se acercó a las bolas de bolos y me eligió una. Me la dio y me sorprendió lo pesada que era.

Me ayudó a ponerme las zapatillas y me llevó a la pista.

«Deja que te ayude», me dijo, acercándose por detrás.

Me guió por los movimientos de los bolos, tocándome suavemente con las manos mientras me enseñaba a mover la bola. No pude evitar sentir una oleada de deseo cuando me rodeó con sus brazos. Estaba tan cerca que podía oler su perfume, un aroma sutil que me embriagaba.

Respiré hondo y me concentré en los bolos del final de la pista. Moví la bola y la solté en el momento justo. La bola rodó por la pista y golpeó los bolos, derribándolos todos.

«Bien hecho», me dijo Spencer, sonriéndome.

Me volví para mirarla y nuestros ojos se encontraron. Había una chispa entre nosotras, una conexión que no podía negar.

Me sentía atraído por ella de una forma que no podía explicar. Sentía como si la conociera desde hacía años, aunque acabáramos de conocernos. Me resultaba familiar, como una vieja amiga.

Caminé hacia el punto de retorno de la pista, intentando orientarme. Tenía el corazón acelerado y me sentía un poco mareado. Necesitaba calmarme y centrarme en el partido.

Al cabo de unos segundos, los dos estábamos en la zona. Ella se reía y yo le seguía el ritmo.

Después de unos cuantos fotogramas, los dos estábamos en la zona. Ella se reía y yo le seguía el ritmo.

«Cuéntame más cosas de tu infancia», le pedí mientras hacía otro strike.

«No hay mucho que contar, la verdad», dijo encogiéndose de hombros.

«Tiene que haber más que eso», insistí mientras se acercaba a devolver la bola.

Se detuvo un momento antes de jugar su ronda. No fue hasta que se volvió hacia mí cuando empezó a hablar con seriedad.

«Cuando era más joven, teníamos una granja enorme en la finca de mis abuelos. Era el lugar perfecto para ser niño. Teníamos todo tipo de animales que cuidar y mis padres me dejaban sacar a pasear a los caballos de vez en cuando».

Empezó Spencer, con las palabras fluyendo libremente pero en voz baja.

Nunca la había oído hablar tan abiertamente de su pasado, y resultaba refrescante. Guardé silencio y la dejé continuar.

«De joven era muy tímida y a mis padres les preocupaba que no tuviera muchos amigos. Pero a mí no me importaba en absoluto. Pasaba la mayor parte del día leyendo libros en el granero o

explorando los campos. Los veranos siempre fueron mi estación favorita porque podía pasarlos allí fuera».

Hizo una pausa y una suave sonrisa se dibujó en su rostro al recordarlo. Era adorable verla abrirse así. Parecía una niña otra vez, contando esas historias de su infancia.

No podía dejar de mirarla. La observaba. La observaba en ese momento tan tierno.

Tenía la mirada fija en ella.

Spencer se acercó y se puso a mi lado, rozándome con el brazo. Me estremecí; un cosquilleo me recorrió la columna vertebral.

«¿Estás bien, Lauren?», preguntó con un deje de preocupación en la voz.

«Estoy bien», logré balbucear. —Es que... Me ha gustado mucho oírte contar esa historia».

La miré y me sorprendió ver un brillo de diversión en sus ojos. Lo estaba disfrutando.

«¿Necesitas un minuto?», preguntó con voz grave y ronca.

Asentí, incapaz de hablar. Extendió la mano y me tocó la mejilla; sus dedos me acariciaron suavemente la piel. Cerré los ojos, saboreando la sensación de su tacto.

«Lauren. Su voz era suave, pero insistente.

«Hmm...», murmuré.

«Mírame.

Esa frase se había convertido en la de la noche y me encantaba.

Joder, creo que me encantaba.

Abrí los ojos y la miré. Sus ojos estaban oscuros de deseo y sentí una oleada de calor en lo más profundo de mi vientre. Se inclinó hacia mí y rozó sus labios con los míos, provocándome escalofríos de placer.

Cerré los ojos y me incliné hacia su beso, mientras mi cuerpo respondía a sus caricias.

Me rodeó con los brazos, acercándome, y pude sentir el calor de su piel a través de la ropa. Pasé las manos por su espalda, enredando los dedos en su pelo. Sentía que no podía acercarme lo suficiente.

La tensión entre nosotros era eléctrica y sentí una oleada de deseo en el vientre.

Se apartó dejándome sin aliento y con ganas de más.

«¿Estás lista para jugar a los bolos?», preguntó con voz ronca.

—Sí —respire, con la voz ligeramente temblorosa.

Me moría por ella, pero sabía que primero teníamos que terminar el partido.

Me acerqué a devolver la pelota y Spencer me siguió. Cogí mi bola e intenté concentrarme en los bolos del final de la pista. Me temblaban las manos mientras preparaba el tiro. Respiré hondo

y lancé la bola en el momento justo. Rodó por la pista y golpeó los bolos, derribándolos a todos.

Me volví hacia Spencer y le sonreí:

—¡Strike!

«Buen trabajo», me dijo sonriente.

Me acerqué a ella y me coloqué frente a ella, con nuestros cuerpos a escasos centímetros de distancia.

«Creo que empiezo a cogerle el truco a esto», susurré, mirándola.

Extendió la mano y me acarició la mejilla con la palma. «Aprendes rápido».

Cerré los ojos y me incliné hacia ella, saboreando la sensación de su piel contra la mía.

«Me haces sentir cosas que nunca antes había sentido», susurré con la voz ligeramente temblorosa.

Se inclinó hacia mí y rozó sus labios con los míos, provocándome escalofríos de placer.

Cerré los ojos y le devolví el beso; mi cuerpo respondía a sus caricias.

Me rodeó con los brazos, acercándome, y pude sentir el calor de su piel a través de la ropa. Pasé las manos por su espalda, enredando los dedos en su pelo. Sentía que no podía acercarme lo suficiente.

La tensión entre nosotros era eléctrica y sentí una oleada de deseo en el vientre.

Se apartó dejándome sin aliento y con ganas de más.

«¿Qué te parece si volvemos al hotel después del partido?», preguntó pasándome el pulgar por la frente.

«¿Qué te parece si asumimos que vas a patearme el culo una vez más y nos vamos ahora mismo?», susurré.

«Coge tus cosas y vámonos, nena», sonrió y me dio un beso.

Chapter Twenty-One

Volvimos al hotel después de jugar a los bolos y, en un acalorado silencio, Spencer me condujo a su suite. Sin mediar palabra, abrió la puerta y me hizo pasar.

Me acerqué a las ventanas y contemplé la ciudad. La vista era impresionante y no pude evitar sonreír al recordar lo nerviosa que me había puesto hacía solo unas semanas, cuando contemplé aquel paisaje por primera vez. Habían cambiado tantas cosas en solo un mes.

Sentí una mano en el hombro y vi que Spencer aparecía a mi lado con las bebidas. Me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en mi hombro.

«Precioso, ¿verdad?», susurró.

«Sí, lo es», respondí con la voz apenas por encima de un susurro.

Me aparté de sus brazos y la miré. Me sonreía y sus ojos brillaban con picardía.

—¿En qué está pensando, señorita Wolf?

«Pensaba que tenemos asuntos pendientes», murmuró Spencer, rozando mis labios con los suyos.

Suspiré y me fundí en su beso. Fue un beso profundo y apasionado que me dejó sin aliento. Me aferré a ella, clavándole las uñas en los hombros mientras profundizaba en el beso. Sus manos recorrieron mi cuerpo y me acariciaron suavemente la piel.

«Oh, Dios», susurré, sintiendo que me enamoraba cada vez más de ella.

Rompió el beso y se apartó ligeramente, con los ojos llenos de deseo.

«Lauren —susurró con voz ronca—. «Me haces sentir cosas que nunca había sentido».

La miré fijamente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

«Me haces sentir vivo, Lauren.

Tragué con fuerza, notando de repente que se me secaba la boca.

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separaba.

«Dime que sientes lo mismo», susurró, con la voz ligeramente temblorosa.

Abrí la boca para responder, pero no salieron palabras.

Extendió la mano y me cogió la mejilla con la palma.

—Por favor, Lauren.

Asentí, incapaz de hablar.

Se inclinó y rozó mis labios con los suyos, provocándome un escalofrío de placer. Me besó a lo largo de la mandíbula y su lengua trazó suavemente el contorno de mi oreja.

«Sabes tan bien...», murmuró, y su voz me produjo escalofríos.

Me pasó los dedos por el pelo y me arañó ligeramente el cuero cabelludo con las uñas.

Suspiré, inclinándome hacia sus caricias. Sentí que me rendía ante ella, que mi cuerpo respondía a todos sus deseos.

«Oh, Lauren —susurró con voz grave y ronca—. «Te deseo. Quiero estar dentro de ti. Quiero hacerte llegar al orgasmo. Una y otra vez. Durante mucho, mucho tiempo. Creo que me estoy enamorando de ti».

Jadeé y abrí los ojos de golpe. La miré fijamente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

«¿Estás segura?», susurré, sin apenas atreverme a respirar.

Ella asintió sin apartar los ojos de los míos.

Alcé la mano y le acaricié la mejilla, recorriendo con los dedos el contorno de su rostro.

«Hazme el amor, Spencer», murmuré.

Ella gimió y cerró los ojos mientras saboreaba la sensación de mis caricias.

«Abre los ojos, Spencer. Mírame», le ordené.

Abrió los ojos y me miró, con las pupilas dilatadas por el deseo.

«Quiero verte, Spencer. Quiero verte perder el control».

«Lauren...», susurró, con la voz temblorosa por la emoción.

La atraje hacia mí y nuestros labios se unieron en un beso desesperado.

Su lengua invadió mi boca, explorando cada centímetro. Sabía a pecado y a salvación, y no podía saciarme.

Mis manos se enredaron en su pelo y la atraje hacia mí. La necesitaba entera.

«Oh, Dios, Lauren», gimió, aferrándome las caderas con las manos.

«Por favor, Spencer —supliqué con el cuerpo dolorido por ella.

—¿Estás segura? —preguntó ella, con voz apenas por encima de un susurro.

—Sí —jadeé, con los ojos cerrados. —Por favor, Spencer.

Volvió a besarme y sus manos recorrieron mi cuerpo. Sentí sus dedos recorriendo las curvas de mis pechos, mi vientre y mis caderas.

Gemí, arqueé la espalda y me apreté a ella.

Me besó en el cuello y sus labios, suaves y cálidos, se posaron en mi piel.

Enredé los dedos en su pelo y la acercé más.

Su mano se deslizó entre mis piernas, acariciándome suavemente. Ya estaba mojada y deseando que me tocara.

«Spencer», susurré, con las caderas agitándose contra ella.

Siguió acariciándome, deslizando sus dedos con facilidad sobre mi humedad. Jadeaba, desesperada por liberarme.

«Por favor», jadeé, clavándole las uñas en los hombros.

—¿Qué quieres, Lauren? —susurró, con la voz ronca por el deseo.

—Te necesito, Spencer. Por favor».

«Dímelo», insistió.

«Te necesito dentro de mí, Spencer. Por favor».

Gimió, con los ojos oscuros y llenos de deseo. Cambió de posición y deslizó dos dedos dentro de mí.

«Oh, Dios», grité, agitándome las caderas contra su mano.

Bombeó los dedos dentro y fuera de mí, enroscándolos hasta alcanzar el punto dulce que me hacía girar la cabeza.

«Más —supliqué, con la voz entrecortada por la necesidad—.

Entonces, deslizó un tercer dedo dentro de mí, estirándome.

—Ven a mí, Lauren —me ordenó con voz baja y ronca.

Mi cuerpo tembló y mi espalda se arqueó sobre la cama. Me aferré a ella y le clavé las uñas en los hombros mientras me inundaba el orgasmo, una oleada tras otra de placer.

«Spencer», grité, mientras mi cuerpo se sacudía convulsamente.

«Ya está», murmuró ella, con voz tranquilizadora, mientras yo aguantaba las últimas oleadas.

Me desplomé contra el colchón, totalmente agotada. Tenía el corazón acelerado y la piel cubierta de un fino sudor.

«Dios mío, eres preciosa», suspiró Spencer, sin apartar los ojos de los míos.

Deslizó los dedos fuera de mí y los lamió, con los ojos en blanco mientras me saboreaba.

«Y tú estás deliciosa».

Se inclinó y me besó, sus labios suaves y cálidos contra los míos.

«Gracias», murmuré con los ojos cerrados.

Estaba completamente agotada. Acababa de tener tres orgasmos intensos en pocas horas. Y aún no habíamos empezado la velada.

Spencer se apoyó en un codo y me sonrió, mientras sus dedos trazaban círculos perezosos en mi vientre.

—No, gracias —respondió.

Me reí entre dientes. «¿Por qué me das las gracias?»

«Por dejarme hacer esto», dijo con voz grave y ronca. «Además, aún no he terminado contigo».

«Seguro que no», le respondí sonriendo, «puedo sentir lo excitada que sigues».

«Y todo por tu culpa», gruñó, rozándome con los dientes el lóbulo de la oreja.

Me estremecí, mi cuerpo ansiaba más.

«Vamos a comer algo», sugirió.

Parpadeé, sorprendido.

—¿Comer?

—«Sí», dijo, riéndose. «Ya sabes, como combustible».

«Claro», acepté. «Comida».

Se rió.

«Vamos», dijo, poniéndose en pie y cogiéndose la bata. «Vamos a pedir algo al servicio de habitaciones para merendar».

«De acuerdo», respondí. Nos acercamos al teléfono y Spencer cogió el menú.

«¿Qué te apetece?», preguntó.

«Hmm, creo que tomaré una hamburguesa con patatas fritas», respondí. «Me parece el final perfecto para una noche de bolos.

—Buena elección. Sonrió.

«¿Y tú?»

«Yo tomaré lo mismo», dijo sonriendo.

«Entonces, ¿tenéis un chef que lo prepara todo aquí?», pregunté.

«Sí, solo tengo que llamar a recepción y pedir lo que me apetezca», me explicó. En esos momentos, recordé lo diferentes que eran nuestros mundos.

«Así que ahora los paparazzi te van a seguir aún más, ¿eh? ¿Cuando acabe la película y tengas que volver a casa?».

—pregunté, cambiando de tema.

«Sí, supongo». Se encogió de hombros. «Son gajes del oficio».

«No puedo creer que hayas pasado por esto toda tu vida».

«Más o menos», suspiró. «Aunque ha empeorado mucho en los dos últimos años».

«Vaya», suspiré sacudiendo la cabeza.

«Te acostumbras», dijo. «Al cabo de un tiempo, dejas de verlos».

«¿Cómo?»

«Hace falta mucha práctica», dijo riéndose.

«Está bien saberlo», murmuré.

«Entonces, deberíamos hablar del último fin de semana. Las malditas fotos y los titulares. El equipo de marketing ha dado en el clavo a la hora de difundir la «historia».

«Hicieron un gran trabajo», dije, intentando ocultar la leve frustración que aún sentía por la tormenta mediática en torno al fin de semana de Spencer y Chris en Nueva York.

«No fue idea mía, pero funcionó». Frunció el ceño. «Y ahora los paparazzi me seguirán más que nunca. Probablemente también intenten sacarte fotos. Tienen una red muy amplia».

«¿En serio?» chillé.

«Sí, así que quizá quieras quedarte conmigo un rato hasta que acabemos de grabar». Tomó rápidamente un sorbo de su bebida.

«¿Quedarme contigo en tu suite?»

«Sí», dijo ella, sonriendo.

«¿Y Allie y mi apartamento?».

«Podemos hacer arreglos para que alguien te lleve lo que necesites», sugirió ella. «Y, por supuesto, te quedarás con tu apartamento. Pensé que sería más fácil así».

Fruncí el ceño, pensativo. Estaría bien pasar más tiempo con Spencer, pero no estaba segura de estar preparada para desarraigar mi vida por completo.

«Déjame pensarlo», murmuré.

«De acuerdo», aceptó. «Ahora vamos a comer».

Marqué el número del servicio de habitaciones y pedí dos hamburguesas con patatas fritas.

«Veinte minutos», anunció al colgar.

«Perfecto». Sonreí.

Nos acurrucamos juntas en el sofá y Spencer me rodeó con los brazos, estrechándome.

«No tienes frío, ¿verdad?».

«No, no contigo a mi lado», susurré.

Me besó la cabeza y me acurruqué aún más.

«Cuéntame cómo creciste en Seattle», me pidió.

«¿Qué quieres saber?

«¿Fuiste a la escuela pública? ¿Cuántos hermanos tienes? ¿Dónde están ahora tus padres? ¿Echas de menos la casa de tu infancia?».

«Vaya, son muchas preguntas».

Se rió y dijo: «Perdona, es que solo tengo curiosidad».

«No pasa nada». Sonreí.

—Bueno, crecí en un barrio antiguo. Nuestra casa era un poco cutre, pero tenía mucho encanto e historia. Siempre estaba llena de libros y música».

«Debió de ser bonito», murmuró. Asentí, observando su repentina melancolía. «¿Qué tal el fin de semana? No tuvimos ocasión de hablar después de que los medios de comunicación se volvieran locos».

«Me emborraché y lloré mucho», dije riendo entre dientes. Era cierto. Había sido mucho más difícil de lo que esperaba.

«Y yo que pensaba que mi fin de semana había sido malo», suspiró Spencer. «Cuéntamelo, nena. ¿Qué te preocupaba?

—No hay mucho que contar. Fue bastante horrible. Te eché de menos y estaba preocupada por ti», susurré.

«Ah, ¿estabas preocupada por mí?», preguntó con una ligera sonrisa.

«Claro que sí».

Me reí.

«Pasó toda la noche con las manos de Chris King sobre ti. Me ponía un poco nerviosa. O quizá celoso. Me hizo sentir algo».

«No tenías por qué. Estaba bien. Más aburrida que otra cosa. Chris no es precisamente un intelectual», se rió entre dientes.

«Simplemente fue mucho más raro de lo que esperaba verte en una cita con él. Que mis amigos también lo vieran y no saber cómo reaccionar. Tener que leer todos esos malditos comentarios en las redes sociales... Me afectó por un momento».

«Pero es una actuación. Una farsa. Una ficción. Lo sabes y te lo he dicho. No me interesa de ninguna forma. Y, desde luego, nunca me acostaría con él. Jamás. La idea es aborrecible. Ese hombre es un cerdo. Es un cerdo con derechos, arrogante, mujeriego, malcriado, egocéntrico y machista». Ella se estremece, el repudio se refleja en su rostro.

«Sí, lo entiendo», respondo.

«Pero eso no te hace sentir mejor, ¿verdad?», preguntó con comprensión. Extendió la mano y agarró la mía.

«No mucho», confesé.

«De acuerdo, entonces pensemos en alguna forma de hacer que esto funcione. Porque, por desgracia, es parte de mi trabajo, pero te deseo... Desesperadamente. Y no quiero que mi trabajo te haga daño».

«¿Qué tenías pensado?» murmuré, casi sin atreverme a respirar.

«Bueno», dijo, trazando pequeños círculos en el dorso de mi mano con el pulgar. «Aún tengo que dar la impresión de que Chris y yo estamos saliendo. Al menos hasta que se estrene la película y expire mi contrato. Pero eso no significa que no puedas esperarme en casa mientras cumplo con mis pocas obligaciones».

«¿En casa?» pregunté, con la voz temblorosa.

«Sí», sonrió, «terminaré de rodar aquí a finales de la semana que viene. Después, probablemente volveré a Los Ángeles. ¿Y si te unes a mí?».

«¿Qué quieres decir?», susurré.

«Ven a casa conmigo. A Los Ángeles».

«Estás de broma, ¿verdad?»

«¿Por qué iba a bromear con algo así?»

«Porque sería una locura».

«Soy una persona muy reservada, Lauren. No voy a hacer de nosotros un espectáculo público, y las únicas personas con las que me relaciono en Los Ángeles son gente que se preocupa por mí y que no querrá verme herida. Además, si estás allí, podrás evitar a la prensa. Hay muchos sitios donde esconderse».

«¿Y cómo viviría yo?»

«Yo me encargaría de todo», respondió ella desdeñosa. «Piénsalo, Lauren».

«Es un poco repentino, ¿no crees? Tengo un piso y una vida».

«Piensa cuánto más fácil te resultaría trabajar y tener una vida si pudieras centrarte en hacer lo que te apetezca. Escribir. Lee. Edita. Céntrate en lo que realmente te apetezca. Además, podríamos vernos todos los días y tendrías total privacidad. Podrías quedarte en casa o buscar un apartamento.

«¿Confiarías en mí para hacer eso?».

«Puedes hacer lo que quieras. Pero tengo que admitir que te preferiría mucho más en mi casa.

«No sé».

«¿Cuál es la alternativa, Lauren?»

«Podría quedarme aquí».

«¿Qué gracia tiene eso?», hizo un mohín. «No contestes a eso», añadió al ver mi reacción dubitativa.

Tenía razón, ¿qué gracia tenía quedarse aquí? Me había licenciado. No había tenido ninguna perspectiva real de mi vida aquí hasta que Spencer y la película entraron en ella.

Y, por mucho que echara de menos vivir con mis amigos, todos estábamos empezando a pasar al siguiente capítulo de nuestras vidas.

¿Era este el mío?

¿Podría Spencer formar parte de mi próximo capítulo?

«¿Lauren?»

«No estoy segura».

«No tengas miedo», murmuró, y sus palabras resuenan con mis pensamientos de antes.

«No lo estoy... Mucho».

«Bien», susurró, besándome suavemente en los labios. «Yo también te he echado mucho de menos este fin de semana».

«¿Ah, sí?». «¿Qué has echado de menos?».

«Hablar contigo. Verte. Estar cerca de ti. Tu risa. Tu sonrisa». Pasó el puente de su nariz por la curva de mi mandíbula. «¿Y cómo te he hecho sentir estando tan lejos?».

«De muchas maneras», murmuré, mientras empezaba a perder el hilo de mis pensamientos en su embriagadora presencia.

«Dímelo.

«Ahora mismo, tumbado aquí en el sofá contigo, hablando y riendo. Cuando sonríes, me haces sentir tan viva y tan conectada. Es la sensación más extraña. Nunca me había sentido así».

«Hmm», murmuró, y me besó la sien.

«Y luego está el sexo...» susurré.

«Es muy bueno».

«Lo es. Nunca he tenido nada parecido», susurré en sus labios.

«Tan. Tan bueno. Bueno». Sus ojos se cerraron bajo unos párpados pesados. Estaba cansada y era adorable verla luchar contra el sueño.

Llamaron a la puerta y oí: «Servicio de habitaciones». Me zafé de los brazos cansados de Spencer y acepté la comida. En lugar de servirla, la envolví y la metí en la nevera para mañana.

Spencer se levantó de su posición acurrucada en el sofá con un bostezo. «¿Era la comida?»

«Sí, la he guardado para el desayuno. Vamos a la cama», le sugerí.

Asintió, me llevó al dormitorio y me metí bajo las sábanas. Se metió a mi lado y apagó la lámpara.

«Ven aquí», susurró.

«Mmmm». Me acurruqué contra ella. Me rodeó con los brazos y nos quedamos acurrucadas en silencio.

«Lauren», dijo en voz baja.

«¿Hmm?»

«Me alegro mucho de que estés aquí. Ha sido un fin de semana de mierda sin ti».

«El mío también», susurré con los labios contra su pecho. «Buenas noches, Spencer».

«Buenas noches, cariño».

Me dormí en sus brazos y seguía abrazada a él cuando me desperté por la mañana.

Chapter Twenty-Two

Cuando me desperté a la mañana siguiente, vi que estaba sola en la cama grande. Me estiré en las sábanas de seda y noté un agradable dolor entre los muslos.

Maldita sea. Habíamos tenido una noche muy activa.

Spencer no aparecía por ninguna parte. Miré el reloj. Eran las ocho de la mañana. Encontré su nota apoyada en las almohadas.

Buenos días, cariño.
Espero que hayas dormido bien.
Recibí una llamada. Vuelvo pronto.
x S x

Así que había empezado a llamarme «nena». Me gustó. Nunca había tenido un verdadero apelativo cariñoso con nadie.

Estaba agradablemente dolorida y el dolor era bienvenido, como un recordatorio de sus largos dedos de pianista y su fuerte lengua. Era más de lo que podía imaginar. Y estaba claro que quería estar conmigo.

Entonces, ¿por qué había sido tan cobarde anoche?

¿Por qué cambié de tema cuando me pidió que la acompañara a Los Ángeles?

Si lo pensaba bien, era lo único que quería.

La puerta de la suite se abrió y Spencer entró con los auriculares puestos y un puñado de café y pastas.

«Buenos días, dormilona», le dijo sonriendo, «siento no haber estado aquí cuando te despertaste».

«No importa. ¿Qué tal la llamada?

—Bien. Se encogió de hombros. «Como siempre. Rebecca está haciendo todos los preparativos para que vuelva a Los Ángeles. Lleva más trabajo del que la mayoría cree, todo esto de trasladarse de un lado a otro».

Asentí y me senté a su lado en el sofá mientras ella colocaba las bebidas y los pasteles en la mesita.

«Hablando de Los Ángeles... empecé tendiéndole la mano.

—Joder. La cagué anoche sacando el tema, ¿no?».

Spencer estaba claramente enfadada por lo de la noche anterior. «Me precipité, ¿verdad? Uh, es que me puse muy nerviosa».

«¡No, no!», le aseguré. «No te precipitaste. Es que yo también estaba nerviosa. Aún no sé cómo manejar todo esto. Solo necesitaba un minuto para pensar. Pero ya lo he superado y quiero ir a Los Ángeles contigo».

«¡¿Quieres?!», exclamó ella.

«Sí, Spencer. Nada me gustaría más».

Me abrazó y me estrechó contra ella, hundiendo la cara en mi cuello.

«Oh, gracias a Dios», jadeó.

«De nada», le dije, «y lo siento. Ya sabes, por lo de anoche. No lo llevé tan bien como debería».

«No pasa nada», murmuró, besándome con ternura. «Creo que todos estamos nerviosos».

«Sí, creo que tienes razón. Me alegro de que hayamos podido superar esto juntos. Hace que las cosas sean mucho más fáciles».

«Lo solucionaremos», prometió con una sonrisa confiada.

«Entonces, ¿cuándo nos vamos?

—Bueno, tengo que estar en el plató hasta que termine el rodaje, a finales de la semana que viene. Rebecca está organizando la mudanza de vuelta y puede ayudarte con cualquier cosa que necesites», contestó Spencer. Tras una breve pausa, continuó:

—¿Estás segura de que estás preparada? Es un gran paso. Además, nunca he vivido con nadie. Tendrás que decirme qué necesitas. No tengo ni idea».

«Tú también tendrás que decírmelo», le respondí sonriendo.

«Podemos comprar lo que necesitemos. Mi casa es muy escasa. La última vez que la diseñé, buscaba el minimalismo».

«¿Tú también?» pregunté, asombrada.

«Minimalista», respondió.

Asintió con una sonrisa socarrona.

«Supongo que tenemos mucho que aprender el uno del otro».

«Pero vamos a tener que guardar las apariencias, ¿sabes?», suspiró.

«¿Cómo?

—Bueno, el público no puede saber que estamos juntos.

Noté que se me caía un poco la cara, pero me esforcé por ocultar la decepción. Comprendía por qué teníamos que mantener la relación en privado, pero aun así me desanimaba. —Lo sé. Lo sé».

«Lo siento mucho, Lauren, pero tengo una carrera en la que pensar. Mi reputación. Mi imagen es importante si quiero seguir trabajando. Tendrás que confiar en mí en esto. ¿Podrás hacerlo?».

«Confío en ti, Spencer. Sé que tienes tus razones. Pero no puedes culpar a una chica por intentarlo».

«Entonces, ¿qué va a pasar ahora?»

«Tenemos que empezar a hacer planes. Si vas a ir a Los Ángeles conmigo, necesito saber exactamente cuáles son tus necesidades y deseos».

«¿Mis necesidades y deseos?»

«Sí, querida». Sonrió y le dijo: «Ahora, siéntate».

«Oh, esto será interesante», le dije sonriéndole.

Levantó las cejas y sus ojos destellaron con excitación traviesa.

«Siéntate.

Hice lo que me pedía y me senté en el sofá, con las piernas ligeramente abiertas. Tenía algo en mente y me moría de ganas de ver de qué se trataba.

Salió de la habitación y la oí rebuscar en el armario. ¿Qué estaría tramando?

Volvió con una maleta grande que dejó delante de mí. La abrió y sacó una llave.

«Aquí tienes la llave de la puerta principal», dijo, apretándola contra mi palma.

Sus palabras eran suaves, pero firmes, como alambre de acero envuelto en terciopelo, y ejercían un poder absoluto sobre mí. Sus labios se curvaron sutilmente hacia arriba. Parecía hermosa y completamente segura.

Algo en su seguridad me hizo darme cuenta de que era la decisión acertada. Quería estar con ella y podíamos conseguir que funcionara.

«¿Cómo es que ya lo habías organizado todo?», pregunté, girando el metal en mi mano.

«Digamos que tuve una corazonada esperanzadora», sonrió. «Una parte de mí se imaginó que, si seguía adelante y te hacía una llave, sería como manifestar que vendrías a casa conmigo».

«Eso es muy de Los Ángeles por tu parte», me reí, pero también me pareció muy adorable.

«Vas a tener que acostumbrarte a algo de Los Ángeles, bruja perra», se rió Spencer.

«¿Qué les diré a los de aquí, Spence?», pregunté, bajando la mirada hacia la llave que tenía en la palma de la mano.

«Diles lo que quieras».

«Pero son mis amigos. No querría ser deshonesto con ellos».

«Entonces diles la verdad, que te he pedido que vengas a Los Ángeles».

«¿Así de sencillo?»

«Para ti, sí», susurró. «Es fácil: todo el mundo sabe ya que hemos estado trabajando juntos. Supondrán que te he contratado a tiempo completo cuando acabe la película. Todo lo que tenemos que hacer es basarnos en esa suposición. Nadie tiene por qué saber la verdadera razón por la que estás constantemente a mi lado».

«A mí me parece un plan», asentí con la cabeza. No era lo ideal, pero nos permitía una libertad e intimidad que no tendríamos si habláramos abiertamente.

Chapter Twenty-Three

A la mañana siguiente, conduje de vuelta a mi apartamento con una extraña mezcla de entusiasmo por el futuro y pesadumbre al tener que decirles a mis amigos que me iba. La verdad es que estaba nerviosa. No sabía cómo reaccionarían.

Mudarme a Los Ángeles con Spencer fue el acontecimiento que más cambió mi vida.

Cuando llegué al apartamento, encontré a mis dos amigas sentadas alrededor de la mesa de la cocina. Allie estaba al teléfono, seguramente hablando con una de sus compañeras de la facultad de medicina. Julie daba golpecitos al portátil y sorbía una enorme taza de café.

«Vaya, mira quién ha vuelto», bromeó Julie cuando entré.

—Ven, siéntate —me dijo.

Me preparé un café, respiré hondo y me senté entre ellas. El apartamento parecía tan quieto y silencioso mientras las tres nos mirábamos. Decidí que tenía que meterme de lleno en el asunto. No tenía sentido alargarlo más.

Observé las caras de mis mejores amigas mientras les contaba lo que había pasado esa noche. No sabía por dónde empezar, así que simplemente empecé diciendo:

«Spencer Wolf y yo nos vamos juntos a Los Ángeles la semana que viene. Me ha invitado a quedarme con ella, así que me mudaré allí».

Las dos me miraron como si me hubiera vuelto loca. Entonces, Allie dijo las primeras palabras que nadie había pronunciado.

«De acuerdo, lo haré. Vuelve a empezar».

«¿Qué quieres decir?»

«Nunca te había visto tan feliz, Lauren», explicó Allie.

«Es decir, nunca. Así que, aunque me he opuesto cautelosamente a la idea de que salgas con una estrella de cine, si eso te devuelve a la Lauren que eras antes de que empezaran todas estas

preocupaciones, estoy totalmente a favor».

«Gracias», susurré, con los hombros caídos por el alivio.

«Sí», añadió Julie.

«Sinceramente, nos ha preocupado que hayas cambiado después de los dos últimos meses, antes de que consiguieras este trabajo de ayudante. No me ha gustado. Verte feliz de nuevo siempre es un regalo».

«Entonces, ¿os parece bien que me vaya a Los Ángeles con Spencer y os deje solas durante un tiempo?».

«¡Claro que sí!», exclamaron mis amigas al unísono.

«Tienes una energía increíble con la que te apoderas del espacio», la tranquilicé, y añadí: «Además, ¿cuántas veces te has quejado de lo estrecho que es este apartamento?».

«Muchas», sonrió.

«Entonces tendrás espacio».

«Me alegro de que por fin estés con ella. Me alegro de que por fin puedas ser tú mismo con ella y seguir sintiéndote cómodo en vuestra relación. Realmente es lo que te mereces».

Hice una pausa y respiré hondo. «Entonces, ¿qué pensáis realmente? ¿Es una locura?»

«No lo sé», dijo Allie.

—¿Tienes que irte?

«Bueno, sí», contesté de repente, totalmente segura de mi respuesta. «Parece el siguiente paso. Me parece lo correcto».

«Entonces, supongo que sí», respondió ella, abatida. «Entonces, ¿volveremos a cenar los sábados por la noche, pero esta vez no estarás tú para cocinarlas?».

«Yo no, no», dije, haciendo una mueca. «Pero quizá podamos darte los números de teléfono de algunos profesionales a los que puedas llamar para que hagan las comidas».

Julie me golpeó en el brazo.

«Vamos», susurró.

«Vamos», susurró. «Sí, os voy a echar de menos».

«Claro que sí, os voy a echar de menos. Sois mi familia y ahora me veo obligada a elegir entre vosotros y mi sueño, y detesto esa elección».

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Julie me abrazó.

«Cariño, no llores», susurró, frotándome la espalda. «Quería decir que estaba siendo sarcástica, pero no esperaba hacerte llorar».

«No pasa nada», respondí entre lágrimas. «Es que estoy destrozada. Tengo que irme. Esto es lo que quiero. Y no es para siempre. Solo hasta que solucionemos las cosas. Hasta que tengamos más información sobre qué demonios estamos haciendo. No lo sé».

Me apoyé en el hombro de Julie y ella me abrazó mientras sollozaba. Al cabo de un rato, se me pasaron las lágrimas y me acarició el pelo.

Allie estaba sentada al otro lado de la mesa, mirándonos, con los ojos llenos de una mezcla de tristeza y felicidad.

«¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

«El tiempo que haga falta», murmuré.

«¿Y qué pasará con nuestro piso?»

«Encontraré un subarrendatario que pague el alquiler».

«¿Será lesbiana?», preguntó Julie con una pizca de tristeza en el tono.

«Lo dudo», respondí con un ligero tono de risa. «El mercado es mucho mejor para las heterosexuales».

«Qué pena», murmuró Julie.

«Lo siento», dije.

«No lo sientas», dijo Allie, poniéndose en pie y limpiándose las palmas de las manos. «Si no fuera porque tengo que estudiar, joder, os llevaría a las dos a tomar algo a Maggie's. ¿Podéis aguantar una noche de chicas más?».

—«Maggie's Margs» —exclamé.

«No, gilipollas», se rió entre dientes, sacándome la lengua. «Una celebración de despedida como Dios manda. Cena, trajes elegantes y cócteles con ingredientes que tenemos que buscar en Google».

«Claro», sonreí.

«Glorioso».

«¿Quizá podamos invitar también a Spencer?», sugirió Allie. «Estaría bien conocer de verdad a la mujer que nos está robando a nuestro amigo antes de que os vayáis todos».

«Por supuesto», asentí. Era raro que mis amigas ni siquiera conocieran a la mujer con la que me iba a mudar al otro lado del país. «La llamaré y organizaremos un brunch para 'conocer a las amigas'. Sé que le encantaría. Ha estado preguntando por todos vosotros».

«¿Ha preguntado por nosotras?», exclamó Julie. «¡Eso significa que la maldita Spencer Wolf sabe quiénes somos!».

«Claro que lo sabe, tonta», le dije sonriendo. «Le conté todo sobre mis adorables amigas».

«Pues ya está decidido», declaró Julie. «Vamos a celebrar una última velada de despedida para despediros como es debido.

* * *

Cuando me metí en mi propia cama por primera vez aquella semana, de repente fui hiperconsciente de la ausencia de Spencer entre mis brazos. La echaba de menos, y solo había pasado un día desde que nos habíamos separado.

Cogí el móvil y sonreí al ver que había perdido un mensaje mío: «Estoy pensando en ti. Llámame si tienes tiempo antes de dormirte».

No necesitaba más motivación. Mis dedos encontraron su contacto y llamé sin pensármelo dos veces.

El sonido de su voz me produjo un escalofrío.

«Hola, tú», murmuró.

«Te echo de menos», respondí.

Ella soltó una risita. «Yo también te echo de menos. ¿Cómo se lo contaste a tus amigos? ¿Se tomaron bien la noticia?

«Se lo tomaron muy bien. Quieren que sea feliz. Es decir, me quieren, y por eso parece que saben que cuando digo algo así, lo he pensado de verdad. Julie parecía un poco triste, como si las cosas fueran a cambiar, pero creo que solo está preocupada, ¿sabes?»

«Un poco, sí. Porque mi vida sigue siendo increíble, pero definitivamente no es lo que llamarías “normal”».

Me reí.

«Seguro que no lo es. Hablando de normalidad, las chicas quieren cenar juntas por última vez en nuestro sitio favorito. Una especie de cena de despedida. Y me preguntaba si nos acompañarías».

Spencer se detuvo un momento y pude oírla pensar.

«Significaría mucho para mí», solté, tratando de utilizar mi carta de novia comprensiva.

«Oh, no paras de buscarte problemas sacando la carta de la compasión. Problemas con mayúsculas».

«¿Eso significa que sí? Sonreí.

«Sí, allí estaré. Pero me reservo el derecho a reservar una sala privada en el restaurante. Así podremos conocernos todos sin miedo a los teléfonos con cámara ni a los paparazzi».

«Suena maravilloso», respondí sonriendo. Pensar en tener a todas mis mujeres favoritas en una habitación me producía vértigo.

«De acuerdo, probablemente sea la hora de acostarnos. Mi primera escena está programada para mañana al mediodía, así que a las dos nos vendrá bien descansar».

«De acuerdo», suspiré, «echaré de menos dormirme a tu lado, pero hasta mañana».

«Dulces sueños, querida», tarareó a través del teléfono.

«Contigo también».

«Que duermas bien», dijo Spencer. «Hasta mañana.

Te quiero. Te quiero».

«Yo también te quiero», respondí, sintiéndome cálida y confusa por dentro.

Aunque esta «relación» era totalmente nueva para los dos, ambos sabíamos que ninguno de los dos quería dejarla.

Chapter Twenty-Four

El viernes llegó en un abrir y cerrar de ojos, y también llegó la noche programada para las mujeres.

Como venía de un largo día de entrevistas de marketing y sesiones fotográficas con Chris, Spencer y yo habíamos planeado llegar por separado. Tampoco quería asustar a Julie y a Allie si aparecíamos juntas e intimidatorias. Para mí era mucho mejor prepararme con mis amigas, que ya de por sí estaban nerviosas, y sabía que lo último que necesitaban era ser recibidas y acosadas por los paparazzi que podrían seguir su coche si íbamos todas juntas.

A los paparazzi les encantaba una buena foto de «noche de chicas».

Spencer me envió un mensaje de texto cuando se dirigía al restaurante y me dijo que llegaría en cinco minutos. Mientras tanto, Julie y Allie me miraban nerviosas mientras yo me quedaba mirando la puerta, esperando a que llegara.

Mientras me pasaba la lengua por los dientes, Allie preguntó por fin:

—¿Estás segura de que no tenemos que llevar el equivalente femenino de «corbata negra»? Porque no tengo ropa para eso. O el dinero para una cena súper salvaje. No tengo presupuesto. Y se me dan muy mal las cenas elegantes».

«Basta», espeté, poniéndole los ojos en blanco. «No tienes que hacer nada. Compórtate como un ser humano y todo irá bien. Además, sabes que Spencer va a pagar la cuenta. Demonios, ha reservado todo el comedor privado solo para nosotros».

«Vale, vale», soltó con un suspiro ansioso. «Solo estoy un poco nerviosa».

«Relájate, ¿vale? Todos nos hemos tomado una copa, tú también. Disfruta, será genial».

«De acuerdo». Allie suspiró con fuerza.

«Va a ser fantástico», afirmé con voz reconfortante y le di un rápido abrazo.

Justo cuando levanté la vista por última vez, se abrieron las puertas del restaurante y entró Spencer. Casi se me cae la mandíbula de lo guapa que estaba esta noche.

Por supuesto, era consciente de que no era imparcial; mi hermosa novia lucía la misma sonrisa preciosa de siempre. Se acercó a la mesa despreocupadamente, sus ojos se entrecerraron y luego se iluminaron al darse cuenta de que yo había retirado la silla que ahora la esperaba. Tras pavonearse con elegancia por la sala, se tumbó en el sillón de felpa con la postura relajada que tanto la caracterizaba.

Me cogió la mano y me dio un rápido beso en la mejilla mientras se sentaba a mi lado en la mesa circular. A mi izquierda estaban Allie y Julie, y a mi derecha, Spencer. El hecho de que estuvieran todas mis personas favoritas reunidas hizo que mi corazón se hinchara de amor.

Las yemas de los dedos de Spencer empezaron a recorrer mi muñeca inmediatamente, mientras charlaba alegremente e intercambiaba cumplidos con Julie y Allie. A los demás comensales les pareció un ambiente relajado y natural. Sin embargo, dentro de mí oía el zumbido de mi pulso mientras sus suaves y delicadas caricias me excitaban.

Era la primera vez que salíamos juntos delante de alguien que no fuera Rebecca, y eso despertaba algo maravilloso en mi interior.

Observé cómo su mirada revoloteaba por los menús preparados para nosotros, absorbiendo todas las opciones disponibles, fueran cuales fueran los famosos chefs que dirigían aquellas hermosas cocinas. En este cambio de escenario, parecía una persona totalmente distinta. Aunque llevaba un vestido adorable, desprendía una extraña mezcla de nervios, excitación y calma. Eran los nervios y la excitación los que realzaban su belleza natural.

De hecho, para mí era la mujer más hermosa que había visto nunca, sin lugar a dudas.

Su pintalabios rojo combinaba con el mismo vestido rojo que llevaba y la tela parecía envolver su cuerpo como un guante. Cada parte de su cuerpo, desde la curvatura de la columna vertebral hasta la esbeltez de los brazos, pasando por la suavidad y la sensualidad de sus preciosas y largas piernas, estaba perfectamente acentuada. Y la poseía sin esfuerzo.

«¿Cómo es un día en tu vida, Spencer?», preguntó Allie un poco alto, interrumpiendo mi sesión de miradas.

Spencer volvió su atención hacia Allie y empezó a describir su día normal mientras yo me inclinaba más hacia su cuerpo y apoyaba suavemente la cabeza en su hombro. El contacto piel con piel era agradable y cerré los ojos, disfrutando de cada segundo. Me estaba calentando, lo que indicaba que estaba nerviosa o cachonda. Probablemente ambas cosas.

Al abrir los ojos, vi que Julie nos observaba atentamente desde el otro lado de la mesa y me pregunté brevemente si mi amiga estaría juzgando mi descarada muestra pública de afecto hacia Spencer. Tras unos segundos de mantener el contacto con su mirada ilegible, Julie se limitó a sonreír, pareciendo disfrutar viéndome feliz, e inmediatamente volvió a centrarse en una de las fascinantes historias de Spencer sobre viajes o percances en el plató.

Sinceramente, no le estaba prestando mucha atención.

Estaba un poco zumbada.

Y, por supuesto, estaba muy enamorada.

La sala se desvaneció en un murmullo sordo mientras miraba con cariño a Spencer. No había bebido tanto como los demás, pero no parecía inmutarse lo más mínimo. De hecho, me dio la impresión de que compensaba su tranquila sobriedad siendo excesivamente amable y elogiando sin cesar a mis amigos achispados y atónitos. Por debajo de la mesa, cogí la mano de Spencer entre mis piernas y la apreté suavemente para llamar su atención.

Con una sonrisa tímida, giró ligeramente la cabeza y mostró una expresión divertida en su rostro. «¿Qué?»

«Gracias por ser tan amable», sonreí.

—¿«Amable»? Spencer se rió entre dientes y se acercó más. «¿Hay algo más de lo que debería ser?».

«No, no me quejo, pero...».

Spencer me cortó con un guiño.

«Recuerda lo que te he dicho antes, nena». Me susurró al oído. «Las cosas cambian después del rodaje. Hay un periodo de adaptación muy largo, así que quiero asegurarme de que tus amigos aprueban a la actriz de Los Ángeles que ha llegado y se ha llevado a su mejor amiga en un romance relámpago. Tengo que portarme especialmente bien delante de tus amigos».

«Bueno, entonces te estás portando increíblemente bien».

Antes de que tuviera la oportunidad de ponernos más nerviosa por el encanto que desprendía Spencer, afortunadamente llegó la comida y devolvió la conversación a la mesa.

«Bueno, Spencer», empezó Julie, «¿qué pasa con todas esas fotos tuyas y de Chris King con paparazzi?».

Spencer comió otro bocado de ensalada con indiferencia, poniendo los ojos en blanco, aparentemente intentando averiguar cómo manejar la situación con diplomacia.

«Es solo una cuestión de relaciones públicas y marketing», dijo con un suspiro.

«¿Ves mucho a esos dos mientras estás rodando?».

Ella se limitó a encogerse de hombros.

«¿A quién?», preguntó Allie.

Chris King, ese chico sexy con el que se ha visto a Spencer y su supuesto amigo «especial». Eso no responde a mi pregunta. Tu equipo de prensa parece estar preparándose para algo con vosotros dos y corren rumores de que tenéis algo entre manos».

«Porque hacen su trabajo y para eso les paga el estudio», respondí, interviniendo para salvar a Spencer de esta incómoda línea de interrogatorio. No sabía qué le había pasado a Julie, pero de repente se había puesto a la defensiva.

«Entonces, ¿no pasa nada ahí?», continuó Julie, indagando más.

«Sí», se rió Spencer con la boca llena de espaguetis, «¿a quién no le gusta pasar un buen rato con Chris? Saca la cabeza de la alcantarilla».

Tuve que reprimir una mueca ante sus comentarios y noté cómo se formaba un bufido en mi cavidad nasal. Al darme cuenta de lo raro que sonaba Spencer, me removí torpemente en mi asiento, intentando ajustarme.

Cuando se hubo recuperado, dirigió su atención hacia Allie e intentó entablar conversación con ella.

Spencer había interpretado el papel de estrella de Hollywood desde que la conocí, así que observar era algo natural para mí, pero sabía que aquella sería probablemente la única visión que mi amiga tendría de la mujer que amaba antes de que nos mudáramos al otro lado del país para seguir saliendo. Por suerte para ella, Spencer era guapa, segura de sí misma y con unos instintos matadores, tanto dentro como fuera de la pantalla. Incluso la forma en que lanzaba cumplidos casuales y compartía anécdotas interesantes parecía sincera y refrescante.

No tardó mucho en encandilar a Julie y Allie con su encanto natural y sus modales impecables. Era una auténtica profesional, pero también muy natural y con los pies en la tierra. No pude evitar enamorarme de ella una y otra vez.

Cuando la conversación adquirió un ritmo constante, Spencer se relajó en la silla. Y, mientras charlaba con mis amigos, el aire parecía fluir suavemente por su cuerpo. Se limitó a sorber su agua tranquilamente mientras todos nos reíamos con sus historias.

Observé cómo se le iluminaban los ojos a Allie cada vez que Spencer encontraba la forma de volver al tema de la química y cómo Julie ladeaba la cabeza, asombrada, cada vez que empezaba una historia y dejaba que Spencer tuviera su momento de gloria y disfrutara de toda la atención.

Al principio de la cena, Spencer había pedido una copa de vino, pero apenas la había tocado desde el primer sorbo. Sin embargo, se encargó de llevar la conversación durante toda la comida,

hablando constantemente y respondiendo a todas las preguntas que le hacíamos.

Su encantadora sonrisa no se borró en ningún momento. Parecía extenderse por todo su ser, dejando poco que desear. La forma en que brillaba su piel era absolutamente hipnotizadora, mientras sus dientes, blancos como perlas, destellaban bajo la suave luz. Su vibrante y plena sonrisa no hacía sino aumentar su aspecto ya de por sí cautivador.

Era la primera vez que la veía tan cómoda con desconocidos.

Tal vez se debió a que las demás mujeres estaban siendo muy informales y, por fin, se habían instalado en una diversión relajada. Fuera por lo que fuera, Spencer se lo estaba pasando en grande y eso también nos afectó a los tres.

Su comportamiento era casi majestuoso. Imponía una atmósfera de poder y seguridad, y parecía completamente segura de sí misma. Sentía una extraña sensación en mi interior que me atraía el corazón y el estómago hacia ella.

No sabía qué era, pero cada día era más fuerte.

Chapter Twenty-Five

Demasiado pronto, la velada llegó a su fin.

Spencer cruzó la mesa, recogió la cuenta y, con un guiño socarrón, entregó su Amex negra a la camarera. «Pensé en cobrar la cuenta de mi despedida».

Atravesamos juntas el restaurante hasta la puerta principal charlando amistosamente durante todo el trayecto y salimos juntas al aire fresco de la noche del aparcamiento trasero privado.

Tras despedirme de mis dos amigas con un abrazo y dirigirnos al chófer de Spencer, me lancé rápidamente por la puerta del coche, me coloqué detrás de él e inmediatamente sentí que su brazo me atraía hacia su cuerpo cálido y con un dulce aroma.

Suspiré satisfecha mientras la abrazaba con fuerza. Dios, cómo echaría de menos esto mientras ella estuviera fuera haciendo su gira de prensa.

«Ha estado bien», dije soñadoramente.

Spencer soltó una risita. «Entonces, ¿he pasado la prueba de la amistad?

—¡Claro que sí! Ha sido encantador. Toda la charla y la cena. Me he relajado contigo y lo hemos pasado estupendamente», respondí.

El trayecto de vuelta al hotel fue corto y pronto estuvimos de nuevo en la suite del hotel de Spencer. Mientras seguíamos charlando y recordando la noche, me di cuenta de que su brazo había permanecido alrededor de mi cuello todo el tiempo.

A lo largo del día, Spencer había mostrado un nivel de ternura hacia mí absolutamente adorable. Su comportamiento me pilló tan desprevenida que apenas reconocí a la Spencer sensiblera como la chica que había conocido la semana anterior. Se mostró inusitadamente suave, gentil y cálida, completamente cariñosa conmigo. Me trató con una amabilidad tan reconfortante que casi me hizo llorar por dentro.

Tal vez fuera nuestra posible separación laboral durante la mudanza y sus obligaciones con la prensa, no lo sabía con exactitud, pero sabía que su comportamiento no podía explicarse por una mera coincidencia. Todo lo que hacía estaba perfectamente sincronizado y ejecutado para llenar mi corazón de la calidez y el amor más asombrosos. Solo de pensarlo se me revuelve el estómago. Y no el tipo de volteretas nerviosas, del tipo «acabo de pasar por encima de una montaña rusa». Saltos mortales de los buenos. Del tipo divertido y agradable. De los que te hacen sentir todo el cuerpo lleno y maravilloso.

«Spencer —dije con cautela, tanteando el terreno—. «Creo que he decidido que quiero escribir cuando lleguemos a Los Ángeles. Sé que es un tópico, pero es lo que siempre me ha gustado, y pasar todo este tiempo viendo cómo las historias cobran vida en el plató me ha inspirado mucho».

Spencer me apretó contra ella y su otra mano se unió a la primera antes de envolverme en un abrazo tan fuerte que casi me asfixiaba.

«Es increíble», susurró, con lágrimas de alegría casi goteando de sus delicados ojos esmeralda. «Serás una escritora excelente. Eres destinada a hacerlo, sin duda. Y este es un momento muy feliz. Un momento muy feliz. Es que... estamos haciendo planes. Lauren, nuestros planes y objetivos coinciden tanto que apenas puedo creer lo increíble que ha sido este día. Por fin te he encontrado y realmente me entiendes. Eres todo lo que jamás esperé encontrar en otra persona, cariño. Quiero pasar mis días amándote y dándote todo lo que pueda. Todo lo que tengo, mi tiempo, mi atención, mi dinero... lo que necesites, estoy más que dispuesta a proporcionártelo. ¿Y ahora quieres dedicar tu vida a las palabras? ¿A la sangre misma de mi vida y de mi actuación? Oh, Lauren, nada me haría más feliz que la idea de que te convirtieras en escritora».

«¿Estás segura?» pregunté, mordiéndome el labio para no llorar mientras examinaba su expresión. Asintió con entusiasmo mientras me miraba fijamente.

«Sin ninguna duda», confirmó. «Pero que sepas que te apoyaré al cien por cien, pase lo que pase. Pase lo que pase. En cada paso de tu carrera. Serás una autora publicada o una guionista premiada con un fan número uno. No se me ocurre mejor salida para tu talento».

«Gracias, nena», le dije sonriendo, «y gracias de nuevo por una noche fantástica con mis amigos. Te los has ganado de verdad».

«Me alegro», me devolvió la sonrisa, «aunque sigo pensando que Julie duda de mí. Probablemente sea por ese enorme enamoramiento que parece tener contigo».

«¿Qué?», pregunté riendo. —No puede ser. Julie y yo decidimos ser amigas hace mucho tiempo».

De repente, su mirada verde se volvió juguetona y me guiñó un ojo. «Vamos, nena, tienes que sentir algo por ti. De hecho, es muy sexy tener una novia a la que hasta sus amigas quieren».

Spencer me rodeó la cintura con los brazos, acercando mis caderas a su cuerpo mientras me abrazaba con fuerza.

«Pero este cuerpo es todo mío, recuérdalo», me guiñó un ojo, inclinándose hacia mí y plantándome una serie de besos rápidos en el cuello y los hombros.

«¡Mira eso! Esa sonrisa perfecta y esa cara besable son tan difíciles de resistir», musité.

«Soy una chica muy afortunada y estoy deseando llevarte a casa», susurró, inclinándose aún más y diciéndome cosas seductoras al oído. «Las cosas que pienso hacerle a tu cuerpo desnudo y perfecto», susurró con malicia.

«Dios, Spence», respondí, gimiendo mientras me mordisqueaba la nuca. La sensación me recorrió todo el cuerpo y la tensión se me disparó. «Quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo el próximo mes.

«Me preocupa no poder contenerme a tu lado. Se me está escapando el control y temo no ser capaz de mantener la fachada de que solo eres mi ayudante ante el mundo. Y me preocupa la situación de Chris».

«¿Qué pasa con Chris?» pregunté, con su nombre revolviéndome las tripas.

Suspiró pesadamente.

—Lo siento. Debería habértelo preguntado. He hablado con Rebecca sobre un acuerdo para que Chris participe en la secuela de la película que estamos rodando actualmente. Eso significa que el estudio quiere que continuemos con esta farsa de romance en el plató».

Respiré hondo e intenté calmar la punzada que ahora me dolía en el pecho. No quería sentir celos. Y menos de una relación totalmente falsa. Pero, desde luego, no me sentía bien con toda la situación de Chris.

«No te preocupes, no es real», me tranquilizó Spencer.

«Sí, sí, lo sé».

Spencer respiró hondo y me cogió la mano. «Pero sigue siendo una mierda.

—Bueno, quizá podamos dar a la gente una razón auténtica para la ruptura cuando llegue el momento —suspiré.

«¿Y cómo podríamos hacerlo?», preguntó con una sonrisa maliciosa.

«Por supuesto, con una ayudante increíblemente sexy que se las arregle para conquistar a la estrella de cine fuera del plató».

«Me encanta ese final. No me extraña que seas aspirante a escritora», dijo, guiñando un ojo, antes de continuar.

«Aunque, sinceramente, Lauren, no va a ser tan sencillo si alguna vez queremos salir del armario. Sé que ya lo hemos hablado antes, pero quiero asegurarme de que lo entiendes de verdad. Mi personaje público está tan controlado como cualquier otro papel que interprete. Mucha gente depende de que mantenga una imagen determinada para que pueda conseguir ciertos papeles».

«¿Mhm? La incité a continuar, ligeramente confundida por lo que quería decir.

«No puedo estar fuera. Quiero decir que puedo, pero salir del armario en Hollywood pondría mi carrera en grave peligro. No solo perdería a la mayoría de mis fans, sino también a muchos de los papeles que interpreto. Te lo digo por experiencia: las mujeres que salen con otras mujeres no son el mayor atractivo en taquilla. Si quiero ser una estrella de acción de primera fila que consiga una franquicia de superhéroes, tendré que permanecer en el armario. Sinceramente, teniendo todo en cuenta, salir del armario seguiría siendo probablemente la decisión correcta, pero lo cambiaría todo. Parezco una niñata engreída y malcriada al decir todo esto, ¿verdad? La verdad es que... Hollywood tiene muchas normas».

Sus manos se habían agitado en un alarde dramático y sarcástico, pero al terminar la frase sus facciones cambiaron ligeramente, arrugándose, mientras su suave sonrisa vacilaba. Hubo una larga y embarazosa pausa.

«Quiero que tengas tu trabajo de actriz, tu carrera. Pero, al fin y al cabo, quiero que seas feliz. Me gustaría pensar que sientes algo más por mí que ambiciones profesionales», dije a la defensiva.

Me cogió de la mano cuando intentaba levantarme del sofá y me guió hacia su cálido abrazo. Sus ojos verdes volvieron a clavarse en los míos, asegurándose de que oyera cada sílaba. «¡Sí, claro!».

Me miró profundamente a los ojos, exhalando lentamente hasta que sentí que todo su cuerpo se relajaba mientras me explicaba la siguiente parte.

«Quiero vivir abiertamente contigo y no arruinar mi carrera. Ese es mi mayor deseo», susurró. «Poder salir juntos en público. Cogerte de la mano y no tener que preocuparme por si salen fotos en revistas y páginas web. Dar largos paseos, acurrucarme en casa y no tener que estresarme nunca por nada ni por nadie. Eso sería liberador».

Spencer debió de notar la decepción tras mi sonrisa, y su atención se desvió rápidamente hacia mí mientras me apretaba la mano, obligándome a establecer contacto visual una vez más.

«Tengo un sueño en el que salimos juntos sin que nadie nos mire y sin preocuparnos de quién bajamos la guardia. Pero todo el mundo quiere saberlo todo. Todo el mundo. Todo el mundo tiene curiosidad por saber sobre la persona con la que sales. La atención es intensa y abrumadora, y la gente te mira de otra manera».

Su voz se entrecortó, elevándose un poco al final en un chillido agudo, casi de pánico. Vi que intentaba contenerlo, pero no podía dominar el temblor de su voz.

Mirando hacia el suelo, murmuró: «No quiero volver a ver cómo cambian tus ojos cuando me miras así». No soportaría ver ni una pizca de juicio o curiosidad sentenciosa, pues eso me destrozaría por completo».

Respirando hondo y tranquilizándose, me cogió la mano. «Siento que aún tenga algunas cicatrices de haberme quemado anteriormente. No he tenido los ex más dignos de confianza».

«Sí», asentí. «Rebecca me habló un poco de Jen».

«La quería mucho, pero me arruinó cuando decidió que lo que pasaba en nuestro dormitorio era más importante que nuestro amor y lo contó a los tabloides y a las revistas. De hecho, si no hubiera sido por el estudio y su intención de demandar al periódico por difamación, probablemente habría arruinado aquella película y mi carrera. No me malinterpretes: hubo un momento en que me sentí realmente aliviada ante la idea de que me echaran del armario, pero sus acciones me causaron un estrés considerable. Y eso afectó especialmente a mi equipo. La reputación es muy importante en este negocio. Si no fuera por el apoyo de todos los que me rodean, probablemente habría tocado fondo después de todo aquello. Por suerte, solo he encontrado apoyo y amor».

Spencer se detuvo y, por un momento, me pareció verla hacer una mueca de dolor, como si la hubieran golpeado físicamente. Se llevó una mano a la comisura de los labios, fingiendo quitarse algo de la mejilla impecable, al tiempo que se levantaba la cortina de pelo que le cubría la frente. Nuestra conversación nos había llevado al patio, por lo que la iluminación era mejor. El fino mechón de pelo que había intentado apartar volvió a caer sobre su frente, posándose exactamente en el mismo lugar.

Volvió a secarse la cara.

¿Fue la bruma del atardecer?

Quizá fue una pestaña. O el zumbido de un mosquito.

Por un momento casi pareció una lágrima, pero nunca había visto llorar a Spencer y me pilló por sorpresa.

Quise tenderle la mano, pero antes de que pudiera hacerlo, se la sacudió.

La miré, esperando pacientemente.

En lugar de eso, Spencer estalló de repente, casi a borbotones. «Tengo muchas ganas de instalarme en casa contigo. Nuestro vuelo a Los Ángeles no podría llegar más tarde».

«¡Estoy tan emocionada! No dejo de soñar con la casa y con Los Ángeles. ¿Podemos decorar juntos?».

«No hay nada que me gustaría más», me dijo, realmente emocionada, devolviéndome la sonrisa.

«¿Nos tomamos un tiempo para nosotros? ¿Quizá hacer algo atrevido? ¿Salir por la ciudad?», pregunté juguetonamente, haciendo rebotar la pregunta contra las paredes con una sonrisa malévola. Sabía muy bien que era peligroso para ella estar en público después de su cita con Chris, pero la fantasía seguía siendo divertida.

«Sí», ronroneó, retorciéndose lentamente en mi regazo. «Algo atrevido, sí. Deberíamos empezar ahora mismo».

«No me tientes, Spence», dije, intentando mostrarme firme, pero mi voz lujuriosa me delató.

«Estoy siendo lo más sincera posible, señorita Daly», dijo Spencer, y sus labios suaves y carnosos descendieron sobre los míos, provocando de inmediato un beso apasionado.

Lentamente, empezó a pasar las yemas de sus finos dedos por mi vientre vestido con la blusa, deteniéndose y jugueteando con el cierre delantero de mis pantalones. Se me dibujó una gran sonrisa en la cara cuando un dedo se deslizó bajo el elástico de mi ropa interior.

«No pares», susurré, con el cuerpo temblando de anticipación mientras sus dedos se deslizaban cada vez más hacia el norte. Sentía su piel caliente contra la mía y su cuerpo me envolvía por completo. La forma en que era capaz de arrancarme jadeos con el más leve roce hizo que oleadas de placer recorrieran mi cuerpo, formando una ola de tsunami lista para estrellarse y engullirnos a los dos, y nada menos que pronto.

«Jesús, Spencer. Esto es increíble», susurré entre jadeos.

Me cogió de la mano, me guió de nuevo hacia el interior y me empujó hacia las sábanas.

Mi mano se dirigió hacia la parte baja de su espalda y sus caderas empezaron a moverse de inmediato cuando se colocó a horcajadas sobre mí en la cama de matrimonio. Un pequeño grito de sorpresa escapó de sus labios cuando le quité el vestido y le acaricié la sensible parte inferior de los pechos.

Se había sentido sorprendentemente pesada encima de mí, con sus curvas perfectamente acentuadas por la lencería de tejido suave. Un resplandor de encaje gris, blanco y negro llamó mi atención en la escasa luz que proyectaba la ventana con la luz de la madrugada. Me impresionó

su elección de lencería y me pregunté brevemente si el tejido de encaje sería sedoso. La tentadora idea de sus pechos perfectos, suaves y sonrosados, envueltos en aquella tela sexy y estampada, me provocó una oleada eléctrica de excitación que se extendió directamente desde mi bajo vientre hasta el calor palpitante entre mis piernas.

Como si leyera mis pensamientos, Spencer levantó el cuerpo y se sentó directamente encima de mí, deslizando sensualmente las manos sobre cada pecho, agarrando las fundas del sujetador con el primer dedo y el pulgar de cada mano, y desprendiendo suavemente el material hacia delante. A la débil luz del atardecer, su escote parpadeó juguetón. Dejó caer los tirantes hacia abajo, dejando al descubierto sus pechos blancos y lechosos, y sonriendo con malicia.

«¿Tendré una recompensa por portarme bien esta noche?», bromeó, fingiendo frustración. Acto seguido, se echó la mano a la espalda, se desabrochó el sujetador y tiró la lencería a un lado de la cama. El contraste entre la piel suave y blanca que me consumió de inmediato y mis propias líneas oscuras de bronceado añadió un elemento de detalle sensual a esta increíble situación. Apreté los labios contra sus pechos y dejé que mi cálido aliento acariciara un pezón que se estaba endureciendo. Exhalé suavemente, me llevé la delicada areola a la boca y pasé ligeramente la lengua húmeda por la superficie cada vez más sensible.

«Me están dando cosquillas», susurró.

Sin dudarlo ni un instante, noté una repentina y firme presión en los hombros cuando mi espalda chocó contra el colchón, quedando firmemente inmovilizada por su fuerte agarre. Me apretó los dedos y me clavó las uñas largas y perfectamente cuidadas en los hombros, mientras se inclinaba y me daba besos pequeños, descuidados y juguetones en la cara.

Totalmente cautivado por ella, me maravillé ante el peso de sus firmes pechos, el sutil jugueteo tras sus brillantes y deslumbrantes ojos, que centelleaban cuando la escasa luz del dormitorio incidía en ellos. Y, por encima de todo, Dios mío, aquellos labios. Gruesos, exuberantes, celestiales, de un rosa intenso casi pecaminoso. Tan suaves, tan delicados, tan perfectos, pidiendo a gritos ser besados. Y los besé con todo lo que tenía: una pasión irrefrenable por consumirla por completo, por saborearla hasta la última molécula. Cuando por fin mis labios se encontraron con la carne húmeda y flexible de los suyos, aspiré bruscamente por la nariz. El dulce almizcle de su perfume llenó inmediatamente mis fosas nasales, mientras su embriagador aroma se filtraba por mis pulmones arremolinándose en mi cabeza como un vaso de whisky, quemándome la garganta y excitando cada nervio. Al mismo tiempo, la sutil mezcla de su cálido aliento, el tenue sabor del café que había disfrutado antes, todo se mezclaba dentro de su caliente

y mentolado santuario interior, y se arremolinaba por la sensible superficie de mi lengua en el beso más increíble que había experimentado nunca.

Dios mío, podría quedarme allí para siempre.

Todas las sensaciones y caricias de su cuerpo envolviéndome, atrayéndome hacia él y acercándome. Parecía durar horas. Incluso semanas. La besé salvajemente, saboreando su boca caliente y tentadora. Su boca cubrió la mía, provocándome un escalofrío tras otro.

Cuando nos separamos, aturdidos y delirantes por el apasionado abrazo, se limitó a murmurar: «Oh, Lauren. Mi amor». Su voz era ruda, gruesa y sensual. Todo lo que debe ser un susurro femenino. Se deslizaba por su lengua como la miel: rica, suave y muy tentadora. Al instante, todo mi cuerpo se sintió envuelto en llamas y el calor me subió a las mejillas.

«Me encanta cuando me miras y te lames los labios», susurró. «Dios mío, tu piel es increíble. Ahora quiero saborearla toda. Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo. Y luego, finalmente, sumergirme entre tus muslos y lamer tu parte más deliciosa».

Todo mi mundo se congeló por una fracción de segundo.

Entonces, con la sonrisa más sexy que jamás había visto, empezó a arrastrarse sensualmente por mi cuerpo semidesnudo, masajeando suavemente cada curva con sus dedos y arrastrando las yemas más ásperas de sus dedos por la piel mucho más sensible de mi vientre. Cuando sentí que sus labios carnosos y deliciosos se cerraban sobre el pequeño y tenso músculo que tenía junto al hueso pélvico, me estremecí. El dolor hizo que un agudo jadeo saliera de mis pulmones al contorsionar involuntariamente la columna vertebral, mientras ella se aferraba tenazmente y el dolor remitía lentamente.

Cuando empecé a calmarme, el entumecimiento y el dolor se transformaron en algunas de las sensaciones más increíbles que jamás había experimentado. Unas oleadas eróticas de calor inundaron mis partes íntimas y mi espalda se relajó lentamente al sentir la intensa pero breve sensación de sus labios acariciando la suculenta y delicada piel de la cara interna de mi muslo.

Me quedé hipnotizada cuando levantó la vista hacia mí, mirándome directamente al alma mientras sus labios y su lengua danzaban lentamente hacia mis profundidades ocultas a través de las tiras negras de encaje que se aferraban con tanta fuerza a mi hermosa piel desnuda. Se detuvo justo antes de que su boca hubiera llegado al pliegue entre la cadera y el muslo.

Estaba tan cerca que pude sentir el movimiento de sus labios formando las palabras, su voz caliente al decir suavemente: «No te atrevas a correrte todavía, Lauren. No te muevas. Cierra los ojos y asimílalo».

En cuanto las palabras salieron de su boca, su boca formó un sello más apretado, devorándome por completo, deslizándose con destreza bajo la tira de encaje de mis bragas y encontrando la delgada y suave astilla de piel carnosa que conducía directamente a mi dolorido montículo, como un misil en busca de calor.

Spencer se detuvo, con la pierna doblada debajo de mí; un brazo largo y delgado cruzó mi vientre pálido para atraerme hacia ella. Al principio no me había dado cuenta, con los ojos cerrados mientras me deleitaba con la gloriosa sensación del movimiento de sus labios calientes y húmedos contra mí, pero Spencer también tenía los brazos desnudos. Sus uñas perfectamente cuidadas se clavaron profundamente en la suave piel de mis huesos de la cadera, su cara se apretó contra mi muslo mientras su boca me engullía por completo y su nariz empezaba a burlarse inadvertidamente de la piel desnuda. Sus salvajes y rizados mechones morenos se aferraron a mi ombligo, llenándome de excitación mientras sus manos me engatusaban para que me abriera por completo. Un dedo largo me palpó suavemente los labios, aumentando su avidez con cada jadeo.

Bajé la mano y acaricié tímidamente sus oscuros rizos. Se levantó suavemente y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, sonrió y bajó rápidamente la cara para besarme sensualmente el muslo. Luego bajó hasta la parte inferior de la rodilla. Incluso en la parte superior del arco interno de mi pie. Con cada caricia, se me aceleraba la respiración, pero la dejé que se entretuviera, observando cómo me daba otro beso en el muslo, peligrosamente cerca de mi abertura.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, mientras sus preciosos y vibrantes ojos verdes clavaban la mirada en los míos y sus dedos recorrían mi cuerpo. Un dedo se deslizó lentamente más allá de mis labios hasta el fondo con un increíble movimiento de nudillos y mis entrañas se retorcieron involuntariamente con la combinación de puro placer. Un hormigueo estalló desde la punta de mis dedos hasta la parte posterior de mi cabeza. Me estremecí, dejé escapar un gemido y me dejé llevar por el relax total contra el mullido revestimiento de la enorme cama king size.

La sonrisa perversa se extendió aún más por sus labios sonrosados y sus rasgos suaves y definidos parecían bailar mientras la piel se arrugaba burlonamente. Se inclinó y su salvaje cabellera se extendió sobre mi cuerpo; los hermosos mechones ondulados se derramaron como la seda sobre mi vientre desnudo mientras su lengua se abalanzaba, húmeda y áspera, rodeando mi pezón rosado, que se ponía rígido, para luego enroscarse en una punta dura y clavarse en mi pezón con fuerza. El dolor era delicioso y estimulante, mientras mi cuerpo se retorcía con una sensación tras otra, maravillosa y placentera, convulsionándose alrededor de su dedo. Grité una

mezcla de placer y dolor, pero ella era implacable. Con cautela y utilizando la lengua, me abrió más las piernas, dejando al descubierto el color rosa de mi centro palpitante y las pegajosas y dulces secreciones que había entre mis temblorosas piernas.

Su otra mano se deslizó hacia arriba, alisando el suave vello contra el colchón, mientras tomaba y levantaba la parte inferior de mis flexibles pechos, deteniéndose solo unos breves instantes antes de que su dedo volviera a hundirse en mi húmedo montículo y su boca rodeara los doloridos picos de mis pezones duros y rosados. El torrente de jugos cremosos que se había desprendido de mi interior fluyó entre sus dedos y yo me agité y retorcí incontrolablemente bajo su boca y sus dedos. Pero, en lugar de engatusarme suavemente hasta el clímax, se movió suavemente desde mi humedad, arrastrando una línea húmeda y brillante desde la hendidura de mi montículo hasta mi abdomen. Su cuerpo se arrastró lentamente por el colchón, dejando al descubierto su desnudez con sus largos y tonificados miembros.

La palabra «perfección» no era demasiado fuerte para describir su increíble forma mientras me maravillaba ante las exuberantes curvas y picos de su cuerpo impecable. Una cintura pequeña y definida se estrechaba, y sus pechos, bien proporcionados y firmes, descansaban orgullosos sobre su pecho, mientras el rojo oscuro y tentador de sus areolas se elevaba mucho más allá de sus pezones teñidos de rosa.

En el blanco cremoso y flexible de su piel se esparcían pecas largas y atrevidas, algunas de las cuales parecían adquirir un claro tono púrpura. Cuando alargué la mano y trazando delicadamente el contorno de los sutiles hoyuelos de su espalda con el dedo índice, sentí que se tensaba; sin duda, una ligera oleada de aprensión inicial inundó todos sus sentidos mientras esperaba mi siguiente movimiento. Mi mano se dirigió hacia arriba y atrajo todo su cuerpo hacia el mío, consumiéndonos y envolviéndonos en un abrazo totalmente apretado e intenso. La embriagadora mezcla de sensaciones era abrumadora.

Era como si pudiera sentir cada centímetro de su piel suave y satinada contra la mía.

Su cuerpo era absolutamente imposiblemente increíble y podía sentir la pura suavidad de su carne desnuda presionada directamente en mi lugar más íntimo. Nuestros brazos se aferraron el uno al otro mientras nuestros dedos se entrelazaban y se cerraban a la espalda del otro.

Nos fundimos hasta que fue imposible saber dónde acababa yo y empezaba ella.

Por un momento, no hubo lujuria ni placer sexual, y toda pizca de ansiedad o aprensión parecía desaparecer. Fue simplemente un momento de plenitud perfecto e inesperado, en el que el cálido abrazo de la persona con la que me sentía más unida me envolvió en un cálido resplandor de

consuelo. En aquel momento, me sentí tan segura y satisfecha como nunca antes en mi vida, y a la vez encendida y electrizada por la pura anticipación de lo que estaba por llegar.

«Lauren, mi amor», susurró Spencer suavemente, mientras sentía mi aliento caliente abrasando su piel. Acerqué la cara a su cuello y empecé a besarle suavemente, mordisqueando y chupando su piel sensible.

Empecé a tirarle del lóbulo de la oreja con los dientes, y me encantó cómo reaccionaba todo su cuerpo. Sus manos recorrieron la suave piel de mi espalda y gemí cuando me besó el cuello y los hombros.

«Nadie me había tocado nunca así, Lauren», susurró Spencer. «Tus dedos me vuelven absolutamente loca.

«Para mí también es nuevo», susurré en respuesta. «Dios, te quiero de verdad, Spence».

«Te quiero, querida», susurró ella. «Eres todo y más de lo que jamás había soñado. Estás más allá de la perfección».

La tensión iba en aumento. Sentía mi corazón latiendo a toda velocidad. Sentía su pulso palpitante, como si un animal salvaje, frenético y aterrorizado, estuviera atrapado en mis costillas. Sus manos me rozaron los muslos suavemente. Luego, por los costados, los pechos, las mejillas, el cuello y las clavículas. Nuestros besos se volvieron apresurados. La respiración se aceleró. Las manos se movían con avidez. Entonces, de repente, se produjo una inmovilización total. Fue como si la habitación se congelara mientras nuestros ojos se clavaban en una mirada tan intensa. Parecía que buscábamos algo y entonces se produjo el más breve asentimiento. De algún modo, tenía mucho sentido. Supimos al instante y de forma simultánea que estábamos entrando en un territorio completamente nuevo, con nuevas reglas y límites.

Todo estaba cargado.

Todo estaba amplificado.

Sensible.

«Sube aquí», gimió, agarrándome los muslos con sus fuertes manos y tirando de mí hacia ella. «Necesito probarte.

Mientras me sentaba a horcajadas sobre ella, casi podía sentir los latidos de mi corazón en el clítoris. Cuando sus fuertes hombros me elevaron en el aire y me colocaron en mi sitio, sentí que mi ritmo cardíaco aumentaba, como si intentara mantenerlo. Cada caricia me producía expectación y excitación, y todos mis sentidos estaban vivos y hambrientos de más. Su delicado tacto y su beso me elevaron, temblando de éxtasis. Su tacto se grabó en mi memoria al instante:

la plenitud que llenaba todos los espacios vacíos y solitarios, la seguridad que me proporcionaba, la confianza, el amor...

Me había acomodado en su regazo cálido y acogedor, aferrándome a ella y sintiendo todo lo posible. Envolví su cuerpo en el mío. Pasó las manos por mi espalda desnuda, desde la nuca hasta el pliegue de mis caderas, aferrándose a mí con total felicidad. Apretando su abrazo, enterró su cara en mis pechos; acuné su cabeza, levantándola para que se encontrara con la mía, saboreando una lágrima mientras me besaba. Dulce y salado. Tenía una sonrisa temblorosa en los labios. Besé sus ojos cerrados y estreché su cabeza contra mi pecho. La abrazaría allí para siempre, si eso era lo que necesitaba.

Al cabo de un rato, me devolvió el gesto al levantar la cabeza. Nuestros ojos se encontraron y, una vez más, se perdieron en la eternidad del universo. Era tan fácil y sencillo ver, cuando había pasado toda una vida, en un momento surrealista.

Esto era real.

Nunca me había dado cuenta de lo corta y pequeña que podía ser la vida.

«Agárrate a mí, Spencer. Por favor, no me sueltes nunca. Ahora y siempre soy tuya», le susurré a través del sudoroso y salado desorden de nuestros cuerpos.

Al día siguiente me desperté aturdida, con la esperanza de que fuera un sueño que se me escapara de algún modo de mis nebulosos recuerdos de la noche anterior. En cuanto me vio revolverme, acercó mi cuerpo desnudo al suyo y colocó mi muslo sobre el suyo.

Podría acostumbrarme a despertar así todos los días.

Esto era la felicidad.

Chapter Twenty-Six

Era la última semana de Spencer en el plató, y también la mía, ya que la semana anterior había dado mi preaviso. Llegaron los últimos días de rodaje y, como era de esperar, fue todo un espectáculo. Hubo mucho canto, llanto y arrebatos emocionales. Tras 10 agotadoras horas el viernes, el director dijo «¡Corten!» y anunció que la producción había terminado.

El reparto y el equipo lanzaron una gran ovación y todos corrieron a abrazarse. Algunos derramaron lágrimas, como si fuera el final de una era. Para muchos de ellos, quizá, era el final de algo muy grande.

Supongo que para mí también era el final de una era.

La semana que viene me iba a Los Ángeles con Spencer y me iba a despedir de este campus, de mis amigos y de mi vida aquí.

Había fiestas de despedida planeadas para todo el fin de semana, pero Spencer y yo no íbamos a quedarnos más tiempo del que ella estaba obligada a asistir. Teníamos que coger un vuelo temprano el lunes por la mañana y estaba previsto que un camión de mudanzas recogiera mis pertenencias para llevarlas a casa de Spencer en Los Ángeles.

Como era muy tarde cuando terminó el rodaje, y tras un largo viaje de despedida con el equipo de maquillaje y peluquería, conduje hasta casa. Spencer y yo habíamos decidido pasar aquí nuestras últimas noches despacio para que yo pudiera pasar tiempo con mis amigos y ella pudiera estar disponible para compromisos de última hora con los medios de comunicación mientras todo el reparto seguía en la misma ciudad.

Tendríamos todo el tiempo del mundo para estar juntos una vez que estuviéramos en Los Ángeles, y quería aprovechar estas últimas noches con Allie y Julie.

Dos días, muchas lágrimas y demasiados margaritas después, había empaquetado el 10 % de mi antigua vida que quería conservar y había empaquetado el otro 90 % para regalarlo.

A veces, un nuevo comienzo empezaba con una maleta medio vacía.

* * *

Tras terminar de cenar y meter las últimas pertenencias en bolsas y maletas para nuestro vuelo de la mañana, cerré la casa por última vez. Spence y yo estábamos agotados, y aún nos esperaba un largo y agotador viaje.

Qué semana más loca.

Cuando por fin terminara, viviría en una casa preciosa, y ahora, con la última casilla tachada de la creciente lista de tareas pendientes, estaba más que preparada para subirme al coche e ir al aeródromo privado del estudio, en las afueras de la ciudad. La adrenalina de este fin de semana ya me había hecho sentir muy bien, pero la noticia de nuestro vuelo supuso una inyección extra de euforia.

«Ya está todo empaquetado. La empresa de mudanzas enviará el resto de tus objetos aquí y los descargará en un almacén de Los Ángeles en los próximos días.

Los de la mudanza pueden empaquetar la pequeña cantidad de cosas de mi apartamento. La mayoría de mis muebles de aquí se pueden donar. No tiene sentido traerme la bicicleta, la cafetera ni otras cosas».

«Lo que haga que tu nivel de estrés sea más bajo, nena», insistió Spencer antes de echar un vistazo a su teléfono, que ahora emitía la alerta de su calendario. «Ah, maldita sea. Tengo que ir a la fiesta de Chris y yo para terminar el reparto. ¿Estás segura de que no quieres venir?».

«Seguro», asentí. Era una fiesta en la que se iban a filtrar fotos de Spencer y Chris, y yo no necesitaba estar en una habitación en la que mi novia tuviera una cita falsa con su novio de relaciones públicas.

«Vale, volveré un poco más tarde. Llámame si necesitas algo, te prometo que contestaré».

Compartimos un beso en la puerta mientras me despedía de Spencer.

La emoción creció en mi interior al darme cuenta de que, a esas horas, mañana, estaríamos en Los Ángeles. Por fin podríamos olvidarnos del trabajo de Spencer durante un tiempo y concentrarnos en estar juntos.

Nuestra vida real podría empezar.

Podríamos empezar a planear.

* * *

Al día siguiente, Spencer y yo llegamos al aeropuerto y subimos al jet privado del estudio. Un puñado de artistas y productores volaban juntos a casa y habíamos conseguido que nos llevaran con Rebecca.

Durante el viaje, Spencer rellenó unos papeles, charló con los productores y atendió unas cuantas llamadas importantes. Cuando terminó, se acercó y se sentó en el sillón situado al otro lado del pasillo.

«Todo el mundo está encantado de que vuelvas a casa conmigo», me dijo, con la mano en el muslo, mientras nos sentábamos en el avión poco después. «Vas a conocer a todo el equipo cuando lleguemos a mi casa».

«¿El equipo?», pregunté.

«Creía que Rebecca era tu equipo».

«Bueno, claro, no podría hacer nada sin ella», respondió Spencer, sonriendo. «Pero también tengo un equipo de personas que se ocupan del resto de cosas para las que no tengo tiempo. Mis publicistas, el director de mi casa, mi estilista y su ayudante, y el personal en general».

«Vaya, vale», dije, respirando hondo. «Suena emocionante».

«Siempre pasan muchas cosas, eso seguro. Pero te prometo que te encantarán todos, y yo confío en todos ellos desde hace años, así que tú también puedes».

Sabía y me había dado cuenta de que Spencer y yo llevábamos vidas muy diferentes, pero la diferencia entre nosotros era cada vez más evidente. Me pregunté cómo resultaría todo cuando nos instaláramos.

Rebecca, que nos había acompañado a su oficina de Los Ángeles, se sentó a nuestro lado en la parte trasera de la sala de espera del avión.

«Bueno, parece que las fotos de la fiesta de despedida por fin han llegado a las revistas», dijo, dándole su iPad a Spencer para que lo consultara.

Spencer lo sostuvo entre los dos y hojeó un titular tras otro de «#TeamSpris» o «Romance en el plató», informes de «fuentes» descaradamente inventadas. Sentí cómo se me oprimía el pecho al ver una foto tras otra de Chris con el brazo sobre los hombros de Spencer entre la multitud del reparto y el equipo.

Y entonces, vimos la foto principal que incendiaba las redes sociales: una instantánea de Chris y Spencer fuera del hotel del reparto, y los paparazzi captaban fotograma a fotograma el momento en que Chris se inclinaba y le plantaba un beso a Spencer.

Sentí que se me cortaba la respiración.

De todas las cosas que había esperado y para las que me había preparado, esta no era una de ellas.

Esto era diferente.

Miré a Spencer con los ojos muy abiertos cuando se volvió hacia mí.

«Bueno, parecen bastante realistas», empecé, sin saber muy bien qué decir. Cualquier emoción se me agolpó en el pecho.

Al fin y al cabo, ese era el trato.

Y sabía que habría fotos y publicidad.

Pero ¿verlas de verdad? ¿Tener que ver a mi novia besando a otro? ¿A alguien con quien la gente la «enviaba»?

Era un nivel de incomodidad que no esperaba.

«Cariño, no es lo que parece, te lo prometo», suspiró Spencer. «Ni siquiera me ha besado. Son profesionales a la hora de sacar las fotos más escandalosas».

Su sonrisa se borró ligeramente. Sus labios se apretaron con fuerza.

Extendió la mano hasta que solo nos separaban unos centímetros. Permanecimos en silencio durante unos segundos, mirándonos fijamente a los ojos. Nuestros dedos se entrelazaron con tanta fuerza que casi dolía. No era doloroso exactamente, sino más bien intensamente íntimo.

«Sé que es solo por las relaciones públicas de la película, pero sigue siendo muy raro verte en una cita falsa con Chris», susurré.

Spencer se echó a reír. «Créeme, no es mi tipo», dijo, inclinándose y plantándome un beso húmedo y descuidado en la mejilla. «Además, no tienes nada de qué preocuparte. Solo tengo ojos para ti».

«Ya, pero aun así...», repliqué, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas. «Es que es muy raro ver todas esas fotos de vosotros dos en una cita falsa. Mira esta... ¡Realmente parecíais muy unidos!». Señalé la foto de él dándole un beso de buenas noches.

«¿Cuánto tiempo más tiene que durar?», pregunté, intentando ignorar el nudo que se me hacía en la garganta. No quería ser esta novia, sobre todo en nuestro vuelo hacia nuestro nuevo hogar y nuestra vida juntos, pero no podía evitar la agitación de ansiedad y celos que sentía.

Había intentado evitar las páginas de cotilleos, pero no había podido hacerlo mucho. Mirara donde mirara, había artículos sobre Spencer y Chris. Parecía que el equipo de relaciones públicas se había vuelto loco.

Empezaron con pequeñas cosas: coger de la mano en el estreno de una película, posar para una sesión de fotos en la playa, tomar un café en una cafetería.

Pero ahora los medios de comunicación habían explotado. Se hablaba de un romance en el plató, de un romance relámpago y de la pareja perfecta de Hollywood. Había fotos que mostraban besos entre bastidores durante las entrevistas, fotos tomadas a puerta cerrada, y la prensa sensacionalista afirmaba que era una verdadera historia de amor.

«Solo nos quedan unas semanas más, y luego estaremos mucho tiempo antes de que se estrene la película. Entonces se inventarán alguna historia de ruptura y seremos libres de no tener que ver ni tratar con Chris hasta la próxima película».

«Supongo que son buenas noticias», dije, todavía un poco insegura.

Spencer me cogió la mano y me la apretó. «No es para siempre ni es real. Piensa en cómo será cuando lleguemos a Los Ángeles y puedas entrar y salir cuando quieras. Ya no tendrás que esconderte».

«Sí, esa parte suena bien», admití.

«Y, oye, quizá podamos hacer un viaje ahora que la película está terminando», sugirió, pasándome los dedos por el antebrazo.

Intentaba tranquilizarme, pero esta vez no lo conseguía. Tenía un mal presentimiento y no podía disiparlo.

Algo iba mal, a pesar de que nunca nada había molestado a ninguna de estas mujeres, pero hoy algo me hacía sentir mareada al ver la máquina del marketing mediático.

Algo había estallado.

Chapter Twenty-Seven

Había casi una hora de coche desde el pequeño aeropuerto privado donde habíamos aterrizado hasta la casa de Spencer.

Me quedé boquiabierta cuando subimos por el camino asfaltado. No pude evitar maravillarme ante el tamaño de la impresionante y extensa mansión. Con sus paredes blancas, sus enormes ventanales de cristal y su cuidado césped, parecía sacada de una revista de Hollywood.

Spencer, naturalmente, apenas había echado un vistazo a su enorme casa, pasando de largo los techos de doble altura, los muebles elegantes y modernos y la cocina de última generación para mostrarme su dormitorio. No tuve ocasión de apreciar las vistas, ya que Spencer me empujó hacia ellas. Ni siquiera tuve ocasión de admirar la elegante escalera de caracol ni la gran piscina antes de encontrarme clavado en medio de la mullida cama king size, con los labios de mi novia sobre mí.

«Probablemente deberíamos asegurarnos de que la furgoneta ha llegado con todo», dije entre besos.

Spencer emitió un gruñido de fingida frustración y me rodeó con los brazos, acercándome más a ella. Supongo que al menos podría haber fingido no darme cuenta de que nuestra nueva ubicación le proporcionaba unos centímetros más de rasgos faciales mientras me sonreía.

«Tienes razón, tienes razón», suspiró con exageración. «Y todo el mundo se pasará más tarde para ponerse al día. Pero quería que al menos nos diéramos un buen primer beso en nuestra nueva casa para celebrarlo».

Arqueé una ceja. «Solo un beso, ¿eh?»

«Mhm», susurró en mi boca. Sonriendo, pasó a besarme en la mejilla y luego en la mandíbula. «Y un tercero, y un cuarto, y un quinto beso».

Su mano se detuvo a un lado de mi cadera y atraje mi cuerpo hacia ella. Spencer se incorporó lentamente y me cogió de la mano, empujándome hacia arriba con ella, rompiendo ambas a regañadientes el hechizo momentáneo.

«De acuerdo. Pero retomaremos esto más tarde», sonrió, y sus labios se posaron en los míos.

—¿Qué tal si te enseño tu nueva casa?

—Este es el dormitorio principal, nuestro orgullo y alegría —me dijo alegremente.

Fue casi surrealista cuando, al inclinar la cabeza hacia delante, por fin percibí lo que me rodeaba. El exuberante y reconfortante gris, un poco ahumado, y el innegable y suave crema resaltaban maravillosamente los inmaculados cuadrados de mármol de 10 x 7 cm del suelo. Seguía un mobiliario fresco y moderno, nada fuera de lo común. Aparte de la enorme chimenea situada en el centro de la pared más alejada, innecesaria en California por la ausencia de frío en los meses de invierno, pero que constituía una increíble declaración de intenciones.

Era hermosa, observé.

El mobiliario era fresco y, me atrevería a decir, incluso elegante. En el largo sofá de color hueso había dos almohadas de felpa, que eran excesivas y innecesarias.

«Te encantan las almohadas, ¿verdad?», bromeé, señalando con la cabeza los montones que había en el sofá, las sillas y la gigantesca nube de colchón y las seis almohadas apiladas encima.

«Bueno, necesitaba algo con lo que acurrucarme antes de que aparecieras en mi vida», se rió. «Aunque, si es demasiado o abrumador, podemos cambiarlo...».

«¿Estás de broma? Me encanta».

«Me encanta también. Me encanta la combinación de colores, la textura de la tela... Está muy bien hecho».

«Bueno, a mi diseñadora, Janine, le pagan bastante bien por supervisar y renovar mi casa cada pocos años», replicó. «La cuestión, preciosa, es que toda la casa es completamente tuya. En serio, cielo. Quiero que te sientas totalmente a gusto aquí».

«Eres fantástica», susurré. «Ahora, ¿qué te parece si continuamos con la visita de la casa?».

El timbre sonó justo cuando terminaba de hablar.

«¡Ese debería ser el equipo!», exclamó Spencer. «¡En el momento perfecto! Podemos ver qué siente cada uno y pedir algo de comer».

Mientras Spencer corría a abrir la puerta, yo volví a sentarme en la cocina, nerviosa por primera vez en todo el día.

Cuando volvió, estábamos de nuevo en la planta principal de concepto abierto. La inmaculada cocina parecía aún más grande y limpia bajo la luz natural menguante. Si prestaba atención, casi

podía oír un zumbido agudo y nítido de energía prístina a mi alrededor, eléctrico y nervioso.

Era la primera vez que me sumergía por completo en el mundo de Spencer.

Oí que Spencer llamaba desde el vestíbulo: «¡Bienvenidos, bienvenidos todos!». «¡Dios mío! ¡Os he echado tanto de menos a todos!»

En la habitación de al lado, oí los sonidos emocionados de amigos que llevaban meses separados. Los chillidos de alegría resonaron por los pasillos minimalistas y dieron algo de vida al espacio.

«¿Por qué no salís a la piscina? Hoy hace muy buen tiempo fuera. Dejad que ponga música y traiga refrescos para todos».

«¿Puedo ayudar?» dije mientras Spencer se dirigía a la cocina.

Spencer asintió con la cabeza y sonrió:

—¡Por favor! ¿Puedes traer algo para picar junto a la piscina? Debería haber patatas fritas y salsa en la despensa».

Me acerqué a la elegante estructura de madera y saqué un puñado de aperitivos recién surtidos. Mientras buscaba los cuencos, noté una presencia repentina detrás de mí. Se oyó un suave suspiro y luego un calor me rodeó la cintura y subió lentamente por mi vientre desnudo.

«Ven aquí», murmuró Spencer, abrazándome y tirando de mí hacia el mostrador que tenía detrás, apoyando la barbilla en mi hombro. Su cuerpo se fundía perfectamente con el mío y nuestras curvas encajaban a la perfección. Solté un pequeño suspiro de satisfacción y me dejé deleitar por el calor que irradiaba su pecho en la espalda de mi camisola. Estaba en todas partes.

«Espero que no te resulte demasiado abrumador que venga gente tan pronto. En su momento me pareció una buena idea, pero ahora quiero que os quedéis solo para mí. Además, tenemos a personas muy importantes en nuestro equipo».

«Estaré bien», respondí con una sonrisa. De algún modo, lo entendió sin que yo tuviera que decir nada.

Lentamente, los brazos que me rodeaban se replegaron y sus dedos juguetones bailaron en la parte posterior de mis hombros, siguieron hasta la piel de mis brazos y acabaron entrelazándose con los míos. Con un movimiento rápido y fluido, me condujo hasta un mostrador alto situado junto a la pared. Con una sonrisa reconfortante, sacó algo de su bolsillo y me lo puso en las manos.

«Bueno —susurró cariñosamente mientras me besaba la mejilla—, compré el regalo en varias partes y se me olvidó por completo darte la Parte 1 anoche. La segunda parte te la daré esta noche».

Me quedé estupefacto.

Prácticamente se me cayó la mandíbula al suelo cuando empecé a examinar el objeto que tenía en las manos.

Mientras trazaba ligeramente con los dedos las bellas líneas grabadas de una llave ornamentada que colgaba de una cadena de collar, miré a Spencer con los ojos muy abiertos. «Es preciosa, pero ¿para qué sirve?».

«Más tarde», susurró pasándome el pulgar por los labios.

Dios mío. Una caricia de esta chica y aún me sentía como si me fueran a fallar las rodillas.

Estaba a punto de tirar de ella hacia la habitación que teníamos detrás cuando nos interrumpieron.

«¿Spencer? —Hola? ¿Hay alguien por aquí? ¿Dónde está esa estrella de cine que tanto adoro? La voz masculina llegó hasta nosotros al doblar la esquina. «¿Y qué me dices de la bella y talentosa Lauren, de la que tanto hemos oído hablar?».

«¿Brian? ¿Mark?», exclamó Spencer mientras corría hacia delante.

Observé cómo se abrazaban mientras alisaba mi camisa con las manos. Era la hora del partido. A la hora de conocer a los amigos, las primeras impresiones importaban.

—¡Lauren! Quiero que conozcas a Brian, mi maravilloso estilista y chico favorito, y a su chico, Mark», se entusiasmó Spencer.

«Oh, cariño», se rió ella, «si yo soy el mejor, los hombres están jodidos».

Aquel hombre me cayó bien al instante.

Su voz bulliciosa y exagerada, y su energía, derritieron la tensión por la ventana, y su aspecto acaparó toda la atención.

«Lauren, he oído muchas cosas sobre ti. Ese vestido te queda perfecto».

Dijo Brian, con el rostro animado. Sus labios relucían con un brillante rosa coral, casi a juego con la elegante combinación de pantalón de vestir y polo. Un poco fuera de su rango de edad y muy propio de un chico de fraternidad de Nueva Inglaterra. Resultaba irónico para un jovencito californiano.

Brian me enseñó sus cálidos y blancos nacarados. Mi cara se sonrojó mil veces, haciendo que mis pecas y mis quemaduras solares se mezclaran. Al instante, pasé de los nervios a una sensación de calma y tranquilidad. Desprendía una buena energía que me tranquilizó.

«No le hagas mucho caso, cielo. Suele ligar con todo lo que se mueve», dijo Spencer, señalando a Brian con la mano. Este enseguida me rodeó la cintura con un brazo mientras nos quedábamos en la puerta de la cocina. «Tampoco sabe mantener las manos quietas».

Brian era todo brazos, aleteaba y volaba por todas partes mientras relataba animadamente el día de la audición.

«Oh, has conocido a la mujer única, la libertina sin tapujos del infierno...». Brian chasqueó entre sus labios de cereza, su brillo reluciente volvió a aparecer y las manos volvieron a volar como si estuviera lanzando un hechizo.

Mientras seguía hablándome de gente que ni siquiera conocía, volvió a sonar el timbre de la puerta. Spencer se levantó de un salto y fue a recibir a los siguientes invitados.

Mientras Brian continuaba con su historia, entró Rebecca flanqueada por una mujer llamativa que se paseaba cogida del brazo con Spencer. «¡Todos han llegado, Rebecca y Tara!».

—Tara. Nunca había oído ese nombre.

Era una mujer alta, delgada y muy seria. Llevaba el pelo recogido en una apretada coleta. Su mirada gélida y penetrante, y su postura rígida, me intimidaban.

Caminó hasta mi lado sin siquiera saludarme.

«¿Cómo os conocisteis Spencer y tú?», pregunté con la esperanza de conocer mejor a Tara. Estaba claro que eran íntimas, aunque nunca había oído hablar de ella.

«Oh, trabajo en colaboración con Rebecca», dijo con desdén agitando una mano en el aire, «ya conoces a Rebecca».

«Claro, claro», asentí, aún sin saber cuál era su papel. A pesar de lo gregario que era Brian, me estaba haciendo trabajar para conseguirlo. «Entonces, ¿también eres representante o agente?».

«Soy la mánager de la casa y la principal coordinadora de Spencer en Los Ángeles», respondió encogiéndose de hombros. «Básicamente, me encargo de todo lo que necesita mientras está aquí».

«¡Eh, chicas! ¿Qué os parece un copazo? Podría preparar algo», intervino Brian, rompiendo la tensión.

«¡Brian y yo nos ocuparemos del bar!». Una pequeña mano se coló en la curva de mi cadera; un ligero tirón de familiaridad cuando Spencer pasó a mi lado, sonriendo.

Brian se contoneó, moviendo la cabeza de arriba abajo mientras daba palmadas salvajes. «¿Podría alguien por favor poner la música? ¿Nos vamos de fiesta?».

«Lauren, ¿harías el favor de poner la música, nena?», llamó Spencer desde el otro lado de la habitación.

«Claro», respondí antes de darme cuenta de repente de que no tenía ni idea de dónde estaba el equipo de música ni de cómo ponerlo en marcha.

«Aquí», dijo la voz familiar de Rebeca en mi oído. Debía de haber entrado durante el alboroto. «Te enseñaré a instalar los altavoces Bluetooth».

Me guió desde la zona principal de entretenimiento hasta la oficina trasera de la casa, donde había un panel de control que gestionaba toda la casa.

«Hoy vas a tener que dejar que Spencer descanse», murmuró Rebecca. «Está nerviosa. Y, cuando se pone nerviosa, se vuelve el alma de la fiesta».

«¿Nerviosa?», pregunté.

«¿Por qué iba a estar nerviosa?

—Después de lo que pasó con...». Rebecca se volvió hacia mí, que estaba de nuevo en la cocina. «Síguele la corriente hoy y mañana se comportará lo mejor posible y volverá a la normalidad».

Con una última mirada de reojo, Rebecca desapareció en el salón, dejándome pasar por la cocina, que brillaba con luz de día. Podía leer a Rebecca mejor que a Spencer, pero, al juntarlas, encajaba todo perfectamente. No en el sentido de que se hubiera ocultado o tergiversado algo en mi mente. Más bien en el sentido de que algunos asuntos eran privados y tal vez yo no estaba preparada o no necesitaba conocer esos componentes. Como si el funcionamiento interno de Spencer fuera una máquina bien engrasada y yo estuviera empezando a descubrirlo por mí misma.

De momento, solo había conseguido comprender las funciones clave: Spencer se aferraba a las cosas.

Al ver que avanzaba con paso firme hacia donde todos descansaban junto a la piscina, comprendí gran parte de lo que Rebecca me había revelado sobre Spencer. Solo recientemente se había producido un cambio en lo que confiaba Spencer. Todo esto de compartir una vida aún era nuevo para ella.

«¿Quieres otra margarita, cariño?», oí una voz cantarina que puso fin bruscamente a mis cavilaciones internas. Una fuerte palmada cubrió la tensa piel de mi estómago con una ternura cuidadosa pero significativa. Spencer me dedicó una amplia sonrisa, feliz y reluciente, mientras mecía el costado de su cuerpo contra el mío.

«Perdona, sí, necesito uno». Me acercó el borde salado del vaso a la boca. Me reí al ver su expresión de concentración. Spencer frunció el ceño y me pasó un rizo por detrás de la oreja. No sabía que fuera una camarera tan dedicada. Entonces, la margarita de lima fría, helada y salada me cosquilleó los labios. Hice una mueca de fastidio y me limpié los restos de sal marina de los

labios. Con un rápido pero suave movimiento, el pulgar de Spencer se acercó a una gota invisible y se la llevó a la boca.

«Mmmh, esta noche me ocuparé de eso por ti». Parecía muy satisfecha.

«Este cóctel salió con menos tequila del previsto y es una de sus especialidades más débiles», dijo Brian en voz alta desde la acogedora zona de asientos junto a la piscina, guiñando un ojo en mi dirección.

«Tú cállate ahí. Otros más responsables de entre nosotros quieren tomárselo con calma hoy. No hay por qué emborracharse en mi primer día en casa». Spencer añadió rápidamente: «¡Me oyes! Lo digo en serio».

Un coro de abucheos de protesta y murmullos vacíos reverberó por toda la casa en señal de desacuerdo. Mark levantó la copa y, en silencio, brindó antes de beber un gran sorbo.

Ver a Spencer en aquel ambiente era refrescante y excitante. Estaba relajada, pero controlada. Estaba a gusto, pero excitable con sus amigos.

Parecía feliz y, mientras nos acomodábamos en el patio con sus amigas, noté que yo también me relajaba.

Realmente era el comienzo de algo nuevo.

Chapter Twenty-Eight

Tras unas cuantas rondas más de bebidas, el sol se puso por fin y la fiesta terminó.

«¡Deberíamos salir todos!», sugirió Brian con un grito.

«Yo estoy dispuesta a ir a bailar», aceptó Tara.

Miré a Spencer y esperé que leyera el cansancio que se reflejaba en mis ojos. Después de un largo fin de semana de maletas y mudanzas, bailar sonaba a miseria en aquel momento.

«Sí, estoy agotada. Podéis iros todos», dijo Spencer. «Yo me quedo aquí. Y nadie va a conducir a ningún sitio».

«No, no, no. Esta noche no». Rebecca sacudió la cabeza y negó con la cabeza. «No podéis esconderos aquí esta noche. Dentro de unos días estaréis encerrados. Salid a celebrarlo con nosotros».

Spencer puso los ojos en blanco y luego me miró: «No, disfrutad todos. Yo tengo mis propias esperanzas de pasar una noche con mi chica».

No pude evitar sonrojarme y se me aceleró el corazón al pensar en vernos a solas.

«Vamos, Spence», suplicó Rebecca. «No vamos a hacer nada importante. Solo iremos a ese club gay de aquí. Creo que os vendría bien. Es lo menos que puedes hacer por dejarnos atrás otra vez».

Spencer soltó una carcajada que empezaba a resultarle maravillosamente familiar. Todo su cuerpo estaba relajado y su rostro resplandecía. La luz resaltaba los destellos dorados de sus ojos, y la visión me dejó sin aliento.

«Soy yo», suspiré, rodeando a Spencer con un brazo con la esperanza de ayudarla a librarse de sus amigas. «Estoy agotada. Tampoco bailo mucho. Al menos no en las semanas de mudanza».

«Vale, vale», sonrió Brian satisfecho. «¡Pero esa excusa es un pase único para librarte de bailar!».

«Vete a bailar por todos nosotros», dijo Spencer, y acompañó al grupo hasta la puerta principal. «Te llamaré mañana y quedaremos para cenar esta misma semana».

«Me parece bien», contestó Rebecca.

«Muy bien, vosotros dos. No os divirtáis mucho sin nosotros». Brian sonrió satisfecho.

«Eres ridículo», se rió Spencer, dándole un abrazo y luego otro a Tara y Rebecca.

Seguí su ejemplo y les di un rápido abrazo a las tres mientras bajaban por el camino de entrada.

—Buenas noches, chicas. Que durmáis bien». Brian sonrió por encima del hombro y me saludó con la mano.

«Tú también», le respondí sonriendo, cerré la puerta y me volví hacia Spencer.

Sonreía de oreja a oreja, con los brazos abiertos. «Por fin estamos a solas. Ha sido un día muy largo».

«Estoy agotada». Me apoyé en el pliegue de su cuello y noté su pelo haciéndome cosquillas en los lados de la mejilla.

«¿No me digas? Ha sido un poco ajetreado», dijo soltando una risita. «Estoy a punto de dormirme. Y tú...», dijo, levantándome la barbilla. «Pareces agotado. Voy a por el vino y nos vemos arriba. Tengo una idea».

«De acuerdo». Asentí con una tímida sonrisa, sintiendo cómo se me subía el calor a la cara.

«Ponte cómoda», me ordenó. «Luego únete a mí en la parte de atrás. Hace un día precioso y sé que te relajará. Hay un albornoz nuevo esperándote».

La vi darse la vuelta y salir de la cocina, y un minuto después volvió con la botella y los vasos. «Te espero», sonrió, y subió las escaleras.

Oía el zumbido de la música que venía de fuera y me pregunté qué tendría planeado.

«Sorpresa». La oí gritar mientras extendía las manos. Estaba guapísima delante de mí.

«Pensé que sería el final perfecto para un día ajetreado».

«¿Estás de broma? Me quedé boquiabierto ante el espectáculo que tenía delante.

«No tenías por qué hacer esto, Spence», le dije, mirando por encima del jacuzzi.

«Claro que sí. Sé que estás cansada, y esta es la forma perfecta de relajarte». Sonrió y añadió: «Así que vamos a hacerlo. Vamos a relajarnos y a meternos en la bañera. Luego podemos acurrucarnos y ver una película. ¿Qué te parece?

—Estupendo —suspiré, mientras me quitaba la bata de los hombros.

Me metí en el jacuzzi y el calor me derritió los músculos al instante.

«Esto es increíble», susurré.

«¿Verdad que sí? Se sentó a mi lado. «Por eso siempre me ha gustado venir aquí».

«Mmm». «Es lo mejor de todo».

«Voy a traernos vino».

Sentí que se levantaba y, un momento después, oí sus pasos mientras desaparecía en el interior.

Cerré los ojos y dejé que los chorros de agua caliente hicieran su magia en mi cuerpo.

«Aquí tienes. Abrí los ojos y vi que me daba un vaso.

—gracias. Sonreí y tomé la copa.

«¿Te sientes mejor?

—Mucho. Ha sido un final perfecto para un largo día».

«Me alegro. Pero no ha terminado del todo», dijo con una sonrisa traviesa en los labios.

«¿Qué quieres decir?», pregunté, hundiéndome de nuevo entre sus brazos.

«Ya lo verás».

«Qué misteriosa. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Porque no quiero arruinar la sorpresa. Confía en mí. Te gustará. Al menos, espero que lo hagas».

«De acuerdo», contesté, tras tomar un sorbo de vino.

«Estás guapísima». Extendió una mano y me rodeó la cintura. «Tan guapa».

«Spencer.

«Shh.»

Spencer se acercó más, apretando sus labios contra los míos.

«Lauren». Spencer pronunció su nombre.

«¿Qué?» susurró Lauren.

«Nada». Spencer sonrió y dijo: «Eres tan hermosa...». Y eres mía».

Lauren asintió, sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas.

«Ven aquí». Spencer me acercó y me abrazó con fuerza.

«Te quiero», susurró, besándome suavemente.

«Yo también te quiero», respondí con un gemido mientras notaba cómo las yemas de sus dedos rozaban mi cuello y se posaban en la llave que aún llevaba puesta. «Entonces, ¿me vas a decir para qué sirve esta llave?».

«Es para esto», respondió, poniéndose en pie para cogerme la mano. Me levanté y salí con él del jacuzzi.

Me dio un albornoz y nos secamos las dos antes de atravesar las puertas abiertas del patio. La seguí por el pasillo y entré en una de las pocas habitaciones que aún no había visto.

En el centro de lo que parecía un estudio casi vacío había un precioso escritorio antiguo de secretaria con una tapa enrollable que estaba cerrada con llave. El único mueble de la habitación era una alta silla de escritorio con respaldo alado y un regalo envuelto en el asiento.

«¿Qué es todo esto?

—«Ábrelo», respondió ella, señalando el regalo.

«¿Qué contiene?», pregunté, cogiendo la cajita y dándole la vuelta.

«Ábrela y verás».

«Vale».

—Adelante. Te prometo que no muerde».

«Estás siendo muy reservada», comenté mientras desataba la cinta.

«No puedo evitarlo. Estoy emocionada».

«Se nota», me reí.

Empecé a desenvolver el paquete y desvelé lentamente un ejemplar muy gastado de un libro. Amo a Dick, de Chris Kraus. Lo estudié un momento, sin saber qué decir.

Miré a Spencer y noté que la confusión se extendía por mi rostro. «¿Tienes algo que decirme?», pregunté entre dientes.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de mi falta de comprensión. «Vale, quizá debería habértelo explicado antes de abrirlo. Este era el libro que traje al plató el segundo día. No te dejes engañar por el título. Este libro trata sobre el deseo femenino absoluto y no tiene nada que ver con mensajes secretos ni nada parecido. Es uno de mis favoritos. Trata sobre el amor, el potencial y la mujer artista, y lo llevo conmigo desde hace años cuando viajo de un plató a otro. Siempre me ha hablado de una forma muy profunda».

«Vaya», sonreí mientras hojeaba las páginas, claramente bien leídas. Estaban llenas de notas de Spencer, aparentemente tomadas de docenas de lecturas diferentes. «Sinceramente, pensaba que los dos nos habíamos olvidado de nuestra lista de lectura».

«No, para ti era importante y eso la hacía importante para mí. Por eso quería hacerle un pequeño homenaje. Tuve la idea de que, cuando por fin llegáramos a Los Ángeles, empezaríamos una nueva lista juntos. Esta podría ser la primera que leyéramos juntos».

«Me encanta, Spence», contesté, dejé el libro en el suelo y me acerqué para darle un beso rápido. «Pero ¿qué pasa con el resto de la habitación y con la llave?»

«Bueno, la llave va a este escritorio que encontré en una tienda de segunda mano cerca de tu antigua casa. Era tan bonito que hice que lo enviaran aquí. Pensé que podría ser la pieza central de tu nuevo despacho».

«¿Mi despacho?»

«Sí, bueno, necesitaremos uno para ti cuando empieces a trabajar en tu novela. Y así, si alguna vez te entran ganas de escribir mientras yo no estoy rodando, podrás encerrarte aquí e inspirarte».

«Spence, qué detalle», respondí, emocionado.

«Entonces, ¿te gusta?

«¡Me encanta!» suspiré, contemplando la habitación en blanco.

«Es absolutamente perfecta. Pero ¿estás segura? Es tu casa y solo llevo aquí un día».

Ella negó con la cabeza. «Esto nunca ha sido un hogar, no de verdad. Me lo he pasado bien en este lugar y estoy deseando convertirlo en mi verdadero hogar, contigo, en Los Ángeles. ¿Qué te parece? Puedo traer a mi decorador esta semana y todos podéis decorarlo como queráis».

«Eso me encanta. Así podremos diseñarla para que se sienta como un hogar para los dos».

«Me muero de ganas», sonrió, dándome un beso rápido. «¿Qué te parece si nos ponemos a ver series estúpidas y nos tomamos unas vacaciones en la cama?

«Me parece perfecto». Estuve de acuerdo. «¿Qué te parece una buena botella de vino mientras la vemos?

«Yo iré a por una botella y tú enciende la tele», propuso Spencer.

«Trato hecho».

Poco después, estábamos todos acurrucados en la cama, con la barriga llena de la pizza que habíamos pedido y un agradable zumbido en las venas.

«Deberíamos hacer esto más a menudo», reflexionó Spencer.

«¿Qué cosa?»

«Pasar un día perezoso», se rió. «Y pasar tiempo con los amigos. Me faltaba eso más de lo que pensaba».

«Bueno, parece que estás de mucho mejor humor que la semana pasada», observé.

«Lo estoy».

«Bien. Me alegra oírlo. ¿Qué ha cambiado?»

«Tú. Me desperté sintiéndome bien con todo».

«¿Y eso por qué?»

«Porque tengo a la chica de mis sueños a mi lado y una nueva vida por delante, una en la que podemos despertarnos juntos todos los días».

«Por muchas más noches como esta y muchas más mañanas despertándonos juntos», sonreí, alzando la copa en un brindis.

«Salud por eso, salud por eso».

Chapter Twenty-Nine

El resto de la semana pasó volando. Pasamos la mayor parte del tiempo desembalando cajas y decorando nuestras nuevas habitaciones. Fue divertido ver cómo los gustos de Spencer y los míos se unían para hacer de la casa un hogar.

«Buenos días, cariño». Bostecé al entrar en la cocina.

«Buenos días, dormilona. Hay café y desayuno».

«Eres un ángel». Le contesté mientras me besaba la mejilla. «¿Sabes algo ya de Rebeca?».

«Acaba de mandarme un mensaje. Vendrá esta tarde».

«Vale». Suspiré.

—Entonces, ¿cuál es el plan del día?

«Bueno, Rebecca tiene unas cuantas opciones para mi vestuario de marketing y también dijo que me traería una selección de conjuntos para que eligiera en alguna cita con Chris que tengo que fingir este fin de semana».

«¿De verdad vas a hacerlo?».

«Sí, solo son un par de días. Luego podemos volver aquí y pasar el resto de la semana juntos, los dos solos. ¿Qué te parece?».

«Sí», me encogí de hombros. «Supongo que sí. No es que haya muchas opciones».

«Eh, eh, eh». Me levantó suavemente la barbilla con voz suave. «Háblame. ¿Qué te pasa? ¿Ha pasado algo?»

«No, estoy bien», suspiré, forzando una débil sonrisa.

«Lauren», respondió en voz baja. «Dime, ¿estás enfadada? ¿He hecho algo que te haya molestado?».

—No es nada. Y no estoy enfadada contigo. Es solo que no me gusta todo esto de «finges salir con Chris», como ya sabes, y supongo que no esperaba que siguiera así tanto tiempo. Pensé que

habíamos terminado después de que terminara la película».

«Lo sé. Lo siento. Es solo que el estudio quería hacer algunas fotos promocionales para dar la impresión de que Chris y yo pasábamos algún tiempo juntos después del rodaje».

«Y eso es exactamente lo que el estudio quiere ver. Dos actores de primera categoría, juntos, pareciendo una pareja feliz».

«Cariño —dijo ella suavemente—, no puedo hacer nada al respecto». «No puedo hacer nada al respecto».

«Lo sé, lo siento. No debería haberme enfadado. Estoy un poco irritada. Eso es todo».

«¿Por qué no vas a darte una ducha o un baño y nos vemos arriba cuando termine de preparar el desayuno?».

«Me parece estupendo», suspiré.

«Subiré pronto. No debería tardar mucho. Incluso te daré un masaje después».

«Ah, sí. Ya sabes cuánto me gustan», le dije sonriendo mientras me inclinaba para besarla.

—Lo sé. Me devolvió el beso sonriendo contra mis labios.

—Vale. Iré a asearme e intentaré sacudirme esta melancolía».

Me dirigí al baño, encendí la ducha de vapor y me metí dentro. Seguía pensando en Spencer y en Chris, y en aquella ridícula relación falsa, y no podía quitarme de encima un nuevo malestar. No podía deshacerme de la sensación de fatalidad inminente que me producía el hecho de que todo el mundo estuviera convencido de que Spencer y Chris eran algo.

Me metí en el agua caliente y traté de alejar los pensamientos, pero lo único que veía en mi mente eran fotos de Chris y Spencer besándose en las portadas de las revistas más importantes. Pensar en ello me ponía furiosa. Me sentía traicionada y enfadada, y sabía que era una estupidez. Es decir, no es que me estuviera engañando. Solo fingía para contentar al mundo y mantener su carrera a flote.

Pero nada de eso importaba y el dolor persistía. Mi mente se nublaba con visiones de sus caras pegadas en una especie de collage raro, retorcido y romántico que me revuelve el estómago.

Mientras me lavaba el acondicionador del pelo, recordé lo que sentí cuando empezaron a circular los primeros rumores. La primera vez que Spencer y yo nos besamos, sentí que nada más importaba. Era la primera vez en mi vida que me sentía realmente querida y aceptada, y era más feliz que nunca. Y ahora esos sentimientos estaban siendo eclipsados por los celos y la ira.

«Cariño», llamó Spencer a través de la puerta.

«Sí».

«¿Puedo pasar?».

«Claro».

La puerta se abrió y la vi entrar con una toalla alrededor del cuerpo. Me enjugué rápidamente la lágrima que acababa de caerme por la cara.

—¿Qué te pasa, Laur?

—Estoy cansada.

—¿Cansada?

—Sí, solo cansada. Han sido dos semanas muy largas y van a ser dos meses muy largos».

«¿A qué te refieres?»

«Esta mudanza, el asunto de la prensa con Chris, todo».

«Cariño», suspiró Spencer, acercándose y rodeándome con los brazos.

«Tranquila. Todo va a salir bien».

«Lo sé», respondí, rogándole a las lágrimas que se mantuvieran firmes fuera de mis ojos.

—Ya es demasiado tarde.

Ya estaban aquí.

Ojalá diera por sentado que era agua de la ducha lo que goteaba por mis mejillas.

«Ven aquí», sonrió, acercándose y abrazándome.

«Estoy bien.

—No me mientas.

—Vale.

Dejé que me abrazara y sentí que empezaba a calmarme.

«Vamos a secarte y a ponerte algo cómodo. Te sentirás mejor, te lo prometo».

Asentí y dejé que me sacara de la ducha y me llevara al dormitorio. Me ayudó a ponerme ropa y luego me guió hasta las escaleras.

«Ve a sentarte. »Enseguida voy», me dijo.

«Vale». Entré en el salón y me senté en el sofá. Un momento después, apareció con una manta y dos tazas de té.

«Toma», sonrió, tendiéndome una de las tazas.

«Gracias.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco —contesté, dando un sorbo a la bebida caliente. «Lo siento. No tengo ni idea de lo que me pasa».

«No lo sientas. Es culpa mía. Sabía lo duro que sería para ti».

«No es culpa tuya. Solo necesito acostumbrarme a todo esto».

«Lauren, mírame», me ordenó poniéndome los dedos en la barbilla.

«¿Qué?»

«¿Estás segura de que quieres hacer esto? No tienes por qué aceptar este arreglo solo porque yo lo aceptara antes de conocerte. Si te resulta demasiado, podemos dejarlo».

«Spence», suspiré, «te quiero. Y quiero estar contigo. Esto es algo con lo que tendremos que lidiar. Como adultos».

«Pero si te está disgustando tanto, tenemos que encontrar otra forma. Ya lo resolveremos».

«No, Spence», negué con la cabeza. «Puedo soportarlo. Solo es un poco raro, y supongo que aún no me he acostumbrado».

«Yo tampoco», replicó ella. «Pero de ninguna manera voy a hacer que sufra por esto. Empieza a ser demasiado, y no he hecho un buen trabajo asegurándome de que estuvieras bien durante todo esto. Maldita sea».

Spencer se levantó y empezó a pasearse. Era la primera vez que la veía enfadarse así.

«Spencer, no pasa nada».

«No, no pasa nada».

«Mira, solo llevará un poco de tiempo, nos adaptaremos y todo irá bien. No te preocupes. Puedo hacerlo».

«Pero ¿y si no quiero que tengas que hacer esto? ¿Y si no quiero arrastrarte por este circo?».

«Spence, todo irá bien. Has lidiado con ello durante años y sigues en pie. Yo aprenderé o lidiaré con ello».

«Pero no deberías tener que hacerlo tú. Todo esto es culpa mía».

«No, no lo es».

«Sí, lo es. Yo lo hice. Acepté el papel sabiendo perfectamente que habría prensa, y la prensa es lo que va a poner una enorme diana en tu espalda. Y ahora estamos aquí, y tú estás llorando, y yo estoy jodidamente furioso».

«¿Por qué?»

«Porque no es justo para ti. Nada de esto lo es. ¿Para qué? ¿Para vender más entradas para una estúpida película de acción? De ninguna manera. Esto ha durado demasiado y ha ido demasiado lejos. Voy a encontrar una solución. Voy a solucionarlo».

«Pero la prensa te seguirá a todas partes».

«Entonces, nos mantendremos alejados de la opinión pública durante un tiempo. Acogernos aquí donde nadie nos encuentre nunca. —Me da igual. Te mereces algo mejor».

«Tienes una película que promocionar».

«No, no, no. Spencer negó con la cabeza. «Tengo una obligación y ya la he cumplido. Mi contrato dice que tengo que participar en prensa y publicidad, pero no especifica cómo. Y mientras tengamos las fotos y las entrevistas preparadas, y hagamos un par de apariciones, nadie puede decir nada».

«No lo sé», suspiré.

«Pues yo sí», replicó Spencer, con los ojos brillantes. «Voy a llamar a Rebeca para ver cuándo vendrá. Tendrá que hacer algo de su magia de relaciones públicas, pero estoy segura de que sabrá qué hacer. Y si no, a la mierda. Yo me haré mis propios titulares. De todas formas, soy la principal atracción de esta estúpida película».

«Creo que deberías esperar», le insistí. «Probablemente Rebeca te dirá lo mismo».

«Tengo una obligación contigo. Con nadie más que contigo. Y que me aspen si un estudio me va a decir con quién puedo salir y con quién no. Además, se acabaron las tonterías falsas. Vamos a hacerlo».

«Pero ¿qué pasa con Chris?»

«Me importa un bledo. Ya lo hemos hablado y está más que contento de haber terminado. También está cansado de todo esto. Estoy segura de que está deseando volver a tirarse a todo lo que se mueva y que le interese lo que le pasa por encima de la cintura».

Como si nada, sonó el timbre y Rebeca entró por el interfono. —¡Señoritas! —Ya estoy aquí. Lista para hablar de vestuario y haceros fabulosas».

«¡Ya voy!» gritó Spencer mientras bajábamos las escaleras.

«¿Qué tal el vuelo, Becs?» preguntó Spencer mientras le abría la puerta a Rebecca.

—Maravilloso. Maravilloso. Gracias. Necesitaba de verdad esas vacaciones».

«¿Cómo van las cosas en Los Ángeles?»

«Calientes. Locas. Lo de siempre».

«Bueno, espero que hayas tenido unos días para instalarte y descansar. Tenemos que planificar muchas relaciones públicas». Rebecca se dejó caer en el sofá con su energía nerviosa habitual rebotando por las paredes.

«Sobre eso», suspiró Spencer. «Me alegro de que te sientes, porque tenemos mucho de qué hablar. Estoy dispuesta a echar por la borda todo el plan de marketing. Estoy lista para empezar».

Chapter Thirty

Cinco horas después, tras unas cuantas averías y varias entregas de comida, por fin habíamos ideado un plan de juego.

La declaración de Spencer de autoexcluirse no le había sentado especialmente bien a Rebeca, pero ella se había mantenido firme en su decisión.

«Ha llegado el momento», dijo simplemente. «He terminado de discutirlo. He terminado de esconderme. Se acabó fingir que soy alguien que no soy. O me encuentras una forma de salir bien, o llamo yo misma a los paparazzi».

«Vale, vale», concedió Rebecca. «No hace falta dramatizar. Tú ganas. Hablemos de logística».

«Vamos a salir. Se acabaron las citas falsas. Estoy listo para llevar a Lauren a los estrenos y presumir de ella, y vivir la vida que estamos destinados a vivir. Se acabó el esconderse. Y la única razón por la que hemos tenido que escondernos en primer lugar es porque he tenido contrato para las tres últimas películas».

«¿Qué estás diciendo, Spencer? ¿Vas a dejar de actuar?» Rebecca se sobresaltó.

—No, no. Estoy diciendo que no voy a esconderme más. Basta ya de ocultar quién soy, basta ya de fingir que salgo con alguien que no me interesa. Estoy harto de no poder besar a mi novia sin que salten un millón de cámaras. Entonces, ¿qué opciones tenemos?»

«Bueno», respondió Rebecca. «Tu contrato dice que tienes que estar presente en las campañas publicitarias. Sin embargo, no especifica cómo».

«¿Y eso qué significa?»

«Significa que, aunque tienes que asistir a los actos, no tienes que hacerlo con un novio falso».

«Entonces, ¿estás diciendo...?»

«Que tú eliges con quién vas. Mientras hagas las apariciones, depende de ti cómo te presentes. Quiero decir que probablemente sería mejor que asistieras al menos al primer acto con Chris para

mantener cierto nivel de coherencia, pero después de eso, no creo que el estudio tuviera ningún problema si empezaras a asistir a actos con acompañantes diferentes».

«¿Eso crees?»

«Lo creo. De hecho, el estudio probablemente lo preferiría. Piensa en el drama que supondría no solo la ruptura de Spencer Wolf y Chris King, sino también su salida del armario, todo ello envuelto en un lazo de marketing. Sería un sueño de relaciones públicas».

«¡Eso es lo que estoy diciendo!», exclamó Spencer, exasperado.

«De acuerdo, entonces, veré lo que puedo hacer».

«Gracias, Becs».

«Cuando quieras», suspiró Rebecca, reanudando su interminable golpeteo con las uñas mientras volvía a centrar su atención en el teléfono. «De acuerdo, mientras tanto, mantengamos estos planes entre nosotros tres. Yo me pondré a trabajar y vosotras tenéis que empezar a hacer algunos preparativos por la vuestra. Lauren, esto va a significar que vas a ser el blanco de los buitres de los medios de comunicación, ¿seguro que estás dispuesta?».

«Sí», respondí, esforzándome por parecer segura de mí misma.

«Si no es así, por favor, habla. No voy a permitir que os pongáis en peligro por unos cuantos titulares. Sois más importantes. Además, no es que no podáis desaparecer si las cosas se descontrolan demasiado. La prensa no puede hacer nada una vez que estás fuera de su vista».

«Estaré bien, Rebecca. Confía en mí. Sé pasar desapercibida y tengo la sensación de que eso es lo único que podré hacer de todos modos. Los medios no van a querer hablar con la pequeña ayudante. Van a querer a Spencer, y eso me dejará en un segundo plano, que es justo lo que me gusta. Y, en cuanto a lo demás, me acostumbraré. Soy consciente de que todo forma parte del juego. Al menos ahora tendremos la oportunidad de intentar controlarlo».

«De acuerdo, bueno, cualquiera de los dos solo tiene que decirlo y dejaremos todo esto en suspenso. Pero, si estáis seguros, pongámonos manos a la obra. Tengo que hacer unas llamadas y vosotros dos tenéis que prepararos para el inminente bombardeo de mierda que está a punto de llegaros».

«Entendido, jefe», asintió Spencer. «Entonces, ¿cómo se hará exactamente este anuncio?»

«Bueno, creo que deberíamos publicar una declaración personal. Así mantendremos la tormenta mediática lejos de ti personalmente. Salid todos de la ciudad durante unos días. Disfrutad de la nueva libertad y tomad el sol».

«¿En serio?» preguntó Spencer. «¿Tu plan es que nos vayamos de vacaciones?».

«¿Por qué no?». Rebecca se encogió de hombros. «No tendrás ningún control sobre lo que ocurra aquí cuando la rueda de prensa salga en directo, así que vete a disfrutar de la energía de tu nueva relación mientras el mundo se venga abajo. Así estarás descansada cuando estés lista para volver a casa y enfrentarte de nuevo a las cámaras».

Spencer y yo nos intercambiamos una sonrisa emocionada.

«Supongo que nos vendrá bien un descanso», respondí encogiendo los hombros. «Hemos estado trabajando en jornadas agotadoras».

«A mí me vendría muy bien una bebida muy fría en una playa muy cálida», convino ella.

—Estupendo. Bueno, nos vemos luego. Llámame si necesitas algo», le dije sonriendo a Rebecca mientras recogía sus cosas.

«Lo haré», aceptó Spencer.

«Adiós, Becs», dije, dándole un abrazo.

«Hasta pronto, Lauren».

Se apresuró a salir por la puerta y nos desplomamos en el sofá, exhaustos.

«Bueno, supongo que ya está», suspiró Spencer.

«Sí», asentí, mirándola fijamente. «¿Te puedes creer que esto esté pasando de verdad?».

«Ni un poquito», sonrió, «pero me alegro. Estará bien tener por fin cierta sensación de normalidad».

«¿Normalidad? ¿Contigo?», bromeé, apretando la nariz contra su barbilla.

—Ja, ja, qué graciosa. Ya sabes a lo que me refiero. Un poco de rutina. Un poco de estabilidad. Los dos solos, sin cámaras, sin horarios, sin gente que intente decirnos qué hacer o a dónde ir. Solo nosotros dos. Eso es todo lo que necesito. Eso es todo lo que necesito. Tú también eres todo lo que necesito».

«Tú también lo eres».

«De acuerdo». Sonrió, se inclinó y me besó suavemente en la mejilla.

«¿Por qué ha sido eso?»

«Por quererte».

«Eso es fácil. Eres increíble», murmuré.

Miró hacia mí y me estudió durante un momento, absorbiéndome. Sentí el calor de sus ojos en mi piel. «Tú también lo eres, preciosa».

«Eres ridícula», me sonrojé, negando con la cabeza.

«Tal vez», se encogió de hombros. «Pero sigues siendo adorable».

«Cállate».

«Oblígame».

«No me provoques».

«¿O qué?»

«O te haré esto», le dije, acercándome y haciéndole cosquillas en el costado.

«¡Eh! ¡Eh! No es justo», gritó, zafándose de mis manos.

«¿Te vas a portar bien?

«Puede que sí».

«Siempre puedo seguir así, ¿sabes?

—Vale —reconoció. «Me comportaré. De momento».

«Bien.

Me eché hacia atrás y respiré hondo, dejando que la ansiedad de los últimos meses abandonara mi cuerpo poco a poco. «Todavía no me lo creo».

«¿No puedo creerlo?»

«Todo. Lo nuestro, esto, todo».

«¿Qué quieres decir?»

«Es tan surrealista. Nunca pensé que me mudaría con alguien, y mucho menos con la actriz más famosa del mundo».

«Oh, silencio. No soy tan famosa».

«Para mí sí lo eres».

«¿Por qué? ¿Porque soy la mujer de la que te enamoraste?».

«No, porque eres la mujer que me derribó, que lo revolucionó todo y, de algún modo, aún consigue que todo parezca completamente normal. Has cambiado toda mi existencia. Lo sabes, ¿verdad?

«Bueno, es justo, ya que tú también cambiaste la mía».

«¿Por qué?»

«Porque me enseñaste a amar. Me enseñaste que soy digna de amor, que no estoy rota ni soy indigna de amor ni de nada que mi cerebro me dijera que era verdad».

«Oh, nena, nunca has dejado de ser adorable», me arrulló cogiéndome las manos entre las suyas.

«Quizá no, pero eres la primera persona con la que me he sentido segura. Y eso es algo que nunca podré devolverte».

«No tienes por qué hacerlo», replicó, besándome la punta de la nariz. «Lo único que quiero de ti es tu amor».

«Siempre lo has tenido. Desde el día en que te conocí. Bueno, técnicamente, desde el día siguiente».

«Técnicamente», se rió entre dientes. «Y yo también te quiero, ¿sabes? Entonces, ¿dónde deberíamos ir de vacaciones para olvidarnos de la prensa? Estoy pensando en una casa en la playa donde no haya absolutamente nadie».

«Nunca he estado en México», respondí con una sonrisa socarrona. Aún no podía creer que todo esto estuviera ocurriendo.

Nos quedamos en silencio hasta que nuestros ojos se clavaron el uno en el otro y juré que podía sentir la felicidad como una presencia real en el aire entre nosotros.

«México, eso es», respondió ella. «¿Qué te parece si hacemos las maletas y nos vamos ahora mismo? No creo que pueda esperar mucho más a que empiece oficialmente esta hermosa vida contigo».

No necesitó decir nada más.

«Vamos, nena».

Chapter Thirty-One

3 gloriosos días después, me desperté con el sonido de la brisa marina que entraba por las ventanas abiertas de la casa de la playa que Spencer nos había encontrado. Bueno, ella la había llamado casa en la playa durante el viaje en avión, pero enseguida llegamos a lo que sólo podía describirse como una villa privada frente al mar.

Nuestro chalet privado frente al mar.

Al menos, durante un mes.

Un amigo suyo del sector nos había prestado las llaves del castillo, y yo estaba disfrutando cada momento de este paraíso privado con mi preciosa chica.

Me levanté de la gigantesca cama de felpa y me dirigí al nuevo lugar favorito de Spencer en la arena por las mañanas. Estaba sentada con un café en una mano y el teléfono en la otra. Tenía el ceño ligeramente fruncido mientras leía atentamente la pantalla.

«Buenos días, nena», sonreí, rodeando la cintura de Spencer con los brazos por detrás. «¿Cómo estás?

«Nerviosa», suspiró, apoyándose en mí. «Pero preparada».

«Vas a estar genial. Lo sabes, ¿verdad?»

«Puede ser», se encogió de hombros. «Sólo espero que esto no me salga mal. No es que no esté acostumbrada a que la prensa sea despiadada, pero no estoy segura de cuánto más podré soportar».

«Llevas años haciendo esto, Spence. Es tu trabajo. Se te da bien y sabes cómo manejarlo. Todo irá bien».

«Lo sé. Lo sé, lo sé. Y todo merecerá la pena», suspiró. «Pero Rebecca acaba de enviarme el borrador del comunicado para que lo apruebe, así que se ha hecho realidad».

«Así que hoy es el día, ¿eh? pregunté, rodeando sus hombros nerviosos con el brazo. «¿Qué te

parece el comunicado? ¿Ha hecho Becs justicia a tu salida del armario?».

«Creo que sí». Asintió con la cabeza. «Es sencillo, pero transmite el mensaje. Dice que soy marica y que Chris y yo rompimos amistosamente porque, para empezar, nunca fuimos novios. Sólo éramos dos personas que nos conocimos en el plató y nos hicimos buenos amigos. También dice que ahora estoy saliendo con alguien, y que va en serio, y espero que el mundo respete mi intimidad mientras navego por estas nuevas aguas.»

«¿Estás preparada para enviarla?»

«Tan preparada como nunca lo estaré». Sonrió débilmente y pulsó el botón para enviar el correo electrónico al resto del mundo. «Creo que ahora esperamos».

«Creo que ahora nos relajamos».

«¿Ah, sí?» Sonrió, mirándome con un brillo en los ojos.

«Sí. Creo que ahora nos relajamos y disfrutamos de un rato agradable en esta preciosa playa, y quizá más tarde puedas hacerme sentir mejor, si sabes a qué me refiero».

«Sí que sé lo que quieres decir», replicó Spencer, con una sonrisa tímida dibujándose en su rostro. «Siempre estoy aquí para hacerte sentir mejor. Sobre todo si es de esa manera».

«Oh, no, señorita Wolf», me sonrojé. «Ni se te ocurra. Ya sabes cómo me pongo cuando me dices cosas así».

«¿Qué quieres decir? No he dicho nada».

«Pero lo estabas pensando».

«Puede que sí. Nunca lo sabrás», dijo guiñándome un ojo.

Ésa era la Spencer que me encantaba.

Relajada.

A gusto.

Dispuesta a todo.

«Eres ridícula», me reí.

«Sí, pero tú me quieres, y yo también te quiero. Y estoy deseando que todo el mundo lo sepa».

«Bueno, tienes unos días más hasta que el mundo lo sepa. Hasta entonces, ¿qué vamos a hacer?».

«No sé tú, pero yo voy a llevar a mi chica dentro y empezar con todas esas cosas de las que hemos hablado», sonrió.

«Spence, hablo en serio. ¿Cuál es el plan?» pregunté con una risita. «Esto es un mundo completamente nuevo».

«Lo es. Y es nuestro. ¿Y si no hay plan? A mí me parece un plan perfecto».

«Bueno, eso ya lo veremos».

«Te lo prometo, Laur. No tienes que preocuparte por nada. Sólo ven conmigo. Deja que cuide de ti. El resto lo resolveremos sobre la marcha».

«¿Y estás segura de esto?» pregunté por última vez.

«Más seguro de lo que he estado de nada en mucho tiempo. Ha llegado el momento. Estoy harto de esconderme y quiero que todo el mundo sepa que estoy locamente enamorado de la mujer más increíble del mundo». Se inclinó hacia mí y me besó profundamente. Suave, pero apasionadamente. «Ahora, ¿qué te parece si apagamos los teléfonos el resto de la semana y te bañas conmigo en esa agua tan bonita por la mañana?».

«Suena como el paraíso», respondí con una sonrisa.

«Bien», dijo, tirando de mí hacia ella. «Porque lo es».

Spencer me llevó de la mano hasta el borde del agua y sonrió antes de darme un rápido beso en la mejilla y salir corriendo hacia el océano, riendo todo el camino.

El paraíso.

Podría acostumbrarme.